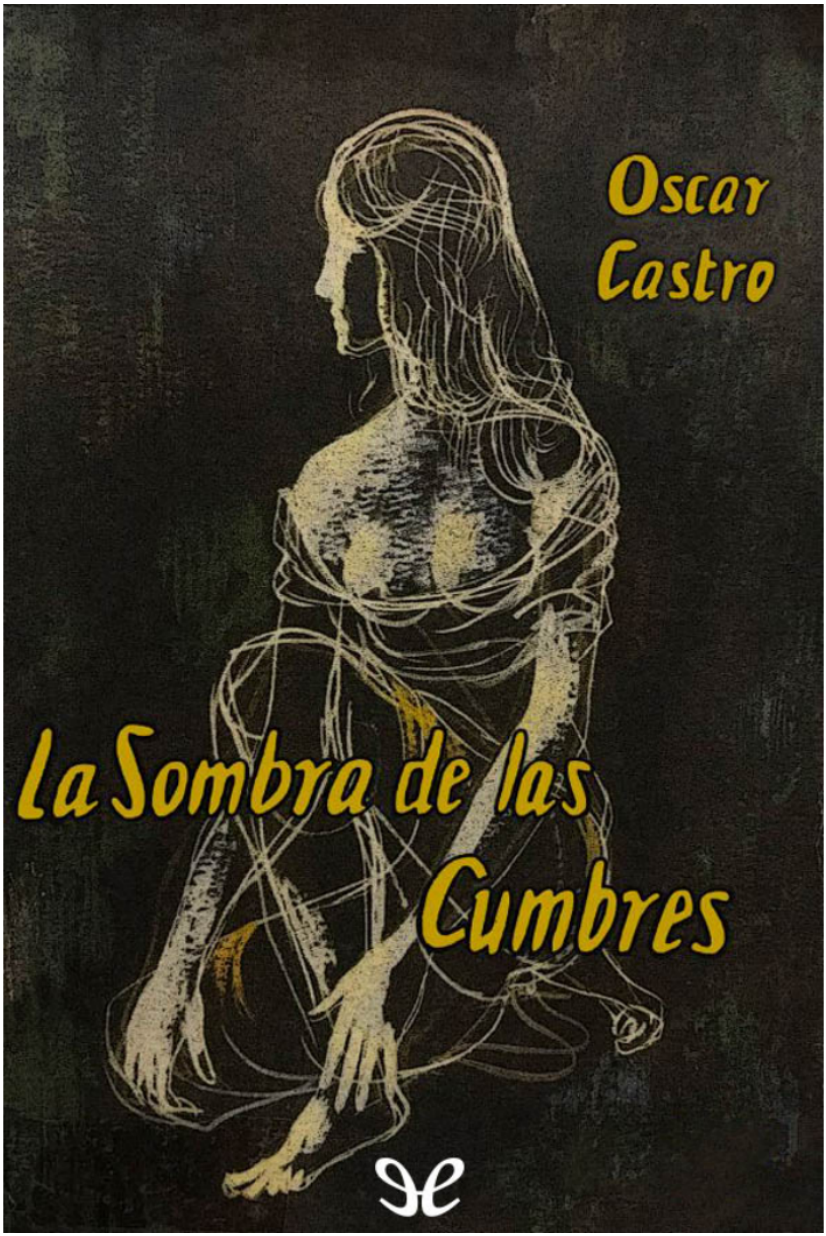
Oscar
Castro
La Sombra de las
Cumbres

Esta obra reúne un selecto conjunto de relatos y novelas cortas de la tierra natal del autor —el centro de Chile— lugar donde fijó sus observaciones acerca del hombre como producto de una realidad dura y amarga; todo ello volcado en un estilo ágil y liviano, que hacen su lectura fácil y apasionante.

Hay en este libro mayor dramatismo, más dominio del idioma y una maestría muy superior a *Huellas en la tierra*. Con *La sombra de las cumbres*, Castro demostró a la critica y al público su capacidad y reciedumbre de escritor neocriollista, como ya lo habría calificado Ricardo Latcham, y anuncia al novelista que llegará un poco más tarde con obras de mayor aliento e impresionante dramatismo.

Óscar Castro

La sombra de las cumbres

ePub r1.0
Titivillus 28.04.2026

Título original: *La sombra de las cumbres*
Óscar Castro, 1944
Imagen de Portada: Daniel Marshall
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Digitalización y OCR para Epublibre

MÁS LIBROS, MÁS LIBRES
13.º ANIVERSARIO
epublibre
CODEX ERRORE
"El miedo es la llave para un mundo
que no conocíamos, y la lectura,
la puerta que nos atrevemos a abrir."

A la simple mujer que me entregó el
mensaje vegetal que quisieron mandarme
mis antepasados, labriegos, medieros,
domadores de potros.
A su tranquilo corazón como un campo
de atardecida con grillos y luceros.
A la llama callada que ardía dentro de
su vaso de arcilla.
A la que hoy es tierra en la tierra, jugo
de sus alquimias infinitas.
A mi madre.

OSCAR

Ña Ruperta

Cuando las tranquilas pobladoras de Corcolén se hallaban ante una tarea que no podían realizar, un nombre se formulaba de inmediato en su conciencia y en sus labios:

—Ña Ruperta.

Y un mocoso salía de la casa en dirección a la vivienda de la anciana.

—Ña Ruperta, manda *icir* mi mama *faor*
qui'hagu'el
d'ir
a *llénale* un colchón.

—En *cuantitu'acabe d'estender* la ropa voy
p'allá.
Dícele así a tu mama.

Y allá iba la diligente vieja, con su pollera obscura que barría el polvo de los caminos, con su deshilachado chal de lana, con sus zapatos que sólo por un milagro podía sostener en los pies. Poseía una ciencia innata para los más disímiles menesteres. Era una especie de hormiga crecida, para la cual no contaban los días rojos del calendario parroquial ni las manos caídas en la falda. Parecía increíble que a sus años pudiera sustentar tanta energía en su armazón de huesos. Los dientes se le habían fugado una a uno de la boca, al par que los cabellos se le iban transformando en vellones apelmazados y amarillentos. Tenía un habla suave y profunda, vestida de sentencias, predicciones y consejos casi siempre acertados. Podía dar noticia de todas las familias del poblado, miembro por miembro, incluso los ya muertos y los que andaban por otras tierras. A veces, algún forastero llegaba indagando:

—¿Vive *pu'aquí* Manuel Mejia?

—El *hijo'e on* Nacho y la Udocia. No, joven; *hacen* por lo menos quince años que se *jueron pa* Los Coligues. *Usté* ha de ser el que mentaban Chago, un nieto
qui'andaba
pu'el
norte.

—El *mesmo, siñora*.

—¿No ve?… Ellos *si'acordaban* siempre
di'usté.
La Udocia echaba sus *moquiás* a *menúo* cuando pensaba que lo habían *criao* y *usté*
s'estaba
portando ingrato.
Vay'a
dales el *bustazo* a los viejos,
m'hijito,
que *paires*
comu'ellos
no *usté*
v'encontrar
aunque los busque con un
cabo'e
vela.

En casi todas las casas criaban cerdos, cebados con esmero para una ocasión prefijada —bautizo, boda, santo—, y ella era la encargada de sacrificarlos. Había que verla entonces, blandiendo su cuchillo reluciente, remangada hasta el codo, diestra la mano para buscar la vértebra precisa del cuello en que debía hacerse el corte. Cuando ya la víctima, abierta y descuartizada —acá los suculentos perniles, allá los costillares para el asado, aquí los jamones carnosos — quedaba sobre la mesa, Ña Ruperta recibía su parte y la llevaba a casa para que su hija preparara el almuerzo o la comida.

La hija se llamaba Clara. Era una bien formada morena, reidora, de largas pestañas y piernas que atraían irresistiblemente las miradas. Modosa, dormilona, le costaba dejar las sábanas por las mañanas, y tenía su madre que acudir una y otra vez hasta el lecho para decidirla a enfrentarse con el nuevo día.

—Clara, son la *sei* y media ya.

—Sí, sí, ya me voy a levantar —respondía el subconsciente de la muchacha. Y se volvía para el rincón.

Diez minutos más tarde, Ña Ruperta insistía con voz en que comenzaba a dominar el enfado:

—*Qui'hubo*, pues, niña.

La respuesta de Clara anunciaba tormenta:

—Ya, *iñora*, ya.

Y seguía durmiendo.

A la tercera vez, la advertencia de la madre se hacía perentoria:

—¡*Güeña cosa'e* diablo flojo éste, por Dios! Clara: te *levantai* o *t'echo*
un balde
di'agua
en el traste.

Entonces la muchacha lanzaba los raídos cobertores hacia atrás, en un gesto violento, y se quedaba ahí, sobre la cama, los codos en las rodillas, rascándose la cabeza por entre las hebras largas y negras que el sueño había revuelto.

—*Estu'es* de *toos* los días, Clara. ¿No te da vergüenza? Una tontorrona grande como vos y tan
daora'e
qui'hacer
. Yo no sé
qu'es
lo que
va'ser
de vos cuando te casis… Digo, si es
qui'algún
aburrió se quiere hacer del cacho… Me tenis *colmá* la paciencia; ya *nu'hay*
con qué darte…

—Tanta bulla, *iñora*…

Permanecía un rato más en su tarea de rascarse. Estiraba después un brazo, dejando ver el vello de la axila y englobando la burda camisa con sus pechos. Se examinaba el callo de un pie, puliéndolo con la uña; alargaba después el otro brazo; bostezaba

con los ojos cerrados, apoyaba la barba en las rodillas; se abrazaba los muslos por debajo y allí permanecía acurrucada, pensando sin destino, empollando desvaídos proyectos. A veces casi se dormía de nuevo, pero cierto sentido vigilante le advertía la proximidad de su madre, y entonces se deslizaba del catre rechinante, con el gesto de quien se da una zambullida en invierno.

El desayuno estaba listo hacía rato: un pocillo de café con una rebanada de galleta. Luego venían sus obligaciones: soltar las gallinas del encierro, derramarles la ración de maíz, preparar los nidales, renovar el agua de los tiestos que hacían de bebederos. Después, a los trajines del almuerzo: poner la olla, pelar las papas, lavar la sal, reunir los condimentos, alimentar el fuego y «armar» en el momento preciso. En aquello se le iba la mañana.

Ña Ruperta salía. Retornaba con ropas de lavado de alguna de las casas más decentes del pueblo o con trozos de brin, sarga o tocuyo que sus tijeras convertían en piezas de camisas, pantalones de niño o chaquetas de labriego endomingado. Esto, cuando no había otras labores que le enviaban de las casas del fundo cercano, y que ella ejecutaba de preferencia, pues el patrón le cedía sin costo la casa que ocupaba.

Ña Ruperta quedó viuda al cumplir seis años la hija, y desde entonces hubo de hacer frente a la vida con sus solos recursos. Antes que una pérdida irreparable, la viudez le reportó un beneficio; el esposo era un empedernido bebedor que la dejaba sola por semanas y aun por meses para irse a otros pueblos en busca de algo que ni él mismo sabía lo que era. Al retorno, Ruperta debía renovarle sus ropas inservibles; darle dinero para que se afeitara, cuidarlo mientras el patrón se decidía a tomarlo de nuevo «y por última vez» en el fundo. Alamiro —así se llamaba— era talabartero y tenía a su cargo el arreglo de las sillas de montar, las coyundas de las carretas y los arreos que usaban los caballos de tiro. Afuerino, carecía de arraigo en aquellos campos y sólo la circunstancia de haberse casado vino a fijarlo allí. Era un hermoso tipo de hombre de pueblo: alto, decidido, de profundos ojos. Con ellos embrujó a la chiquilla humilde y encogida que por entonces era Ruperta. Ella se recordaba… Lo vio junto a su banco de trabajo allá en las casas, una vez que su madre la mandó a dejar el lavado de la semana.

—Adiós, *m'hijita* —le dijo él con su voz cariciosa cuando pasó a

su lado.

Y fue como un deslumbramiento.

Luego empezó a rondar la casa, tuvieron entrevistas furtivas y al fin llegaron al matrimonio contra la voluntad de los padres, que no querían confiar a su hija en manos de un desconocido, a quien se le atribuían cualidades nada recomendables, como ser aquel vicio del alcohol, que lo hacía desatender su trabajo.

Fue aquélla una ruda experiencia que Ña Ruperta tenía siempre muy presente cuando del futuro de Clara se trataba.

—*Pa m'hija*, un hombre campesino —decía fieramente reconcentrada—; un hombre que tenga dos brazos *pa* trabajar la tierra y que sepa cuidar sus crías como Dios manda. No me den a mí esos que tienen oficio y que se creen por eso más *encumbraos* que los otros. *Toos* venimos de la tierra y allí vamos a parar. Al hombre que siembra el cielo le da su bendición. Campesinos somos y campesinos *habimos* de ser, porque
nu'hay
que renegar de lo propio, ni ser mal *agradecío*, ni provocar al Señor que le
da'e
comer a los pájaros y a los *busanos*.

Por las noches, junto al brasero, *reconvenia* a la muchacha:

—Mire, *m'hijita*, yo *hey sufrio* mucho por no haberle hecho juicio a mis viejos,
qu'el
Señor tenga en su gloria. *too*
Di'un
tenía en mi casa, *enque* pobre. Pero me bajó la
malur'e
cabeza y *naide puo* hacer
m'entender.
Pa usté no quiero eso. Si se fija en un hombre, mírelo bien por *toos laos* y cuénteme a mí, que
nu'hay
mejor consejera que la propia *maire*. Una ha *tenio* sus crias con dolor de sus entrañas y es cosa muy triste verlas desgraciás. Yo

quiero su bien y por eso
li'hablo;
no *iga* que soy *majaera* ni que le cuento las cosas *laya*
di'otra
. Así es la *via*, y hay que vivirla *pa* no echar maldiciones cuando ya
nu'hay
remedio.

Clara escuchaba distraída. Detrás de sus pupilas sombreadas, con que fingía atender, había un mundo enjoyado por la primavera. Amor, sueños, ilusiones. Todo lo que habrá de ser eternamente la juventud sobre la tierra. Coqueta, le gustaba recibir requiebros, y sabía que sus ojos eran más bonitos cuando bajaba las pestañas. Se estiraba la blusa para que resaltaran más sus pechos. Subíase la falda sin motivo para mostrar la curva magnifica de sus piernas. Y sabía que todos los hombres habrían recibido gustosos una deferencia especial de su parte. Jugueteaba con ellos, les mentía promesas con miradas lloronas y luego se reía, mostrando sus dientes parejos, cuando el galán comenzaba a tomar en serio su comedia. Esto desalentaba a los tímidos y picaba el amor propio de los audaces. Sin embargo, su corazón nunca estuvo comprometido en tales escarceos. Era una especie de gimnasia innata que ella practicaba a diario para probar poder y sentir la satisfacción de hallarlo intacto.

La madre temía y espiaba con disimulo. Habría sido capaz de cometer un crimen por defender pedazo de su existencia. Contábase en Corcolén, entre risas y pullas, que don Carlos, el hijo del administrador del fundo, estudiante universitario, había venido a pasar sus vacaciones a la casa paterna y pretendió hacer su gusto con Clara. Lo sorprendió la vieja una tarde que regresaba de sus ajetreos, cruzada la pierna sobre la montura de su caballo, platicando entusiasmado con la muchacha, a la puerta de su casa. No dijo nada, pero pasados unos momentos, escuchóse su voz desde adentro:

—Claraaa…

—Ya voy, mamita.

—*Lo* gorriones *s'estaban* comiendo el *mey* aquí *aentro*. ¡Pájaros *maldaosos*, no más, que vienen a meterse *onde* no deben!… Veneno les voy a poner yo *pa*

que'apriendan…

Don Carlitos se fue, pensativo.

Pero a la otra tarde volvió a encontrarlo allí mismo Ña Ruperta. Dejó sus atados sobre una silla y comenzó a quejarse en voz alta:

—*Toito* el santo día trajinando *Siñor, pa*
dl'aqui
p'all,
que los
platos'tén
sin lavar y las gallinas muertas
di'hambre.
Yo creía
qu'en
otras casas que yo sé no más había flojos y caballeros. Pero la mala yerba crece *pa toas* partes por lo
qu'estoy
viendo.

Y luego, imperiosa:

—¡Clara! ¿*Toavía* no
ti'habís
aburrio'e
perder el tiempo?

—¡*Güena* la señora esta! —exclamó la muchacha, golpeando el suelo con su pie y despidiéndose a regañadientes.

A la tercera vez, estaba don Carlitos muy campante instalado en una silla del cuarto y Clara se reía frente a él con los brazos cruzados. Entonces la vieja estalló:

—Oiga, caballerito, *usté puee see* muy *letrao* y *too* lo que quiera;
peru'ésta
es una casa *honrá* y aquí, con el *faor* de Dios, mando yo. No voy a consentirle que le
veng'a
llenar la cabeza de cosas a mí chiquilla, y
va'ir
saliendo al tiro
di'aqui.

—Pero, señora… —quiso argüir levantándose el galán.

—No me *iga na, on* Carlitos; yo lo conocí a *usté ende* mocoso así, y siempre *jué*
picao'e l'araña
. Pero a mí no me viene con bolinas, porque
li'ando
viendo las intenciones a la legua.

—Mamá, por Dios… —quiso indignarse Clara.

—Vos te *callay*, sinvergüenza, floja recocía. Anda mejor a lavarte *pa* que te le vaya la calentura que
t'está
comiendo viva. —Y al ver que la hija no se movía—:
¡*And'a*
vete! ¿Qué tenis tapás las orejas? Pero *pa* oír *leseras naíta* que te *hacís* la sorda, ¿no?

—Señora, esto es un insulto… —arguyó don Carlitos, vacilante.

—Si —replicó ella, tendiéndole el sombrero—, *pa* la otra vez van a ser palos con esa tranca *ey*
qu'esta
. Se lo advierto *pa* que se busque tontas por otros *laos*.

Don Carlitos salió tropezando.

* * *

Días y días sobre Corcolén, como el correr del agua que siempre pasa y parece siempre ser la misma.

Ña Ruperta se inclinaba, se hacía más menuda, perdían agilidad sus pies y sus manos. Ya no tenía el pulso certero para el degüello de los cerdos y hubo de prescindir de aquella tarea. La llenadura de colchones también fue menos rápida que antes, y hasta en el corte de las ropas iban más vacilantes sus viejas tijeras. También es verdad que sesenta y ocho años, aun para una vieja como ella, pesan demasiado. Mas no perdía su jovialidad, y si bien una inquietud inmensa pasaba por sus ojos al observar a Clara, sabía disimularla con un heroico gesto de mentida indiferencia. Ella tenía sus proyectos y debería realizarlos antes que se la comiera la tierra…

La hija había alcanzado una plenitud gloriosa de mujer. Era su cuerpo el de la tierra misma, grávida, peinada de surcos para recibir el germen de los trigos y los puñados de oro del maíz. De su carne emanaba una fuerza que la vestal toda, encandilando los ojos de los varones. Sus pechos eran la más bella promesa de fecundidad. Por sus curvas andaba una caricia como una llama azul, lamiéndola. Y por allí corrían los ojos brillantes de los hombres igual que mariposas entorno a una luz.

Clara tenía sueños agitados, decía desde el lecho palabras sin sentido que la vieja pesaba en su experiencia y amasaba, febril, en el desvelo de sus largas noches. Aquel volverse poderoso bajo las sábanas, apretados los brazos contra el pecho, era un signo de que profundas raíces crecían en la carne de la durmiente. Ña Ruperta, los ojos abiertos en la obscuridad, pensaba y combinaba.

Pero vino a estrellarse contra una jugada imprevista de la Suerte.

El camino, el mismo camino por donde los labriegos se iban hacia los campos, trajo sobre un caballo a Juan Alberto, el nuevo amansador del fundo. Hombre de espaldas recias, dominador de bestias chúcaras, tenía esa seguridad que da el encuentro diario con el peligro. Corta la chaquetilla con muchos botones, grandotas las espuelas, firmes las manos sobre las riendas y el rebenque, apareció como un dios refulgente a los ojos de Clara. El caballo que montaba aquel día era un overo de remos delgados, ijares nerviosos, pecho potente y abellacado andar. Sobre sus flancos llenos de sudor, las dos piernas del hombre apretaban sus tenazas de acero, dominándolo. Se presentía la lucha de dos fuerzas bravías que pugnaban por aniquilarse. Juan Alberto lo traía ya un tanto doblegado, pero aún no cogía el paso igual y suelto que debe tener todo pingo hecho para la montura. Ante la casa de Ña Ruperta, el overo empezó a caminar de lado resoplando, porque un montón de ramas fingía quién sabe qué aparición espeluznante frente a sus ojos vivaces. Y el hombre lo azotaba sin piedad y le hundía las ensangrentadas rodajas en las costillas.

Pasó en ese momento don Eustaquio, el patrón, y se paró a observar. El centauro, seguro, recogiendo todos sus músculos, pareció impulsar a su caballo solo con la potencia de sus tendones. Y la bestia, caminando cortito pronta al bote artero, fue llevada

hasta el mismo hacinamiento de ramas que provocaba su pavor. Allí las riendas se estiraron dejándola inmóvil, mientras la mano del domador le palmeaba la tabla del cogote.

—¿*Toavía* no se da, Juan Alberto?

—No, patrón; pero mañana se lo voy a entregar *sea com'una*

.

No había jactancia ni sumisión en sus palabras. Hablaba con el «*jutre*» de igual a igual, porque en ese momento él era también un amo.

Clara observó la escena desde la puerta. Y sus entrañas gritaron: «Ése es el hombre». Su vida precisaba fuerza, dominación, seguridad: los brazos de él se las darían. Y cuando don Eustaquio prosiguió su marcha, se hizo presente a los ojos del amansador. Le bastó salir al camino con el aire de quien otea hacia la lontananza. El varón la miró deslumbrado. «¡*Puchas* la hembra!». Y retardó su bestia en aquel punto, haciéndola trazar filigranas. Se estableció un mudo diálogo entre la mujer y el hombre. Él, demostrando su habilidad y su potencia gallarda de macho; ella, exhibiendo con disimulo sus galas de femineidad y de atracción. Clara: curvas jugosas, ojos de hechizo indefinible, boca de beso blando. Juan Alberto: nervios, coraje, altivez, elegancia bravía. Duelo de cualidades que se igualaban y se complementaban en una silenciosa y vibrante competencia. En las miradas de ambos creció una chispa que anunciaba la hoguera. Así sucede a veces en los montes, cuando el sol ha sorbido los jugos de la hierba medusa: salta una chispa creada por el roce y el calor, y un gran trozo de monte se engarza al dedo la sortija estupenda de un incendio.

Aquella noche, Clara soñó, y se estremecieron inmensamente sus muslos llenos y calientes bajo las ropas que la cubrían…

Pero la Suerte seguía moviendo sus dados.

Apareció, con una fuerza diferente, más arremansada y profunda, la figura de Pablo, el labrador. Hombre de la tierra, quieto como los campos solitarios, escondía como ellos un tesoro que se entregaba sólo a quienes eran capaces de conquistarlo con su esfuerzo. Sus pies, protegidos en la planta por ojotas de cuero, no llevaban la espuela gallarda ni la bota de fino tacón, pero sabían sostenerlo con seguridad sobre la tierra grande y jugosa. Sus manos

no empuñaban las riendas ni el chicote, pero el arado era una bestia mansa entre ellas, obedeciendo a leves presiones y prolongando la recta y larga herida sobre los terrones hambrientos. Firmes los rasgos, cerrados la boca y el gesto a la jactancia, tranquilo el ademán, quieta la voz como la de un torrente profundo que conoce su propio poder.

Entre ambos pretendientes, el corazón de Clara vacilaba.

La deslumbraba el uno; más el otro, luego, con un solo gesto, reconquistaba lo perdido. Porque ambos poseían esa cualidad de dominio y falta de vacilación que le era necesaria a la muchacha. Quién sabe si Juan Alberto se llevaba la preferencia por sus acciones espectaculares; pero el otro debía ser más querendón en su callada rudeza. Posiblemente Pablo sería mejor esposo, pero había que saber entenderlo; no buscaba la atención; preciso era seguirlo y hacerse remanso para que pudiera lucir su estrella. La misma forma de cortejarla era distinta. Acometidas impetuosas por parte de uno, afiebrada búsqueda de su carne, manos incontenibles, boca dominadora. Suavidad melancólica en el otro, ternura contagiosa, respeto de roble que se hace sombra bienhechora, olvidando su altura.

—Vos, Clara…

—*Usté*, Clarita…

Torrente y laguna. Monte y llanura. Altas rocas macizas, tierra blanda y amiga.

Y la hembra queriendo repartirse entre aquellos dos poderes que se la disputaban.

—Te quiero… Déjame…, déjame.

Y ella tenía que coger sus puños y hasta mordérselos para que la soltara.

—*Too* el día *hey tao* trabajando con su recuerdo *metío* aquí.

Y le llevaba la mano hasta el corazón para que ella escuchara su canto fiel y poderoso.

Ña Ruperta observaba. Comprendía. Ocultaba el secreto de sus proyectos. Cada gesto de Clara le daba indicios de la lucha tremenda. Intervenir habría sido absurdo. Llegaría el momento preciso, y ella vivía al acecho, tal un gato ovillado en la obscuridad. Un resorte de seda que salta sin rumor, y ya estaba la presa prisionera. Su hija. Sangre suya, creada con todas las potencias de

su ser, alimentada diariamente con sus cuidados y sus desvelos, pulida por su amor como una joya delicada. Ella, vieja, sintiendo ya el llamado de la tierra, tenía entre sus manos un timón frágil para encauzar aquel destino. Lo desviaría cuando fuera tiempo y haría entrar en buen puerto la nave batida por contrarios oleajes. Mientras ella alentase, Clara tendría un buen cercado en torno. Quincha de varillajes débiles, tal los que forman la medialuna de los rodeos, pero capaz de resistir el empellón formidable de dos bestias en plena carrera.

Los días continuaban arreando su piño de mulas por la calle única de Corcolén.

La carne de Clara gritaba, sedienta. Ña Ruperta, en las noches, apoyando la cara en su mano huesosa, se erguía sobre el camastro en una ansiosa expectativa. La primavera estaba en el huerto y en la sangre de su hija. Se anunciaban los brotes resueltos, reventaban los apretados capullos. «Vida, luz», gritaban los ramajes conmovidos. «Luz, vida», respondía aquel árbol moreno y sensible que era la muchacha. Y subía la savia buscando el fruto venidero.

Allí estaba el peligro, más presente que nunca.

Las noches eran hondas, y en el viento flotaba un estremecimiento de pólenes. Los poderes de la tierra se hacían música en el aire. Y la muchacha sentía vacilar sus rodillas cuando el brazo de Juan Alberto se arqueaba en su cintura. Giraba su cabeza deslumbrada cuando las frases hondas de Pablo buscaban el cauce trémulo de su oído.

Las dos fuerzas contrarias adquirían dominio.

En el alma de Ña Ruperta sonaban sirenas de advertencia y espanto. No podía esperar…

* * *

Noche de luna ausente, soledoso camino, silencio de los árboles.

Juan Alberto avanzaba carretera adelante sobre un caballo colorado, y en su pecho cantaba la vida. Los campos anchos le mandaban embriagantes mensajes, su cuerpo parecía estremecerse de ansiedad y esperanzas. Algo como un calofrío le recorría la carne ávida, del pecho a los talones, cuando recordaba las palabras que le dijera Clara la noche anterior.

—Mañana, *mi'hijito*, mañana… Déjame ahora, por la Virgen

santa… No *pueo*…, no *pueo*, pero soy tuya…

—¿Me *juray* que mañana?…

—Te juro…

Ardía entre sus brazos, palpitaba su carne suave y dura, se apegaba a su boca como queriendo fundir los cuatro labios en una sola fiebre.

—Mañana, *m'hijito*, te lo juro…

Quería llorar, quería tenderse, deseaba ceder de una vez a lo inevitable. Pero una fuerza más grande que aquel anhelo luchaba adentro sosteniéndola, como la última hebra de un puente a punto de romperse.

Debajo había un abismo. Caer. Caer. Todo estaba en abandonarse, pero aún resistía, sacando fuerzas de sus mismos huesos, de la médula obscura de su temor.

—Ahora, ándate…

Pero lo retenía. Le ponía en las manos los dos elásticos plumones. Enarcaba los hombros para que él los marcara con el duro hierro de sus dientes hambrientos.

—Ándate…

Y desfallecía su voz, se quebraba su decisión como la espiga bajo la hoz.

—Ándate… Mañana…

Y huyó al fin, rompiendo el embrujo, enredando sus piernas robustas —¡ahora tan frágiles!— en el deseo.

El jinete no deseaba galopar. Era dulce acariciar aquel recuerdo como quien entretiene sus manos en un cuerpo amado antes de hundirse en el obscuro vértigo. El gemido de Clara… Aquel arrullo que venía de más allá de su conciencia, anunciador de las ternuras supremas… Aquella carne dura, hambrienta y abismante… Ella…

En lo alto estaba su nombre. Las aguas lo cantaban. Lo escribían los yuyos con su alfabeto de cruces amarillas en los campos abiertos. Su presencia en el viento, en el cuello potente del caballo que temblaba nervioso cuando él ponía allí su mano. Dos presencias en la noche: él y su bestia, pero en torno, ¡qué mundo de recuerdos, ansiedades y esperanzas!

Desde lejos, empezó a divisar el recodo de Las Tres Animitas. Allí ardían las luces de las velas llorosas que la piedad campesina venía a colocar cada tarde bajo las latas rezumantes de grasa.

Habían caído en aquel punto tres hombres: un carretero ebrio aplastado por las ruedas macizas; un capataz cosido a puñaladas, y un amansador que fue lanzado al suelo por el corcovo artero de su yegua. La lumbre crecía como un frágil árbol de miedo en la obscuridad. Contábanse cosas espeluznantes de aquel paraje. Los tres difuntos salían a veces a conversar en el recodo. Alguien los vio, reales, tétricos, pavorizantes, mientras hacían su tertulia. Alguien oyó cruzar una carreta invisible, chirriando, sin que se vieran sus ruedas ni sus quinchados. Otro sintió el corcovo de un caballo. Él que menos, la queja sofocada del capataz al rodar con el corazón partido.

Pero a seis cuadras de aquel sitio estaba la carne de Clara llamándolo.

Echóse levemente hacia adelante y apretó las espuelas. Salió el caballo con nervioso galopar. Pasó el viento silbando por su cara. *Tacatac, tacatac, tacatac*.

Y de repente, la visión horrible. Un bulto aleteante, como un inmenso murciélago, bajo la lumbre amarilla de las velas. Un bulto obscuro como el de un ser parido por las sombras.

El caballo dio un bote de lado y la cabeza de Juan Alberto fue a rebotar contra las piedras.

El bulto se inclinó sobre él como un buitre y luego se perdió en las sombras de donde había salido.

* * *

Lo hallaron al día siguiente, roto, exánime, respirando apenas. Llevado al hospital del pueblo y luego al de la capital, los médicos dictaminaron que aquel hombre no podría montar nunca más un caballo. Quebrados el hombro y una pierna, débil la cabeza para soportar conmociones, era un pobre guiñapo entre las sábanas…

Las Tres Animitas aumentaron el caudal de su leyenda.

—¡Vivan los novios!

* * *

Cuecas gallardas. Vino. Entusiasmo. Y un gran lazo de amor uniendo las miradas de Pablo y Clara.

—¡Vivan los novios!

Cantaban las guitarras, subían vasos como izados sobre un mástil de alegría, retemblaban el suelo y las hojas de parrón bajo los zapateos estruendosos.

Y Ña Ruperta reía sirviendo a sus invitados, ágil, parlanchina, como si no le pesaran los sesenta y nueve años que soportaban sus espaldas.

—¡Dios los bendiga, *m'hijitos*!

Y lloraba abrazándolos.

* * *

Cuando le llevaron el primer hijo, Ña Ruperta estaba por primera vez inactiva. Postrada en su camastro, languidecía más insignificante que nunca. Se presentía la muerte acechando en cada rincón.

Tuvo fuerzas, no obstante, para coger al nieto y besarlo. Le quedó un resto de postrer energía para reír y balbucear:

—¡Hombre! Campesino, como su *paire*, con dos brazos *pa* labrar la tierra, con un cuerpo *pa* sembrar hijos… Hombre,
m'hijito,
campesino…, flor de la tierra…

Y se apagó sonriendo, como si aquélla fuera la última misión que le quedaba por cumplir.

ANTENOR TIENE SED

Las pesadas ojotas de Antenor Cabrera vienen pisando algodones desde que salió del pueblo. El suelo se escabulle bajo sus plantas y se llena de baches imprevistos. Le resulta difícil al hombre avanzar en línea recta, porque el camino toma de pronto rumbos inesperados, como si alguien lo hiciera girar de contento para lanzar al transeúnte contra las zarzamoras de la orilla. Sin embargo, el instinto de Antenor es como una proa maciza que va rompiendo los obstáculos. Tras cada tropezón o cambio de rumbo, el caminante saca desde muy adentro unas cuantas maldiciones y prosigue su avance desigual y fatigoso. Extraviados por el alcohol, sus ojos quieren medir distancias, pero todo se baraja y se confunde cuatro pasos más adelante. Las lejanías se trastruecan de modo inexplicable. Bailan los montes próximos. Cobran los árboles vida y movimiento hasta ponerse frente a él. Los matorrales giran como regimientos en precipitadas evoluciones. El caminante trae la cara raspillada y las facciones inconocibles de polvo. Varios aterrizajes forzosos han tirado su cuerpo sobre la carretera con terrible violencia. Trabajo le ha costado ponerse de nuevo sobre sus piernas, mas lo ha logrado al fin con la ayuda de unas cuantas blasfemias espantosas. Sin embargo, sus fuerzas comienzan a flaquear, y el sueño, cada diez trancos le abate los párpados de plomo. A ratos, Antenor camina dormido, pero bien pronto el choque contra un tronco o una piedra lo vuelve al mundo con su advertencia imperiosa.

—Estas son *leseras*… *leseras*… *leseras*…

Se detiene un momento en mitad del camino y se rasca la cabeza por debajo de la chupalla. Es un hombre moreno, rechoncho, de cuello corto y grandes orejas. La camisa entreabierta, en cuya tela

burda se dieron cita manchas de grasa, chorreaduras de vino y coágulos de sangre, permite verle el pecho de matorral bravío. Encima de esta camisa, bate sus lacias alas un chaleco barroso sin un solo botón. Lleva los pantalones de casineta arrollados a media pantorrilla, y si por la delantera están parchados, semejan por detrás un verdadero mapamundi. A pesar de que el vino resta luz a sus ojos, vaga por sus facciones tostadas un gesto indefinible de cazurrería y se adivina que su boca es licenciada en alegres decires.

Ahora está tratando de fijar el horizonte escurridizo para ver cuánto le queda de martirio, mas su visión recoge solamente un confuso cabrilleo de ramas, colinas y cercados de alambre.

—Por lo visto… *güeno*… *toy* bien… *curaíto*… Y *jueron* apenas tres litros… Esto si
qu'esta
lindo… ni *parao agora*
pueo'star
.

Ríese jovialmente de su propia impotencia y ensaya mantenerse firme. Pero ¿hay cristiano que pueda estarse quieto, cuando se mueve la tierra? Termina de rascarse las tiesas greñas y su chupalla color trigo tostado rueda livianamente sobre el polvo. Una racha de viento juguetón la levanta y la lleva girando hacia un costado del camino. El hombre se lanza tras ella en un afán desesperado de alcanzarla. Son torpes y desmañados sus movimientos, tal los de un cóndor ahíto que no puede volar. La chupalla ha quedado enredada entre unas matas de cardo santo. A punto está de cogerla, cuando la carretera le destapa una zanja traidora bajo los pies. Antenor cae adentro como un fardo.

—¡Epa!

Sus manos arañan un instante las hierbas de la orilla, en busca de asidero para incorporar el cuerpo. Al fin comprende la inutilidad de aquella empresa y prefiere quedarse donde está, sin rebeldías inútiles.

—¡Por la chupalla…! Si, por la chupalla *jué*. *Tay fregao*, Antenor… *Tay fregao*… Tay *fff*…

Cae abatida su cabeza definitivamente. Abre el sueño sus grandes compuertas y lo inunda todo. Antenor flota, flota sin esfuerzo ninguno, para hundirse por fin en una sima morada y llena

de vislumbres amarillos. Grandes ronquidos le estremecen los negros y ramudos bigotes. La nariz ancha y llena de venitas azuladas en la punta, ensancha sus ventanillas como dos bocas redondas para sorber el aire y para dar salida al tufo espeso del alcohol ingerido.

Entretanto, la tarde arrea sus rebaños. Retornan peones y mujeres desde los campos. Pasan jinetes conversando y rechinantes carretas vacías. Luego hay espacios de silencio más y más prolongados. El camino se queda solitario y por él avanza la noche, tras borrar con su esponja los últimos fulgores de las nubes. Por los potreros comienza un concierto de ranas, desafinado y húmedo. El monte del Gusano, se acurruca como un labriego bajo su manta azul profundo. Se afina en la distancia la voz de los arroyos y el cielo desparrama fulgentes y tibias estrellas.

Serán las once de la noche cuando Antenor se agita al fondo de la zanja, friolento y dolorido. Lucha con desesperación entre el limite del sueño y la realidad, y consigue por fin zafarse de las redes que lo aprisionaban. Se siente más liviano al incorporarse de su improvisado lecho y piensa que aquel descanso le ha hecho bien. Pero de pronto el escozor de su garganta y la sequedad de su lengua lo hacen enfrentarse a una nueva y amarga realidad. Tiene sed, una sed espantosa que no puede calmarse sino con un buen trago de mosto. De ese mosto fresquito y aromático que vende Don Julián a la entrada del pueblo. ¡Cómo pica en la lengua y en el gaznate su regusto de uvas! ¡Cómo suena en la llave del barril al llenar los potrillos de vidrio! ¡Con qué alegría reluce sobre el mesón, frente a las manos ávidas que se alargan para cogerlo!… Pero Antenor no tiene un centavo, y el cantinero no fía ni por equivocación. De todas maneras, no estará de más llegarse hasta el boliche. Puede haber allí algún conocido dispuesto a obsequiar un trago.

—*Di'allá* somos…

Pero la sed arrecia fieramente. Le aprieta las agallas con sus zarpas y le impide escupir una pasta viscosa que se le pega como goma en la lengua.

—¡*Benaiga* la porquería!

El pueblo queda por lo menos a una legua de allí. Es demasiado, demasiado para su impaciencia y su desesperación. La cabeza le quema, su estómago es una especie de maquinaria enloquecida que

carece de aceite. En la garganta le crecen duras hojas de cardo. Experimenta un desaliento infinito al pensar de repente que está caminando en balde. Echa sus ojos angustiados hacia el reloj de las estrellas: debe ser media noche. Tal vez esté cerrado el despachito. Naturalmente. Es jueves hoy, día de poca venta. Cuando llegue, no habrá ni una luz encendida, y él estará más lejos que nunca de su rancho.

—¡Soy cristiano muy *re* fatal yo, por la *maire*!

Se abate, sin ninguna esperanza, sobre una piedra que el monte próximo mandó como un mensaje hasta el camino. A pocos pasos de él, murmuran frescamente las aguas de una acequia cantarina. Agua. Agua. ¡Qué lastima! Nunca ha servido el agua de Dios para calmar la sed terrible de un borracho. El hombre siente ganas de llorar y se pasa la lengua torpe por los labios pegajosos.

—*Tay pa* nunca, Antenor…

Se queda pensativo, la cara entre las manos, barajando en su mente llorosa filosofías e irrealizables proyectos. Mejor será tal vez volverse al rancho. Pero allí estará solo. Antes había una mujer que lo aguardaba; pero ahora, ya muerta ella, desparramados sus hijos en hogares ajenos, el pedazo de tierra que le toca como ración en manos extrañas, vacía de utensilios la vivienda… Si retorna, se llevara toda la noche dándose vueltas en su jergón de paja sin conciliar el sueño. Y su sed irá en aumento minuto a minuto, hasta enloquecerlo…

—Bien me *icía* mi mujer antes
de'ejarme
solo la pobrecita: «Antenor, ¿cuándo *vay* a componer tu *caeza*? Antenor, el trago
v'a
ser tu perdición».

Pero él no le hizo caso y siguió bebiendo. Ahí tenía las consecuencias. Sin embargo el recuerdo se borra para dejarlo frente a la torturante realidad. Su sed es inhumana, no admite subterfugios, clava, desgarra, muerde las vísceras.

—Daría… ¡no sé qué cosa por tomarme un
trago'e
tinto! —murmura con exaltación.

Y apenas han salido aquellas palabras de la boca reseca de

Antenor, una sombra más densa emerge de entre las sombras nocturnas. El bulto aquél va concentrándose hasta adquirir contornos humanos. Se yergue justamente a un paso del sediento que lo mira con temerosa curiosidad. Una cascada voz de viejo —¿dónde ha oído, Antenor aquella voz?— sale a buscar su oído:

—¿*Dariay* cualquier cosa?

El hombre siente un calofrío que le crispa las manos. Se incorpora temblando, y aquello que le corre por la espalda es semejante al roce de una mano fría. La silueta que tiene delante es informe, como la de un anciano con manta; pero hay algo de tétrico y filoso en sus palabras, como si ellas encerraran un desafío. Antenor, que se sabe muy hombre, responde a la pregunta con cierto énfasis:

—Cualquier cosa.

—Vamos andando entonces.

Queda atrás el camino y las ojotas de Antenor pisan la tierra blanca de un potrero. Se hallan después de un rato en las proximidades de un monte que al sediento le parece desconocido. El viejo va adelante, sin volverse, con la seguridad de quien atraviesa dominios familiares. Antenor, desconfiado, lo sigue, abriendo cuanto puede sus ojos para descifrar el enigma de aquella silueta silenciosa.

—Oiga *agüelo*… —El invitado intenta una explicación; pero el otro te advierte con tono firme:

—*Tese callao*, amigo.

Avanzan orillando el monte. En torno, la vastedad de la noche que todo lo cubre con su plumaje negro. Más allá, los rumores de siempre, ahora más medrosos y llenos de presagios para el alma de Antenor.

—*Pu'aquí* camine con *cuidao*.

Han llegado ante un húmedo y frío socavón, en cuya oquedad se interna el viejo, agachándose. Antenor se detiene, perplejo, dudando entre seguir y devolverse. Pero al fin triunfa su fatalismo y murmura para darse valor:

—Quién dijo *mieo*.

Sus manos tocan húmedas piedras a ambos lados, rocas salientes y viscosas por el agua que se filtra desde arriba. Adelante se sienten los trancos sigilosos del guía. No es posible ver nada en aquellas

tinieblas que parecen pesar sobre el pecho. Pero al fin la silueta del guía se recorta contra una luz, y desembocan ambos en una caverna. Las murallas de roca muestran aristas irregulares a la luz de tres velas de sebo que hay colocadas en distintos ángulos. Antenor mira en torno con desconfianza. En un rincón de aquel extraño recinto, hay unas cuantas cosas igualmente extrañas: un brasero de cobre oxidado con grandes carbones ardiendo, tiestos, frascos de colores diversos, hierbas amontonadas y… un espejo. El anciano —ahora ya ha visto que es un anciano— trajina por entre los objetos sin darle nunca la cara. Va todo vestido de negro; sus pies calzan ojotas y una manta peluda le cae de los hombros hasta las rodillas. La sombra que proyecta su chupalla impide que Antenor le vea el rostro.

—Amigo, si quiere tomar un *güen* trago,
v'a
tener que desnudarse.

El aludido frunce las cejas ante la extemporánea curiosa advertencia.

—*Puchas* la *payasá*. ¿Y con este frío? —responde.

—El trato es trato. *Usté* dijo
qu'haría
cualquier cosa.

—Cierto no más.

—¿Y en qué topa, entonces?

—Qué tanto será, pues. Lo único que voy arreando es el *costipao*.

Sin escucharlo, el viejo ha comenzado a dar el ejemplo. Cae primero su manta en un rincón y siguen igual camino su chaqueta y sus pantalones. No se detiene hasta quedar en la mismísima facha que dejó tener nuestro padre Adan en el Paraíso. La piel de aquel anciano es tan rugosa como la corteza de un espino. A través de ella, cual duros promontorios, izasen nervios y costillas. Tiene algo de reptil o de tronco reseco bajo la luz extraña de las velas que derraman una lumbre amarilla y espectral.

Antenor, vencidos ya sus postreros escrúpulos, tira sus «*pilchas*» con decisión y queda en igual traza que su guía. Se halla ridículo, torpe, indefenso en su desnudez, y a punto está de vestirse de nuevo, abandonando la empresa. Pero el viejo, tras pronunciar unas

monótonas e ininteligibles palabras, rocía los carbones del brasero con un líquido verde que desparrama humo y hedores picantes por la caverna. Permanece un momento inclinado sobre el fuego y pide a su acompañante hacer lo mismo.

—¿Y con qué fin, *agüelo*?

Pero se inclina y ejecuta lo que le mandan, ya determinado por el tono y los ademanes imperiosos del viejo. Éste se agacha sobre un tiesto de greda de donde saca una pomada verde con la cual va frotándose piernas, tronco y brazos. Luego ejecuta igual maniobra con la humanidad de nuestro borracho. Y ocurre entonces algo inaudito, increíble. El cuerpo de ambos hombres empieza a revestirse de ásperos pelos, las extremidades se hacen nudosas, se arquean los espinazos y manos y pies se transmutan en duras pezuñas.

—¡*Agüelo*, por la *vía*! Si ya voy pareciendo ternero —farfulla tembloroso Antenor ante aquella transformación— ¡si hasta cola *salío*
mi'ha
por las agallas! —remata, torciendo medrosamente la cabeza y agitando su apéndice posterior.

—*Tése callao; la'e* no le *malazo*
va'ir'
—le advierte su bovino acompañante, con tono que no admite controversias.

A pesar de su desnudez absoluta, no experimenta frío alguno nuestro amigo. Aquella posición extraña en que debe moverse, lo entraba sobremanera al comienzo.

«*Falta'e*
costumbre», comenta por lo bajo. A una señal del viejo, salen ambos por donde mismo entraron, y en este breve trayecto Antenor comprueba que las extremidades lo sostienen de manera maravillosa. El borracho ha observado que su guía es un toruno perfecto, salvo en la cabeza que conserva su forma humana. Supone que su aspecto es semejante, y aquello no le resulta ya tan extraño como al comienzo. Bajan el monte y se hallan los dos caminando por el campo abierto. El toruno que sirve de guía camina con elástico paso, pero de pronto vuelve la cabeza y ordena:

—*Agora*, a correr *si'ha* dicho. A ver, diga lo que yo voy a *icir*:

¡Sin Dios ni Santa María!

Un estremecimiento terrible, sacude las patas de Antenor. Gíranle hacia adelante las orejas —poder del mimetismo— y se queda clavado en el potrero mientras el otro sigue su marcha. «¡Por la *maire* este cristiano es brujo!». Pero ya está metido en el baile, y no es cosa de quedarse vuelto un animal en medio de aquellos campos y todavía con sed. Por que su sed persiste, tiránica, inextinguible. La siente allí en su lengua y en su gaznate, presente y viva.

Entonces se resuelve y echando en alto su cola como una bandera, dice sin vacilar:

—¡Sin Dios ni Santa María, miéchica!

Y allí comienza una endemoniada carrera por entre los potreros, saltando acequias, esquivando matorrales, rompiendo pastos y plantas. Así, hasta que se encuentran frente a las rumorosas y turbias aguas de un río. El río Cachapoal. Bien lo conoce Antenor, pero nunca se le apareció más amenazante que ahora. Se lanza el brujo a la corriente y allí chapotea su cuerpo diestro en tales empresas. El novato comprende que no puede quedarse atrás y toma el mismo rumbo que le señala su predecesor. El agua lo levanta, y las extremidades como remos hacen avanzar su cuerpo. Mugen las aguas en torno, suenan entre las piedras, remolinean rápidas y envolventes. «Lo que falta

qui'agora
mi'ahoge

—piensa nuestro borracho—, y me saquen mañana hecho ternero con cabeza

di'hombre».

Pero ya se divisa la otra orilla, las pezuñas ya tocan fondo, la corriente es más lenta. Un sacudón imperioso, y ya están los dos lado a lado caminando. Cubren un largo trecho hasta que la mole obscura de un monte viene a cortarles el avance. Se deja oír de nuevo la voz del viejo:

—Aquí tiene *qui'hacer too* lo que

yu'haga.

arrejando
La'enó,

perder la *vía*.

—¡*Puchas* en la que *m'hey venío* a meter, por las aletas! —masculla el bueno de Antenor, mientras un nuevo estremecimiento le corre por los lomos hasta las patas traseras.

La obscura boca de una cueva los mira fijamente, por entre sus pestañas de maleza. De las profundidades llegan cantos, rasgueos de guitarra, sonar de vasos, voces alegres y contagiosas.

«El medio *cagüín* que tendrán *ey aentro*» —piensa Antenor. «¿Y por qué habrán *venío* a estos *pelaeros* a darse gusto?» —sigue cavilando. Pero su acompañante no le da tiempo de continuar en sus divagaciones y lo invita a seguirlo. Apenas han traspuesto la entrada de la oquedad, desata el brujo en voz baja el ovillo de un rezo monótono y Antenor siente que le crujen los huesos. Sus extremidades pierden poco a poco su dureza, se yergue su espina dorsal, se borran sus pezuñas y está otra vez de pie, recuperada su envoltura de hombre sufrido y sediento. Encoge y estira los dedos para sentírselos y cada uno de ellos le obedece con perfecta justeza. Se palpa los hombros, las costillas, los muslos y se lleva la mano hacia atrás, lentamente, como si temiera una sorpresa desagradable; pero respira satisfecho: también ha desaparecido la cola, aquella cola que le vino azotando las costillas y las corvas durante todo el viaje. Lo extraño del suceso es que no está desnudo. Por el tacto reconoce su chaleco grasiento, su camisa entreabierta, los parches todos de sus pantalones. Esto concluye de tranquilizarlo. Aquellas prendas forman parte de su vida y le traen seguridad. Quiere tragar saliva, pero la sed olvidada por unos momentos se le hace de nuevo presente. Desde adentro sigue llegando la música de las guitarras, el rumoreo de conversaciones y el choque cristalino de los vasos. Entonces el brujo vuelve a reconvenirle:

—No se le olvide: *too* lo que *yu'haga*.

Y de pronto, los ojos de Antenor se deslumbren ante un inesperado espectáculo. El hombre se restriega las pupilas y levanta primero un párpado, con desconfianza; luego el otro, con igual cautela. No, no está soñando: a sus plantas, en una caverna que tendrá por lo menos doscientas varas de ancho por algunas más de largo, se ve una mesa resplandeciente, colmada de manjares, frutas, golosinas y vianda que nunca soñara su imaginación. Grandes soperas llenas de caldo humeante, platos repletos de pechugas de

ave y muslos y rabadillas, fuentes con sopaipillas pasadas y picarones, azafates… Pero aquello no tiene importancia frente a lo que ahora miran sus ojos desorbitados: un jarro de cristal transparente colmado de vino rojo, con redondelas de naranja en la superficie. Deben ser quince litros cuando menos se imagina que podría bebérselos de un solo trago, tal es la sed que tiene. Viene a distraerlo las risas de los que rodean la mesa. Serán ciento cincuenta, entre hombres y mujeres de toda edad y condición. Ríen, comen, lanzan horribles juramentos, hacen chocar sus vasos y los vacían con grandes muestras de satisfacción. Sentado en una especie de trono que domina todo el salón, se destaca un extraño ser: cuatro patas extendidas, dos de las cuales se apoyan en sendas calaveras, mientras las otras descansan sobre los brazos del sillón; el cuerpo es erguido y peludo, lo mismo que la cara que se prolonga en una barbilla puntiaguda, y por arriba termina en una caracoleada cornamenta. Los ojos de aquel ser brillan como carbones encendidos y se mueven satisfechos y vivaces de un lado a otro del recinto. De pronto, aquellos ojos se detienen sobre los dos recién llegados. Antenor siente un vértigo terrible, como si una quebrada lo atrapara y busca protección en el rostro de su compañero. Éste lo calma con un gesto y lo invita a descender una escalera labrada en la roca. Durante este trayecto, Antenor está tentado de volver grupas y evadirse de aquella guarida; pero el mismo temor le impide hacerlo y se resuelve a continuar. Llegan así hasta las plantas mismas del trono ocupado por el extraño ser. Al mirarlo de cerca, se da cuenta Antenor de que el rey de la fiesta es un chivato por los cuatro costados. Ha colocado una pierna sobre la otra y observa con su penetrante y profunda mirada a los dos que llegan.

—¿A quién *traís, Lionso*? —pregunta, medio balando, medio hablando.

—A uno que tenía *sé*, Señor —replica el brujo, prosternándose a los pies del trono.

Entonces el chivato se incorpora y varía de posición, presentando su parte trasera al brujo arrodillado. Este deposita allí un ósculo reverente, e indica con un gesto a su compañero que lo imite. No tiene Antenor más remedio que obedecer al mandato, y realizada la ceremonia se incorpora restregándose los labios con

disimulo. «*Puchas* lo que tiene *qui* hacer uno *pa poer* tomarse un trago», medita el pobre borracho, y se estremece al pensar al pensar que todavía puedan quedarle algunas otras pruebas semejantes.

—*Agora*, entreténganse —los invita el chivato con un gesto, mientras ocupa de nuevo su puesto.

Y Leoncio —ahora ya Antenor sabe cuál es su nombre de su compañero— lo conduce hacia una de las sillas vacías que hay en torno a la mesa, ocupando él la contigua. Frente al sediento queda el jarro de vino que miró desde arriba. Brilla el mosto lo mismo que un lucero tras el cristal y las naranjas muestran su pulpa jugosa y refrescante. ¡Bien vale la pena venir! Hasta la sensación del beso repugnante se borra de la mente de Antenor y ya no tiene vista sino para mirar aquel portento. El mosto cae hasta el vaso, lo colma, se derrama en la mesa. Y el borracho no se atreve a tocarlo, por temor de que todo sea una ilusión.

—Ya, pues, mándeselo al pecho.

Oye la invitación y ya no duda. Sus manos palpan el mojado cristal; tocan sus labios el liquido ¡es vino!, ¡vino fragante, reparador, sangre de los viñedos! El frescor se le derrama, delicioso en la boca; se le deslíe en la garganta; corre hacia abajo por su tragadero; lo siente en las tripas, en el espinazo, en las vértebras, en los nervios, como una lenta y larga caricia. ¡Ah…, ah…! Aquello es la única cosa grande y sabrosa que da la tierra. Que coman los demás, y rían y canten. Él sólo quiere beber, beber hasta que toda su sangre sienta la presencia dulcísima del líquido bienhechor.

—¿Otro vaso?

—¡Otro!

Y otro, y otro más.

—Gracias, muchas gracias, *on Lionso*.

Usté's

mi amigo. Si alguna vez se le ofrece algo, aquí tiene a este pobre roto dispuesto a servirlo.

Una ternura contagiosa le sube pecho arriba inundándolo todo. Se va sintiendo cada vez más firme y seguro. Ha venido a caer entre amigos que lo estiman y lo quieren. Todos son sus amigos: ese viejecito que hay frente a él y que se ríe a carcajadas mostrando su único diente, y esa señora de ojos negros y corva nariz que se halla a su izquierda, y esa niña que pulsa el arpa en un rincón. Pero ¿es

un arpa lo que toca? No. Son las costillas de un esqueleto. Pero ¿qué importa si suena bien y si sirven para alegrar una fiesta? Ponga más vino, amigo *Lionso*. Así, hasta los ramitos. Y al cuerpo con él, que para eso hay barriles llenos allá en un rincón. ¿Y comida? Claro, comida también. Un plato de cazuela. Pero ¿no cree amigo *Lionso* que está sin sal el guiso y que le falta un poco de ají para llamar trago…? ¿Cómo hace?, ¿que no hay? Bueno, no se enoje, pues, mi amigo; yo no sabía que aquí no se usaban la sal ni el ají. Pero no me va a negar que son buenos. Sobre todo el ají en vaina, ese coloradito que llaman Cacho de Cabra. A mí me gusta comérmelo a mascadas, entre «cuchareo» y «cuchareo». Bueno, esto tampoco es ningún obstáculo para que yo me tome otro traguito…

La fiesta en torno, adquiere toda su animación. Bailan los viejos y las muchachas, los jóvenes y las veteranas, comen, liban, maldicen, hacen escarnio de los nombres sagrados, y el chivato, en su trono, tañe la cueca con sus duras y hendidas pezuñas. En medio del recinto se ha levantado una fogata y los circunstantes bailan desnudos en torno a ella. El fuego les talla las carnes con sus escoplos violentos. Y el chivato se mete a las llamas sin quemarse, dirigiendo la danza desde el medio con ígneas batutas.

—¡Compadre Nacho, por las orejas!

Entre los danzarines, Antenor ha entrevisto de pronto las facciones inconfundibles de su compadre Ignacio Donoso. No le pesan los años para mover las piernas y se agita incesantemente mientras ríe su marca de caverna.

—¡*Compaire* Nacho!

Interrumpe su baile el aludido y viene hasta él con gesto amigable. Lo coge Antenor y lo abraza emocionado.

—¡Tantísimos años sin verlo, *compaire*! ¿Qué de su *vía*?

Yo *mi'acordaba* siempre *di'usté* que *jué* tan *güena* gente conmigo y con la *finá e* mi mujer. Antes
qui'usté
muriera…

Y de pronto, Antenor se detiene como luchando contra algo incomprensible. Por fin exclama mirando al viejo con ojos desorbitados:

—¡Pero si *usté'sta* muerto, pues, *compaire*!

—La bien *verdá* no más —responde el viejo, sin dejar de reír—.

Pero nosotros los brujos seguimos aquí la *vía*.

—¡Esto si *qu'es* grande! Si yo *mesmo juí* a su entierro y tomé *gloriao* cuando lo velaron. Ya *va'hacer* cinco años…

Gira en torno los ojos, y halla dos o tres caras que le son familiares. Todas ellas corresponden a personas difuntas y enterradas ante su propia vista allá en el cementerio de Copequén… Pero entre los vapores del alcohol, un miedo horripilante se le hace presente. A lo mejor, él también está muerto. Sin embargo…

—¿Qué *m'estará* pasando, Virgen Santa?

Y ante aquellas palabras, la tierra toda se estremece, bala el chivato bailarín tal si lo hubieran herido, y una espantosa llamarada de azufre deslumbra la caverna. Y él se siente caer en una sima inacabable, obscura, infinita. Cae como un pedrusco, girando, tendiendo las manos para asirse sin encontrar en torno más que vacío y obscuridad. De pronto, choca con violencia contra la tierra y da dos o tres vueltas sobre el polvo antes de inmovilizarse. Se queda boca abajo, sin atreverse casi a respirar, aguardando que el mundo se le venga encima y lo triture. Pero nada sucede. Oye cerca el rumor cantarino de unas aguas y un viento que mueve ramales. Se decide a estirar los dedos y toca con ellos una piedra. La reconoce: es la piedra en que se sentó antes que se presentara aquel anciano… Los recuerdos acuden poco a poco: el viaje… el río… el vino con naranja… su compadre Ignacio… ¿Habrá estado soñando? Pero su sed no existe ya. Siente los miembros doloridos como si lo hubieran golpeado. Ya de pie, busca los fósforos y enciende uno; a su lumbre divisa en el polvo las huellas de un cuerpo que ha rodado desde la vera opuesta del camino hasta cerca de la piedra donde se sentara. Un sudor frío le inunda la frente y echa a correr desesperado rumbo a las casas de la hacienda. Al pasar frente a la zanja en donde cayera primero, se acuerda bruscamente de su chupalla y dominando su pavor enciende otro fósforo para buscarla; allí está, junto a la misma mata de cardo santo en que la enredara el viento.

* * *

Antenor Cabrera, moreno, rechoncho, de cuello corto y grandes orejas, está frente a mí. Se saca la chupalla color trigo tostado y me

dice:

—Le juro por esta luz que *mi'alumbra*, patrón, que *too jué* la *pur'y* santa *verdá*. Si le miento, que aquí *mesmo* me trague la tierra.

Y se queda mirándome con sus ojillos penetrantes, para que lea en ellos su sinceridad. Después, como con vergüenza, continúa:

—Y de tanto hablarle, patrón, me *secao li'ha* como lija el guargüero. ¿No tendría por *ey* un par de pesos guachos *pa* echarle una *remojaíta*?

Moñi

Todos lo conocían en el trecho de campos y pueblos que van de Corcolén a Roble Viejo, bordeando el río Pardo. Al asomar en la entrada de los caseríos empezaban los rapaces, de una cerca a otra, a correrse el mensaje como una consigna precisa:

—El Moñi… *Ey vien'el* Moñi…

Y al cruzar el viandante desprevenido por frente a cualquiera de las viviendas, le llegaba de pronto, en plena cara, una fruta podrida que lo hacía cerrar los ojos y detenerse como animal acosado, mirando con sus pupilas idiotas el sitio de donde provenía la agresión. Su lengua torpe no acertaba con los vocablos precisos de la protesta, y tras rumiar unas cuantas vocales, continuaba su viaje, desconfiado, hasta que un nuevo proyectil venía a darle, certero, en la nuca tostada por el sol y acorazada por la mugre.

Las madres procuraban defenderlo, y de pronto rasgaba el ambiente la advertencia amenazadora:

—¡Mañungo! ¿*Qué'stay* haciendo, *condenao*?… Yo te *voy'enseñate*,
demonio, mirá…

Y caían sonoros garrotazos en las espaldas del ofensor.

El Moñi, entonces, ante esta comprobación de la justicia, reía con gritos inarticulados y hasta bailaba a veces batiendo como un jote las alas de su manta desgarrada. Era su risa una serie de explosiones animales que taladraban el aire desagradablemente, infiltrando el temor en las almas de quienes la escuchaban:

—¡Ah…, ah…, ah!…

Después echaba a caminar, gesticulando, en el aire los dedos crispados, torpes las piernas, entreabierta la boca salivosa. ¿Hacia dónde marchaba? No lo sabía nadie. Camina que camina, como el

Judío Errante, cruzaba montes, barrizales, potreros, sendas que nadie transitara. Arrieros, que venían de Tolaico, al otro lado del monte
Llivi-Llivi,
lo encontraron durmiendo en cualquiera cueva o simplemente a la orilla de la senda entre lechos de huillis florecidos o semitapado por la medusa de las alturas. Regadores de fundos lejanos tropezaron con él en las acequias y a punto estuvieron de ahogarlo al abrir las represas de los grandes canales. Una vez, *ña* Casiana, la de Lo Vera, lo halló roncando en una vieja tinaja partida que estaba al fondo de su chacra, cubierto el cuerpo de hormigas.

—*Comairita*, por Dios —comentaba la buena señora—, si casi se me le salió
l'alma
por la
boca'el
susto. Hubiera
vist'usté.
Ey taba, hecho un *purito*
semillero'e
bichos, y *pa* más llapa
li'andaba
un lagarto así tamaño
pu'el
cogote…

Amigos únicos de su vagabundeaje eran los perros. Hasta los más fieros mastines de las haciendas acallaban de pronto sus ladridos al verlo pasar y venían hacia él moviendo mansamente la cola. Entonces el Moñi sacaba de sus bolsillos, hondos como sacos, grandes trozos de pan o quesillos resecos que compartía bocado a bocado con aquellos leales compañeros. Nunca pedía nada, pero las campesinas, al pasar, lo llamaban para obsequiarle trozos de tortillas doradas por el rescoldo, charqui de lonjas sabrosas, higos secos o nueces. Todo esto se hacinaba en sus bolsillos, para llegar a cuyas honduras necesitaba arquearse pesadamente.

Una vez, por reírse a sus anchas, don Chago, el cantinero de Roble Viejo, lo llamó a su mesón para festejarlo con un potrillo de

mosto colorado y aromoso. El idiota bebió de aquel líquido a grandes sorbos, chorreándose la barba y el pecho veteado de tierra y sudor. Entonces, los que se hallaban en la cantina pudieron ver un Moñi desconocido, terrible, más horroroso que nunca. Se contraía su boca viscosa, se arrugaba en mil pliegues su estrecha frente, brillábanle como carbones los ojos pequeños y crujían sus dientes amarillos, en un esfuerzo que le hacía tiritar la mandíbula fofa. Cuentan que le dio por hablar y comenzó un relato que nadie comprendía. Eran frases de vago sentido, desconocidas palabras, mugidos estremecedores, carcajadas tremendas, llantos hipantes, aleteos ridículos y movimientos descontrolados de su cabezota deforme. Por fin, desesperado al ver que los campesinos se reían sin entenderlo, salió al camino, indicándoles con un gesto que lo siguieran. Allá fue también completando el grupo el propio don Chago, con su corpachón inmenso, sus ojos vivaces y sus manos pesadas. Cogió el Moñi una piedra y comenzó a trazar grandes rayas en la tierra del camino. Era una especie de plano rudimentario con cinco divisiones vacilantes que lo cortaban en distintos sentidos.

—Quillay… —decía el Moñi, señalando su obra—. Quillay.

Y como todos se mirarán perplejos, él prosiguió, mientras indicaba las divisiones una por una:

—*Eto*, María; *eto*, Lucha; *eto*, Ramón; *eto*, Julio; *eto*, Nena.

Y miraba a los circunstantes con un ansia salvaje de que lo comprendieran. Volvió sus ojos hacia abajo y continuó:

—Y Moñi, *na*… Y Moñi, *na*… Y Moñi, hijo, Moni, hijo…

Y destruyó el dibujo con los pies, riendo bestialmente, sin cesar en su «Moñi, *na*… Moñi, hijo». Después, cayó sollozando sobre la tierra, de donde se levantó al cabo de un rato para perderse riendo y gesticulando en un recodo del camino.

Desde aquel incidente, los habitantes de Roble Viejo empezaron a sacar deducciones. Traspuesta la cumbre del Guanaco, se extendía una hacienda de vastos potreros, buenas aguas y mucho monte, llamada Los Quillayes. Transmitidas de padres a hijos, llegaron estas pertenencias a manos de don Lupercio Blanco, y al morir éste —hacía diez años—, sus vástagos, María, Luisa, Ramón, Julio y Elena, la dividieron en cinco partes iguales, administrando y usufructuando cada cual la suya. De don Lupercio se contaban cosas tremendas. Los hijos eran de tres esposas distintas, todas ellas

damas principales de la capital, que fallecían inexplicablemente a los cinco o seis años de casadas. La última de la serie, doña Teresa, frágil y delicada como un lirio, murió del segundo parto junto con la criatura que debía nacer. Decíase que el amo tenía corazón de piedra, que «penqueaba» sin causa a los inquilinos hasta dejarlos tirados en los potreros, que azotaba a sus hijos por cualquier nadería, y que una vez mató a balazos a su mastín favorito, sólo porque ladraba cerca de su pieza. Las borracheras de este hombre temido y odiado por todos eran terribles. Se encerraba solo en el comedor y comenzaba a vaciar botellas tras botellas en su vientre sin fondo. Al cabo de unas horas, se le sentía reír a carcajadas, increpar a seres invisibles, disparar tiros a los espejos que reflejaban su imagen. Por fin lo recogían respirando dificultosamente, entre vajillas rotas, copas mordidas, botellas reventadas y espumarajos que salían de sus labios colgantes.

Para los pobladores de Roble Viejo y de los otros lugares vecinos, don Lupercio Blanco era un endemoniado.

¿Podría tener algo de raro que el Moñi fuera su hijo…, aquel hijo de doña Teresa que murió junto con su madre…?

Infinidad de veces trataron de sacarle al idiota su secreto. Lo emborrachaban sabiamente y se quedaban a la espera de sus revelaciones. Pero nada obtenían, fuera de sus palabras de siempre. El Moñi cogía una piedra, un palo, un fierro, y trazaba su mapa consabido. Asignaba los nombres que ya conocemos, sin variarles nunca el orden, a cada uno de los trazos en que dividía su plano, y terminaba riendo y sollozando:

—Moñi, *na*… Moñi, *na*… Moñi, hijo…

Los vástagos de don Lupercio siguieron en su mayoría las aguas del padre. Según corrían voces, hasta las mujeres de esta familia maldita eran dadas al licor. Se decía que doña María contaba los amantes por docenas: capataces fornidos, domadores de recia estampa, reseros bien parecidos, todos pasaban por sobre su cuerpo insaciable. Doña Luisa era callada, silenciosa, refinada en venganzas: le atribuían una bruja particular a la cual pagaba por enfermar e imponer burlas a quienes le habían hecho algún desaire. Los dos varones, don Ramón y don Julio, venían a beber a la cantina de don Chago. Allí se les sentían las carcajadas retumbantes y de vez en cuando salían botellas hacia el camino, como

proyectiles que estallaban sonoramente. El más asiduo era don Ramón, quien había comprado unos terrenos, a más de los que tenía en la hacienda, en las proximidades de Roble Viejo. Tarde por medio se le veía detener su yegua colorada frente a la puerta del boliche y echar a tierra su alto y fornido corpachón. Tenía los carrillos rubicundos, castaños los mostachos, sensual la boca grande, verdes los ojos inquisidores. Lo demás era todo carne y nervios, reciedumbre, fuerza y crueldad. Con el cantinero hacía digna pareja. Ambos macizos como dos torres, ambos amigos de la maldad, el sarcasmo y la burla ultrajante, ambos tremendos bebedores. Pero don Chago se contenía. Limitaba sus libaciones a un «potrillo» de a litro, cuando mucho. Esto por cálculo, pues el pasarle la mano siempre le acarreaba consecuencias fatales para su economía.

Aquella tarde, don Chago había perdido las llaves de su continencia. Estaba ya en el segundo «potrillo», y otros, a no dudarlo, continuarían vaciándose y llenándose. Frente a él, echado a medias sobre el mostrador resbaloso de alcohol y tierra, reía largamente don Ramón, celebrando alguna ocurrencia del cantinero; golpeaba con sus puños macizos en las tablas y continuaba sus carcajadas que le remecían todo el vientre rotundo.

—¡Ja…, jaa…, jaaaa!…

El cantinero, ya encendida la chispa por el calor contagioso del alcohol, se echó un nuevo trago por entre los cerdosos mostachos y prosiguió con voz sonora la relación de un nuevo chascarro que tuvo un éxito semejante al de los anteriores:

—Fíjese, cuentan *qui'una* vez la vieja Zoila,
qu'entonces
era *guaina* y tenía sus encuentros mándame llamar…

Y continuó su cuento, plagado de obscenidades, chispeante al comienzo y luego atropellándose hasta rematar en una explosión que los dos colosos corearon con sus más estruendosas carcajadas.

—*Güeña cos'e* viejo mentiroso —comentó don Ramón entre hipidos, limpiándose las lágrimas que la hilaridad le empujara, incontenibles, hacia los ojos. Y cogiendo su vaso se lo empinó, frenético, hasta verle el cristal del fondo.

De la pieza contigua a la cantina llegó en esos momentos una gangosa voz, estridente, ridícula, portadora de blasfemias terribles y

de dichos picantes:

—¡Maraca, maraca!… ¡Abajo los calzones!… ¡Abajo los calzones!… —Y luego una retahíla de juramentos sacados del más surtido diccionario de las cárceles.

El loro huacho de don Chago era conocido en diez leguas a la redonda. Las pudibundas campesinas se tapaban las dos orejas al pasar por frente a la cantina cuando el bicho estaba con la vena de disparatar. Los huasos se reían sin mucho disimulo celebrando las gracias del «pajarito» endemoniado que no dejaba reputación sin mancillar. Bien sabido en poblados y campiñas era el suceso que le pasó al padre Antonio, nuevo párroco de la villa, cuando llegó por aquellos lados a reclutar ovejas para los prados infinitos de Cristo. Fue un Domingo de Ramos. Se le ocurrió al buen sacerdote la idea de revivir la entrada de Jesús en Jerusalén para fijarla con mayores relieves en el alma de los humildes labriegos, y contrató al Rucio Fermín, el cestero, con el objeto de que éste representara a la divina persona del Nazareno. Ataviado con una blanca túnica, colgándole las piernas sobre un pollino blando, y manso, hizo el cestero su aparición por el costado norte de la aldea, precisamente hacia el punto en que el boliche de don Chago tenía su ubicación. Las buenas gentes, portando palmas benditas, ramas de olivo y de arrayán, salieron al encuentro del enviado de Dios entre cantos sagrados y loas al Señor de las Alturas. Radiante, el padre Antonio repetía los Santos Evangelios, parado en medio del camino, en alto un dedo profético:

—Hijos míos, así, en gloria y majestad, hizo su entrada en Jerusalén, el amado del Padre. Aquel que vino para salvar nuestros corazones del pecado, el que derramó su sangre preciosa en el Calvario: Nuestro Señor Jesucristo.

Más, de repente, el mismísimo Satanás en forma de loro, interrumpió la santa ceremonia con sus chillidos estridentes:

—¡Arranca, viejo *pelao*!… ¡Abajo las polleras del cura!… ¡*Pelao*…, *pelao*!… —Y los archisabidos juramentos.

La hilaridad empezó en un extremo de la procesión y fue cundiendo irrefrenablemente hasta tornarse general carcajada. Reían los labriegos. Las mujeres, los chiquillos, los caballeros principales que desde lejos observaban, y hasta el propio Jesús en su pollino se retorcía entero, ahogándose, olvidado de la majestad

que encarnaba.

El piadoso don Chago había colgado su loro en la puerta con el propósito de catequizarlo, según dijo más tarde al comentar el incidente.

Ahora, los oídos de los dos bebedores, ya familiarizados con aquella música estridente, no hicieron mucho caso del pajarraco que demostraba en vano sus habilidades. Absortos en su diálogo y en sus libaciones, continuaban buscando motivos de regocijo, porque aquella tarde les hacía cosquillas la vena de la alegría.

En ese instante tuvo Moñi la mala ocurrencia de cruzar por la puerta de la cantina.

Verlo don Chago y relumbrarle los ojos como candelillas fue todo uno. De tres pasos estuvo en la puerta y tornando melosa la voz abordó al pobre idiota:

—¿*Querí* un *trago'e chacolo*, Moñi?

—Ya… —dijo Moñi con avidez, y resbaló la saliva de su boca frente a la invitación.

—Ándale *p'acá*, entonces.

Y lo llevó hacia adentro, poniéndole delante un vaso lleno de líquido rojo y espumoso.

—Tómatelo *di'un* viaje: *ta'e mascarlo* —le dijo incitante, mientras guiñaba un ojo a don Ramón.

El vagabundo cogió con ambas manos aquella ofrenda maravillosa y sonaron sus dientes en el vidrio al acercársela a la boca. Pero su gesto de placentera delectación se transformó de golpe en una horrible mueca, y el vaso intacto volvió a quedar en su sitio, mientras ambos colosos reanudaban sus demostraciones de regocijo.

El vaso contenía vinagre.

—Así que vos sois Moñi —le dijo don Ramón, mirándolo de alto a bajo, cuando su hilaridad se hubo extinguido—. Hacía tiempo que tenía ganas de tropezarme con vos. —Y dirigiéndose a su cómplice —. A ver, don Chago, póngale un litro del *güeno pa* que tome conmigo.

Recibió Moñi el nuevo vaso con manifiesta desconfianza y, cauteloso, lo aproximó a sus labios. Al probar que en verdad era vino, se transfiguraron sus facciones y dejó escapar unos inarticulados sonidos de satisfacción:

—Ah…, ah…, ah…, vino…, ah…, ah…, ah…

Su mirada corría jubilosa por los rostros de sus dos invitantes.

—Tómatelo.

Se lo echó resoplando en el gaznate, y el líquido le sonaba alegremente entre las fauces. Corría un chorro por sus barbas e iba a perderse entre los agujeros de su camisa color tierra. Permaneció enseguida mudo e inmóvil, y luego trató de irse. Lo contuvo por un brazo don Ramón, diciéndole con energía:

—No. Ahora *vay* a tomar conmigo mano a mano.

Tenía fama el hacendado de campeón imbatible. Bebiendo trago a trago con cualquiera, permanecía lúcido en medio de su ebriedad y seguía tragando mosto hasta que el contendor caía como un tronco a sus pies. Entonces se alejaba tambaleando, engreído de su resistencia portentosa. Ahora, el Moñi iba a ser su víctima.

—Ponga dos vasos más, compadre.

A medida que su borrachera progresaba, don Ramón ascendía al cantinero a la dignidad de compadre, luego a la de primo y finalmente a la de hermano.

El Moñi recibió el nuevo vaso que se le tendía y no cortó su trago hasta dejarlo vacío. Hizo lo mismo don Ramón y ordenó repetir la dosis. Fue obedecido de inmediato, y tras un corto resuello, instó de nuevo al idiota a que siguiera libando. Un minuto después, el líquido había sido trasvasijado a los estómagos.

Don Chago los acompañaba de vez en cuando asombrado de la resistencia del idiota. Cinco litros de vino fueron vaciados en hilera por aquellos dos increíbles bebedores. Y el Moñi continuaba firme, perdido en un monólogo inacabable, más vidriosos los ojos que de costumbre, el belfo más colgante, la saliva viscosa más espesa.

En su semiinconsciencia, comprendió don Ramón que se estaba estrellando contra una piedra, y el orgullo y la ira le hirvieron en la sangre dominadora. Para desgracia suya, el Moñi, lejano tal vez, empezó a reírse guturalmente. La reacción del hacendado fue terrible.

—¡De mí no se ríe nadie, *piojento'e* porquería! Si no *te'stay* callao, te meto cinco tiros en *l'hocico*.

Y cogiéndolo por los hombros, lo remecía furibundo, sin que por

ello la hilaridad del Moñi cesara. Ni bofetadas, ni palabras, ni estrellones contra la pared podían obstruir los cauces de aquella risa desesperante y animal. Era su cara la de un demonio; le bailaba la boca de un lado a otro; la frente se arrugaba tirándole hacia arriba la nariz aplanada; y hasta sus mismas orejas parecían haber cobrado vida independiente para gesticular:

—¡Ah…, ah…, ah!…

—¡Cállate, sabandija!

—¡Ah…, ah…, ah!…

—¡Cállate! ¡Cállate!

—¡Ah…, ah…, ah!…

—¡Cállate!

Y el agresor seguía golpeando aquella cara, ya ciego y sin control. Brotaba sangre de las mejillas de Moñi, de su boca, de sus cejas espesas, de su frente de mono. Y, a través de la sangre y de los golpes, la carcajada seguía, inextinguible, rugiente, poderosa:

—¡Ah…, ah…, ah!…

Adentro, el loro se puso a vomitar un río de blasfemias enardecido por el tumulto que llegaba desde la cantina. La risotada de Moñi, tapada a veces por los puñetazos, se mezclaba a la gangosa voz del pajarraco:

—Ladrones… *Saltiaores*… ¡Boñiga *pa* ellos!… Rrrrr… Rrrrr… ¡Maracas…, maracas!… ¡Abajo los calzones!… ¡*Pelao*!… ¡El cura *pelao*!…

—¡Ah… ah… ah!…

—¡Cállate! ¡Cállate!

Por fin, el Moñi se dobló abatido. Lloraba como un buey a quien están degollando. Se pasaba las manos por el rostro y se miraba aquella sangre, como asombrado de que fuera suya. Lo soltó don Ramón para ordenar a su compinche:

—Otros dos vasos, primo.

Y allá fueron los dos vasos. Don Ramón dio cuenta del suyo, y Moñi se bebió su líquido enrojecido por la sangre que iba mezclándose a él.

Después de aquella nueva libación, quedóse el Moñi acodado en el mesón, mirándose con curiosidad los dedos pegajosos y rojos. Parecía extrañado, ausente, como quien pretende recordar algo. Y don Ramón y don Chago lo miraban con cierto supersticioso temor.

El loro, adentro, proseguía su retahíla inagotable de groserías y agudezas:

—Rrrrr… Rrrrr… La vieja Elvira… El Lucho Miranda… Las tunas…

La yegua colorada de don Ramón, que aguardaba en la puerta, se abrió de patas en aquel momento, y hasta el suelo cayó el chorro sonoro de sus orines. Como quien se despierta de un sueño, don Ramón levantó la cabeza, cogió con presteza los dos vasos vacíos que había sobre el mostrador y fue a llenarlos torpemente con el líquido caliente que expulsaba su bestia. Tornó con ellos colmados hasta Moñi, quien mantenía su actitud estupefacta de bruto, y lo increpo:

—Toma. Ya que sois tan *fortacho, miaos vay* a tomar conmigo. Te
l'hago
con un *miaos*
potrillo'e
.

Con gesto de autómata, recibió el idiota el vaso que se le tendía y lo acercó a su boca sin mirarlo. El sabor de aquel líquido pareció traerlo a la realidad y pretendió excusarse de ingerirlo. Mas, don Ramón extrajo de su bolsillo un artefacto nuevo y reluciente, cuyo cañón imantó los ojos de Moñi agrandándolos de pavor.

—*Tomay* conmigo, y si no *t'encajo* cinco tiros.

El loro, en la otra pieza, parecía deshacerse en risotadas e insultos.

—¿*Vay* a tomar o no?

Y una explosión tremenda remeció las botellas del boliche, yendo a incrustarse el proyectil en la pared, sobre la cabeza del vagabundo.

El loro pareció enloquecer con el estruendo y de su pico brotaron las blasfemias como disparos de ametralladora.

Ante aquella advertencia horripilante, el Moñi, ensangrentado y haciendo muecas espantosas, comenzó a tragarse el brebaje.

—Así me gusta —comentó don Ramón, y fue vaciando su vaso a medida que el otro lo hacía.

Concluyeron, y el Moñi comenzó a reír de nuevo. Entonces don Ramón levantó el brazo y le dio en plena frente al idiota con la

cacha de su revólver. Éste rodó pesadamente a tierra, entre las exclamaciones satisfechas del agresor y la gangosera estruendosa del loro que tronaba sus erres y sus injurias más espeluznantes.

Los nervios de don Ramón estaban tensos hasta casi dolerle, y desde hacía rato la gritería del pajarraco lo traía molesto. Cuando ya no le fue posible soportarla por más tiempo, dijo con voz de cañón a don Chago:

—Con permiso, primo.

Pasó como un rojo relámpago a la habitación contigua y se oyeron allí cuatro tiros. Al tercero, el loro cayó gritando:

—Rrrr… Rrrr… ¡Abajo los calzones!

* * *

Transcurrieron los días. Moñi siguió dejando en los caminos la huella de sus duras ojotas. Estaba más horrible que nunca con aquella cicatriz en la frentes y con su boca torcida en un gesto de semisonrisa perenne. Hasta los propios perros, sus amigos de antes, parecían desconocerlo y le ladraban desde la distancia. Y él continuaba siempre hacia adelante, gesticulando con sus brazos deformes y echando al aire su manta en aletazos de ave rapaz.

Febrero maduró los trigales y los segadores se desparramaron cantando por entre las espigas que se alargaban hasta las mismas laderas del monte. Fructificaron las sandías de rojo corazón y los melones olorosos. Las uvas azuladas ofrecieron su néctar entre las hojas verdes. La siesta fue bordón sonoro de abejas y chicharras. Después llegó el otoño, que desviste los árboles. Y por fin el invierno asomó sus obscuras cejas tras la cumbre serena del Llivi-Llivi.

La proeza de don Ramón, contada y recontada por el cantinero entre grandes hipidos de contento, se derramó por las casas de Roble Viejo. Fue llevada los campos, a las viñas, a las faldas del cerro, a las chozas de los leñadores. Todos reaccionaban violentamente en contra del hacendado:

—¡La media gracia! *Pegale* a un pobre que no tiene valimiento.

—Alguna mala *esgracia tenrá* que *sucedele*…

—Igualito al *paire*, el *condenao*…

—¡Hay que ver!… *Nu'habésele secao* la mano al taita…

Y tornaban los ojos hacia el lado del poniente, como tratando de ubicar al cobarde ofensor.

Más sobre aquel suceso fueron cayendo días, y al cabo todo quedó sepultado en las almas de las buenas gentes.

El Moñi continuaba recibiendo las dádivas generosas y depositándolas en el fondo de sus bolsillos brujos. Algunos creyeron notarlo más reconcentrado y huraño; otros comentaron haberlo visto en la cima del Cerro de la Culebra, con el puño tendido hacia las pertenencias de don Ramón. Pero es posible que todo no fueran sino conjeturas y apariencias. Aquel hombre que llevaba un secreto sin poder entregarlo, parecía un enigma indescifrable que ni aun la muerte podría resolver.

El vagabundo hablaba solo, parecía conversar con los pájaros y las piedras, con los postes y los quiscos de brazos espinudos. Monólogo formado de guturales ronquidos, de risotadas, de muecas y visajes.

Los chiquillos le habían concedido un armisticio. Ya no le disparaban frutas podridas ni se corrían la voz de cerca en cerca cuando él se aproximaba. Algunos llegábanse a él con curiosidad y oían de sus labios cosas que no podían entender, pero que los divertían por el juego de gestos que desplegaba el narrador. A los de más confianza, les dibujaba un plano en el suelo, lo dividía en cinco partes, lo pisoteaba y luego concluía:

—Moñi, *na*… Moñi, hijo…

Y un día…

Premiosos gritos de advertencia, de temor, de angustia, vinieron a sacar de su sueño a los moradores de Roble Viejo. Hombres a medio vestir se asomaron a las puertas, cabezas desgreñadas aparecieron en las ventanas, comentarios y gritos corrieron como por un cauce por la calle única del caserío. Y todos los ojos convergieron hacia el oeste. Un resplandor rojizo, intenso, aparecía por aquella parte y sobre él se destacaba precisa la curva de los cerros.

—¡Incendio al otro *lao*!

—¡Incendio en Los Quillayes!

—¡*L'hacienda s'está* quemando!

Echándose una manta sobre las ropas a medio atar, los campesinos corrieron hasta alcanzar el cerro. Detrás venían mujeres

arrebujadas, algunas con sus crías llorando entre los brazos, otras arreglándose el pelo, presurosas.

Para dominar la otra ladera, había que subir los quinientos metros que tenía el monte. El grupo de labriegos inició la ascensión tranqueando briosamente. A mitad de camino, se quedaron algunos rezagados. Desde abajo se escuchaban voces premiosas:

—¡Espérame, Juanchoooo!

—¡Umercindoooo, allá voy!…

Las hembras enredaban sus polleras en los espinos, los hombres se arañaban las caras entre las ramas sarmentosas, algunos tropezaban y hasta caían, rompiéndose las manos, porque la noche era cerrada y el monte demasiado abrupto. De vez en cuando se dejaba oír el llanto de algún muchacho que había perdido contacto con sus predecesores.

Hasta los más ancianos pugnaban por alcanzar la cima, entre quejidos y maldiciones. El resplandor se hacía más y más intenso, allá en lo alto, apagando las estrellas frías.

El primero en llegar a la cumbre fue Cayetano López, el cabrero.

—¡*Puchas* la media quemazón, hom…! —exclamó, dirigiéndose a los que le seguían.

Uno a uno fueron llegando y pudieron distinguir cinco llamaradas que se elevaban, altas, amenazantes, en otros tantos puntos del valle.

—Las *di'allá* son las casas de *misiá* María.

—Y estas *di'acá*, las de on Julio.

—Y las *qu'están* ardiendo al medio son las de *on* Ramón.

Entonces todos se miraron las caras alumbradas por los incendios lejanos, y un solo pensamiento les cruzó por la mente, como traído por el viento del sur:

—¡El Moñi!

El viejo Salvador Díaz, inmóvil como un ídolo de piedra, sentenció también, mientras meneaba su cabeza:

—¡El Moñi!

Y reforzando tal afirmación, apareció en la cima de otro monte más bajo, que se alzaba a no más de doscientos metros de aquel en que ellos se hallaban, una figura inconfundible, de piernas retorcidas y brazos que se agitaban como las alas de un pájaro rapaz. Podían verla todos, perfectamente, recortada sobre el fondo

de llamas que abajo hervía extendiéndose. Sostenía en sus manos un trozo de madera encendido como una tea y agitándolo parecía ensayar una danza diabólica.

Una racha de viento trajo hasta los oídos de los espectadores las grandes risotadas de Moñi:

—¡Ah…, ah…, ah!…

Y luego, en otra ráfaga:

—¡Moñi, *na*!… ¡Moñi, hijo!… ¡Ah…, ah…, ah!…

Abajo, grandes látigos de aire apuraban el galope de las llamas.

El Último

El último. Era el último de una larga serie de varones bravíos y duros que rompieron con firme paso los malezales inexplorados de las montañas que se veían en torno. Todos tuvieron existencia de roble: prolongada, segura, casi majestuosa en su anonimato. Y todos engendraron hijos; vertieron con firmeza su golpeada sangre en nuevos vasos; cantaron, sin saberlo tal vez, la fecunda canción de los pólenes salvajes. Las faldas del Huilmay, y las del
Llivi-Llivi,
y las del Gusano; las quebradas frondosas del Jote, del Guanaco y del Indio; los roquedales del Colpao, las cresterías todas de la cadena de Alhué, sintieron cada día los hachazos que empezaban en clara sinfonía e iban haciéndose roncos hasta terminar en un crujido amenazante y en un estruendo de monstruo que se tumba. Por la noche, los hornos ardían, y desde el valle verde semejaban estrellas grandes y nebulosas, o dientes de oro desvaído en la boca de las sombras.

Para el alma del niño que él era entonces, aquello tenía mucho de épico y grandioso. Le gustaba mirar desde lejos a su padre que blandía el hacha relampagueante. ¡Epaaa!… ¡Epaaa!… Era un monótono y musical quejido, semejante al latir de un corazón. Allá abajo, la madre, pequeñita, encendía la fogata para el almuerzo. La veía moverse sin cesar al rancho, a la vertiente, a la tabla del pan en que blanqueaba la harina como nieve de cumbres. Desde lo alto se divisaba también la sombra del abuelo sentado al amparo de un peumo bienhechor. Ciriaco, el abuelo. De su boca brotaban las leyendas tenebrosas y a su conjuro se abrían las puertas de lo desconocido. Grave y monótona su voz, como el paso del viento en apretados ramajes. Carbonero él también, y su padre y su abuelo, en

un desfile que atravesaba los tiempos. El primero debió ser un hombre duro y seco, amigo de los altos vientos. Huyendo del chismorreo poblano, quién sabe si una mañana empezó a trepar por abruptos caminos. Arriba estuvo bien. Serenidad. Anchura. Ninguna voz humana. Comenzó entonces a edificar su choza, allí mismo en donde salta la vertiente como una carcajada de las rocas. Después llegaron los ladrillos para los hornos del carbón; el amo los mandaba desde el valle para iniciar la explotación de aquella mina vegetal inagotable. Y llegó una mujer, también callada, también hermana de las piedras y de los espinos que nunca ríen. Los hornos fueron estufas inmensas junto al rancho pequeño. Los quiscos del contorno dieron sus flores más temprano. Los guillaves captaron el llamado del calor nocturno y exprimieron su miel más delicada, cuando en las cumbres era todavía la primavera. Y en una noche igual a todas, el nombre de Ciriaco emprendió viaje hacia el futuro en lo alto de los cerros.

Aquel primer hombre allí llegado se llamaba Ciriaco Zúñiga.

Él que ahora miraba los hornos de carbón, era también Ciriaco Zúñiga. El último.

Arriba está la noche fulgurante de estrellas cada una con su nombre inmemorial, cada una con su luz distinta. También en torno está la noche poblada de silbidos, retirándose hacia los matorrales, arrastrándose, gimiendo en la garganta de un pájaro, chistando en el pico agorero de alguna lechuza. La noche azul y negra, rayada por estrellas filantes, amarga de presagios, medrosa y cálida. Altura soledosa cerrada con una llave de pavor para las gentes que viven abajo.

En aquel instante, Ciriaco siente también el temblor de la noche. Ante su vista se alzan los dos hornos ardientes, azulados, humeando en la obscuridad. A sus espaldas caminan las ánimas y el Demonio lo espía sigiloso, riéndose con su cara de chivato salvaje. Ciriaco bien lo sabe. Para el Malo no hay formas vedadas ni puertas prohibidas, como no sean las de una iglesia. Él es el que extravía a los viajeros, el que manda a los brujos voladores, el que exige la sangre de los hombres para firmar sus pactos. Señor de las montañas y las encrucijadas solitarias, guardián de los tesoros de la tierra, espantador de los caballos que van por los caminos. Los perros lo distinguen y aúllan en la sombra, lúgubres. Sin embargo,

hay poderes superiores al suyo. El Diablo teme el nombre de los santos, el de Dios y su bendita Madre. Hay oraciones que lo anulan y lo hacen reventar en lumbraradas de azufre. Ciriaco las conoce y las repasa por si fuera preciso utilizarlas. Y las palabras vienen, se encadenan forman cercados de seguridad. Pero en la noche aún alienta el Malo. Los grillos oyen sus pasos y callan. Los peumos se estremecen cuando los roza con sus cuernos duros, Crujen las hojarascas bajo el peso de sus patas hendidas. El carbonero sabe que en esta noche él anda lejos. Se lo dijo la tarde al caer. Se lo confirma cada signo que se hace presente más allá de la ronda de luz en que se define su choza.

Muy quedamente, el hombre abandona el umbral de su ruca. Se aproxima a los hornos para mirar su contenido, sin objeto, en verdad, con un ignorado deseo de engañarse a sí mismo. Se queda cerca de la lumbre y el resplandor le pinta las facciones de azul dándole rasgos que no tiene. Se prolongan en demasía los pómulos, ya de por sí salientes; su barba poderosa se torna más enmarañada; los ojos negros se le doran al fondo de las cuencas; sus orejas terrosas toman aspecto de hojas encarrujadas por el sol. Si el Demonio lo mira desde atrás, lo verá como un bulto potente bajo la manta obscura que le carga los hombros redondeados. Le observará también las piernas sarmentosas, a medias cubiertas por los pantalones que caen en hilachas.

Así es, entre la luz y la sombra, Ciriaco Zúñiga, el último.

Ciriaco Zúñiga. ¿Quién lo ha llamado? Son sólo sus recuerdos. La choza de troncos nudosos, allí, a diez pasos, parece que guardara presencias idas. La choza construida por el primer carbonero. La misma, enmohecida por el tiempo, rajada en sus maderos por el calor y por la lluvia. Adentro hay un montón de trapos, unas hachas que duermen recostadas contra la pared, una tabla veteada de harina, unos cacharros abollados. Lo demás es olor de transpiración y árbol, aroma de papas brotadas que se escapa de un saco, sensación de moho y soledad.

Alguien está en la puerta acuclillado, desvanecido por los años. Ciriaco lo conoce y lo escucha en noches como ésta. Es el abuelo contador de consejas, aquél que tiene voz semejante al paso del viento en apretados ramajes. El solitario se sienta, como entonces, a oírlo decir. Y llega, renovada, la leyenda entonces a oírlo río

inmemorial.

—Mi *agüelo* me contaba que cuando él era *guaina*…

Cruzadas las piernas, inmóviles los brazos encima de las rodillas, Ciriaco escucha, con los ojos clavados en el fuego de los hornos.

—Hacen *añazos*… Este *monterío* era una tupición de litres, espinos, roblerías y malezales que ni el Diablo desataba. *Pa onde* se *golviera* el cristiano, ramas y ramas y troncos *pa* ponerse
malo'e
la cabeza. El desmonte
qui'habían
hecho los hacheros era una *pitijaña* así…

Ciriaco sabe a dónde van los preámbulos, pero aguarda los hechos como cosa inédita.

—El dueño de *too* esto y de *toas* estas tierras que se ven *ende* aquí, era *on* Candelario Salas. Mal *casao* el *jutre*, *diablazo*, atropellador y de llapa *coicioso*…

Siguen aquí unas digresiones moralizadoras que tienen la virtud de alargar el relato y de exaltar un poco la atención de los oyentes. El montañés las sabe, las escucha de nuevo, las sopesa en su espíritu y comprende que son justas.

—En terrenos, *ganao* y siembras, como les iba contando, tenía el *jutre* un *ceremil* de billetes. Pero como el que más tiene más quiere, comenzaron a picarle como *piúye* a *on* Candelario las ganas de *arrapiñar* más pertenencias. Y cuentan que una noche *oscuraza*, mandó poner su coche y él *mesmo* agarro las riendas en el pescante, sin consentir que *naide* lo acompañara. Cortó
pu'el
camino
pa'l
lao'e
la
Quebra'e
los Maques, y en llegando a la parte *onde* se cruzan el
camino'el
pueblo y el de
l'hacienda,

si'abajó
y en el suelo hizo una *reondela* con el bastón, que no soltaba ni *pa* dormir. *Ey* en el medio, con el *relós*
di'oro
en las manos, esperó que *jueran* las doce y comenzó a rezar
un'oración
que le había *enseñao* la vieja Peta, *pa* llamar al *Malulo*. Esta vieja Peta, cuentan que vivía en un
rancho'el
Bajo'e
los Mena, sólita su alma, y que los viernes a las
doc'e
la noche salía *güelta chonchón*
p'al
cerro Goncoipo, *onde* corren voces
qu'está
la
Cueva'e
Salamanca…

Sigue por largo rato la descripción de la bruja temible, a quien todos esquivaban con disimulo por miedo a despertar sus iras. Ella fue la que mató, valiéndose de un «mal impuesto con burla» a Lorenzo Jiménez, el más gallardo amansador que se haya conocido por aquellos contornos.

—Al pobre Lorenzo se le comenzaron a secar las piernas y *ey* lo tuvo *postrao* por dos años la
santa'e
su mujer, sin que *naide* pudiera conocerle lo que tenía. *Güeno*, el *finao tamién* tuvo la culpa de *too* lo que le pasaba.

Murió el amansador a consecuencias de haberle ofrecido un « *sal puño'e*
» a la hechicera que volaba en la sombra vuelta *chonchón*. Se le espantó la bestia una noche que volvía del pueblo, y llegó a la casa sin habla, para tenderse en la cama, de donde lo sacaron sólo metido en un ataúd.

—Mala costumbre no *má*

la'e
provocar sin motivo a los que conocen
l'arte.

Cercano al narrador está su hijo, y más allá la esposa de éste, la madre del Ciriaco Zúñiga, el último. Escuchan en silencio, inmóviles, y ante sus ojos pasan los hechos legendarios, tan reales como si fueran ellos los protagonistas.

Finalizadas ya las digresiones, torna el anciano, sin premura, hasta la encrucijada en que dejara al ambicioso don Candelario. Ante el conjuro, el Diablo se presenta de «tongo» y chaqué. Procura con sutiles argucias convencer al hacendado de que abandone la zona protectora del círculo trazado en el suelo, pero éste sabe bien que el enemigo se lo «levantará» al instante si tal hace. El Diablo se sonríe, y en su boca refulgen los dientes todos de oro. Los caballos del coche, que piafaban inquietos ante la presencia del Señor del Mal, logran cortar las maneas que los inmovilizan y disparan perdidos rumbo a las casas de la hacienda, en tanto que el vehículo resuena en el silencio con lúgubre tronar de herrajes sueltos.

—En un *pelito'stuvo* el *jutre* de correr a sujetarlos, pero el Ángel de la Guardia lo *faureció*. El Malo *juando*
l'estaba
chueco *pa* que saliera de la *reondela*.

Finalmente, el Señor de las Tinieblas entra en tratos formales con tan avisado mortal. Cuanto éste quiera en oro, ganados, tierras y mujeres, a cambio de una simple rúbrica trazada con su sangre al pie de un documento. Eso sí, por diez años solamente. El hacendado, al término de ellos, habrá de acompañar a los infiernos, en cuerpo y alma, al dispensador de tales mercedes.

Corren los años, lentamente, como un río que se hace remanso, por la pareja voz del viejo. Y como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, llega por fin la hora terrible de satisfacer al Demonio. Aconsejado por el cura de la hacienda, don Candelario decide hacerse velar, como único medio de no cumplir lo pactado.

—*Espués* de *muchazo* pensarlo, el caballero entró a *palabriar* a Zenón Cabrera *pa* que
l'hiciera
el favor. Era éste un roto sin religión, *tomaor*, sandunguero y como

bala
pa'l
cuchillo, Cinco mil pesos cuentan que le ofreció el *jutre* por la velación. Y el roto,
qui'andaba
en la *cuerera*, es que dijo: «*Pa* morir habíamos *nacío*, quién dijo *mieo*»; le agarró a *on* Candelario la palabra y le pidió un anticipo *pa dase busto*. Remolió el roto, se dio la
via'el
oso, comió hasta le bajó empacho, y el día *señalao* se presentó a
l'hacienda,
todavía medio *picucho*, dicen.

En la tarde, una carreta partió de «las casas», llevando bajo una capa de paja un severo y negro ataúd, unos paños igualmente negros y diez o doce cirios benditos. Cabrera, sentado en el pértigo, con dos botellas de aguardiente en los bolsillos, cantaba una tonada «*pa* disimular la cosa». La carreta endilgó monte arriba hasta donde había camino. De ahí Zenón Cabrera siguió internándose a pie por entre los breñales, al hombro el ataúd y los demás elementos.

—*Pu'aquí* cerca, al otro *lao* esa loma *icen* que *jue* la cosa.

Don Candelario llegó más tarde, a caballo, y se fue a reunir con su ayudante. Allí bebieron y conversaron hasta la entrada de la noche. El pactador, entonces, metióse en el cajón y fue cubierto por los fúnebres paños. Cabrera encendió cuatro cirios y con piedras de monte los protegió del viento. Desde adentro, temblando, el patrón preguntaba la hora cada diez minutos y repetía sus recomendaciones con anhelante voz. Crecía y se espesaba la noche en torno a los cirios, igual que ahora se dilata más allá de los hornos que custodia Ciriaco Zúñiga.

Se sintió, al ser las doce, un formidable estruendo, tal si fuera a partirse la montaña. Los robles remecían sus ramajes, caían espinas de quisco al chocar unas «pencas» con otras, rodaban rocas sueltas hacia los profundos barrancos. Y presentóse el Diablo, pavoroso, ante Zenón Cabrera. Temblaban todas las tablas del féretro con los tiritones del «rico hacendado», que adentro debía soportar sus propios olores, a más de los que el Malo echaba en derredor. Y empezó el más terrible duelo de cuantos tengan memoria los

hombres de aquellos parajes. El Demonio pugnaba por llevarse su presa, se transformaba en tigre, en toro acometedor, en serpiente espantosa. Pero Zenón Cabrera no «aflojaba ni un pelo». Parado junto al ataúd, invocaba los nombres sagrados, removía oraciones como espadas, blandía espeluznantes blasfemias, repetía cien veces «La *Maunífica*», y con un crucifijo bendito paraba las más terribles acometidas. El Malo, desde lo alto del monte, comenzó a despeñar rocas de fuego que tomaban volumen al acercarse al ataúd; creó fosforescentes manadas de leones y de reses alzadas; convirtió en venenosas alimañas los matorrales del contorno y en gigantes los árboles. Hubo un instante en que Zenón Cabrera —¡cómo temblaban los oyentes!— estuvo a punto de escapar monte abajo, dejando al caballero entre las garras del tenaz enemigo; pero los santos invocados le dieron coraje de nuevo y prosiguió luchando. Conjuros formidables salieron de su boca, palabras de poder inmenso que contuvieron todas las infernales argucias. Pero el Malo insistía tras reposar un rato. Bramadores torrentes se descolgaron desde la cumbre, espumosos, descuajando los robles, abatiendo las rocas. Y al llegar a las plantas de Zenón se deshicieron como un viento, porque éste empuñaba el crucifijo santo y rezaba de hinojos «La *Maunifica*».

Transcurrieron las horas. El defensor sudaba a mares, se le cerraban los ojos de cansancio, le ardía la frente de fiebre. Un cirio se apagó chisporroteando. El roto lo encendió con mano incierta y prosiguió sus oraciones. Entonces, cuando «ya no daba más», aconteció el portento. Rasgó las lejanías, imperceptible casi, el clarín milagroso de un gallo. Desde el valle respondieron sus hermanos como un eco sonámbulo y el Malo, derrotado, se «reventó» echando blasfemias en una inmensa llamarada de azufre.

—*On Candelario'staba com'un* muerto en el cajón. *Too empapao*, hediondo, tiritando como quiltro con ataque. Le dio el roto sus *güeñas güergüeriás* de *juerte* y me lo llevó *pa* las casas al hombro como saco papero. *Pa* qué decir *na* que al otro día le dieron a Zenón no tan sólo la plata *ofrecía*…; *alguito* más: una casa *colmá too*
di'un
. Esa *mesma* noche se largó a tomar el *condenao* y no paró hasta

que
l'último
cobre se le *golvió* vino. *Espués empotecó* la casa y al fin de *too* vino a *quear* en las *mesmas tirillúo*
di'antes,
, piojento y con *sé pa* más *recacha*…

Cuando ha cesado el eco de la última frase, Ciriaco Zúñiga desvía las pupilas del fuego y torna la cabeza hacia la choza: no hay nadie en el umbral, nadie tampoco junto a él, aparte de la noche y su amenaza viscosa. Entonces, ¿quién hablaba? ¿Quién revivía los consejas inmemoriales? Era su propia voz, su voz perdida en la montaña ciega. Era su soledoso espíritu, su angustia de varón sin hembra, su temor al silencio que amenaza como la boca de un fusil desde los matorrales y las peñas.

Ciriaco Zúñiga, el último, a menudo se cuenta cosas, fantasías, irrealidades, para mentirse una «campaña» que tal vez nunca llegue…

* * *

Los que pueblan el valle saben que en esas ríspidas alturas habita un hombre silencioso, moreno, de barbas siempre enmarañadas. A principios de otoño, llegan a su refugio diez o doce hacheros que manda el hacendado para que lo surtan de leña. Allí se están un mes con él, le dejan grandes pilas de troncos y se marchan cantando cerro abajo. Poco han sabido de su existencia sin historia en esta breve permanecía: Ciriaco es hombre que acuña bien sus palabras antes de darles sonido. Mimetizado con las piedras, su ser está vestido de una coraza gris, impenetrable a la cordialidad ajena. Mientras los hornos arden, su hacha reduce los árboles muertos a trozos pequeños que luego serán carbón. Nadie lo ha visto nunca en el valle. Mil metros más abajo, pasa un camino angosto por el que cruzan los arrieros. Éstos le traen el azúcar, la harina y otras contadas provisiones que precisa para sustentarse. Después, lo envuelve de nuevo el silencio y se confunde con los breñales de la altura.

A principios de invierno, llega hasta la vertiente una tropa de mulas y se lleva el carbón fabricado. En un comienzo, los arrieros

intentaron sacar al hombre de sus dominios.

—¿Vamos *p'al* pueblo, Ciriaco?

—No.

—Ya no te *quea* más *qui'hacer pu'aquí*.

L'invierno viene bravo.

—*Toy* bien. *Toy acostumbrao*.

—¡Hombre! Un *tragullo'e vino*…, una *cuequita* queda… *Pa'l* 24 es el *santo'el* patrón.

—*Toy* bien *pu'aquí* no más.

Y ya montados, la última carga en el lomo de las mulas, a punto de soltar la madrina con su campanilla sonora:

—Vamos, hom… No *siay porfiao*…

—No.

Y se quedaba mirando el valle, sin un gesto en su rostro, donde los ojos eran de maqui y las orejas de hoja encarrujada por el tiempo. Volviendo la cabeza podían aún verlo desde lejos: la misma postura, igual a su viejo y lacio sombrero, invariable su manta obscura sobre los hombros redondeados. Estatua del silencio entre los cerros que se alargaban a su espalda.

—¿Qué hará Ciriaco Zúñiga en *l'invierno*? —se preguntaba alguno de los hombres a la vuelta.

—*Ha'e ponese* a dormir lo *mesmo* que las culebras —razonaba algún otro de la tropilla arriera.

Después lo olvidaban todo con alguna canción monótona y soñolienta.

Ciriaco, sin embargo, conocía su asunto. ¿A qué bajar? Ulpo no le faltaba mientras tuviera trigo para tostar y piedra para molerlo. Sus lazos cazadores estaban colocados con maña en aquellos puntos del arroyo en que bajaban a beber los conejos. Noches hubo en que cayeron hasta cuatro bichos roedores. La carne le sobraba entonces. Por otra parte, poseía su vieja escopeta para tumbar codornices,

torcazas y tórtolas. La nieve de las cumbres arreaba los pájaros hasta muy cerca de su choza: era cuestión de apretar el gatillo para bajarlos de los árboles o cortarles el vuelo… A veces, sin embargo, lo acometía la tristeza. Todo podía darlo el monte, todo, menos hembra. Y él sentía su fuerza en el hacheo, sentía la dureza de sus músculos, la presión de su sangre poderosa. ¿Treinta y cinco años, tal vez? Sus facciones decían mucho más; pero sin aquella barba horrenda, con la cara despojada de su costra terrosa, con las hebras de su pelo menos deshilachadas, tal vez hubiera cambiado. «*Naide* tengo *pa* quien arreglarme», pensaba, y las barbas y la cabellera proseguían su libre invasión.

Las veladas a la orilla de los hornos le enseñaron la ciencia del cestero. En el arroyo próximo se remojaban los mimbres partidos y pelados. En esa época propicia, iniciaba sus tareas, y de sus manos ásperas y duras salían filigranas increíbles. Cestos de pan, finísimos, livianos; costureros de patas graciosas y vientre redondeado; paneras extendidas como lanchas en miniatura y hasta secadores para mantillas de guagua, llegaban hasta el pueblo desde el monte, traídos por los arrieros.

—¿Quién los hace? —inquirían asombradas las niñas, las solteronas y las mamás bienolientes de las casas ricas.

—Ciriaco, el carbonero. —Y señalaban las alturas lejanas con una semirrotación de sus barbas.

Ciriaco amaba sus dominios. Riscales eran para todos, pero su corazón los transformaba en palacios de sueño. Hacia el oeste de su choza, se levantaba la cabeza puntiaguda de un risco enorme. A ciertas horas de la tarde, aquel bloque macizo asumía la forma de un campanario. Era su iglesia. Más allá, en unas rocas hendidas por algún derrumbe, se divisaban claras las techumbres de un pueblo. En aquel caserío sin calles, ni ventanas ni puertas, iba a morar el alma de los hombres muertos en la cadena de Alhué. Allí estaban sus padres relatando consejas, y todos los Ciriacos que pisaron los cerros antes de él. Luego, había paseos asombrosos para las horas del bochorno canicular; túneles imprevistos que conducían entre arbustos, troncos y pedruscos hasta húmedos rincones habitados por sapos viscosos; macales que ofrendaban sus cuentas azulencas; boldos de frutos rojos y dulcísimos, guillaves entreabiertos; nidos con huevos llenos de pintas, como joyas. Todo un dominio extenso,

variado, inagotable.

Pero faltaba la mujer. Algo había de vacuo en esta vida que allí tuviera su principio y que allí tendría su fin. Él era el último. Cuando se derrumbara para siempre, no habría quién siguiera gozando de la choza ni encendiendo los hornos. Es decir, vendría otro que sin ser de su sangre le usurparía la herencia de sus padres. Otro, un extraño, que amasaría el pan en la tabla de sus antecesores. Otro, un enemigo que empuñaría su hacha de mango enhiesto…

Allá, en el valle, estaban las mujeres. Él lo sabía. Pero su hijo no podía quedar en el valle. Acá en lo alto, sí, junto a las nieblas que se arrastran mojando ramas y piedras; junto al viento que pasa silbando en azul; junto a la nieve que espejea su blancor. Montañés verdadero, con unas rudas manos para tronchar el roble más altivo o el espino más enraizado entre las piedras. Montañés con pulmones inmensos, amigo de los fríos y del sol, compañero del tordo cantor, de la llorosa tórtola, del maitén que da sombra.

Así quería Ciriaco Zúñiga al otro Ciriaco digno de manejar su hacha y de habitar en su vivienda.

* * *

La tarde —una tarde más entre tantas otras— se agarra con tentáculos de sol a las más altas cumbres. Cuando de allí la expulsan los dedos de la noche, da un salto más arriba y cuelga sus incendios azufrosos en las nubes macizas que vagan quedadamente por el cielo. La falda de los cerros, lamida por aquel falso reflejo, toma aspectos cambiantes, ilusorio, como de cuadro mal pintado. Es una luz sin sombra, como emanada de la tierra, como cernida en tamices de agua.

Los ojos de Ciriaco se alucinan con esta lumbre de oropel. Rato hace que levantó las pupilas del cesto de mimbre que tejía. Algo se mueve en la distancia, entre unos romerillos que bordean una pendiente. ¿Figura de hombre o de animal? Perplejo, no se resuelve a seguir su tarea. El bulto movible desaparece por un rato detrás de unos ramajes apretados. Será a trescientos metros de la choza, cuando mucho. Por allí hay un declive resbaloso, más allá un espinal y después unos peumos. El camino de acceso queda más a la izquierda. Hacia allá se dirige ahora aquella mancha roja y azul. Y,

de pronto, una voz humana que se alarga:

—… ¡eee…, ooo!…

Monte arriba va el eco, igual que un cabro montaraz. La segunda llamada es más nítida; deja entrever una voz de adolescente no bien formada todavía:

—… ¡eee…, ooo!…

«Un chiquillo por estos *laos*», monologa Ciriaco.

«¿Lo habrá *mandao* el patrón?». Y haciendo una bocina con sus manos, echa la voz hacia el vacío:

—¡Aaaa!…

La figura se para entre las hojas, como escuchando.

—¡Más *pa'ilante ta* el camino!… —grita Ciriaco. Y resuena su voz en la hondonada.

Seguro de que lo han escuchado, retorna el montañés a sus varillas y prosigue tejiendo imperturbable. El sol resbala de las últimas nubes y las sombras en piños comienzan a llegar por las quebradas. Algún pájaro solitario canta por las cumbres. Un lucero se engasta en el azul desvaído del cielo. Llega un viento delgado desde lo alto y en el espacio tiembla un calofrío como de placas invisibles.

Un siseo de ramas quebradas y un saltar de pedrezuelas anuncian al que llega desde abajo. Por fin emerge una silueta a seis pasos del chozo. La entrecortada voz de una muchacha tira bruscamente cabeza del hombre hacia la izquierda:

—Ando *perdía, on* Ciriaco…

Deja sus bártulos el carbonero y se incorpora lentamente.

—A ver, *alléguese* más *p'acá*.

La chiquilla se acerca. Es una rapaza de dieciséis a diecisiete años, morena, flacucha, de huidiza mirada. Viste una falda azul, raída, increíblemente sucia, y una chomba de lana granate le moldea el busto adolescente. Se acerca, gacha la cabeza, y habla enseguida atropelladamente, como temerosa de algo o de alguien:

—Me le perdió mi cabra Pinta… No la *púe* hallar cuando me mandaron a encerrar los animales… Salí a buscarla y *m'extravié*…

Yo vivo *ey* a *l'otro*

lao'e
la loma…, lejos… *vide*
Di'abajo
los hornos…, y pensé *on*
qui'usté,
Ciriaco, *poiría ime a 'ejar*… Yo ni sé por
onde'stán
los caminos…

Y antes de que Ciriaco pueda decirle nada, rompe a llorar con el más hondo de los desconsuelos. El hombre no sabe qué hacer. Poco habituado a cosas semejantes, se rasca la cabeza por debajo del sombrero y mira las lomas lejanas. Ya la noche está encima. Hasta la choza de José Luis el cabrero hay «sus» tres horas bien andadas, porque es preciso bajar hasta el valle para tomar el camino que allí conduce. Si fuera de día claro, la cosa no tendría complicación, pues con ir cortando montes se ahorraría gran trecho. La luna, en menguante, sale pasadas las dos de la mañana. No puede ser…

—¿Y por *ónde* se metió *pa* llegar aquí?

—No sé… Habían riscales *Jui* dando *güeltas* sin saber
pa'ónde…
Hacen como tres horas… Me parecía que *nunquita*
iba'hallar
un cristiano… Vengo *toa* clavá…

Y se toca las piernas, sin cesar en su llanto de perrillo extraviado.

—A estas horas no *pueo* ir *a 'ejarla*.
Lo'e
José Luis *quea* muy distante.
¿Di'allá
es *usté*?

—Sí, *on* Ciriaco… Allá lo *mentaban* mucho a *usté*… Mi mama tiene una canasta
d'esas.

Y señala una cesta empezada que Ciriaco ha dejado en el suelo.

—Tendrá *qui'alojarse* aquí.

—¿Y qué *v'a* pensar mi taitita?

—Yo *le'ire* mañana lo *qui'ha pasao*.

—Yo tengo *mieo*… *Usté* tal vez quisiera hacer la *caridá agora mesmo*
di'acompañarme
…

—No se *puee*. Yo tengo *qu'estar* aquí. Una noche se
pasa'e
cualquier manera. *Ey* en la ruca hay una cama. Yo
mi'arreglo
a
l'orilla'e
los hornos.

Y con estas palabras, Ciriaco pone fin a la conversación. Coge sus varillajes y se sienta, engolfándose pronto en la tarea. La muchacha se acerca a los hornos y estira sus manos hacia la lumbre con gesto maquinal. Sus ojos exploran el cerro hacia la parte en que viven sus padres. Siguen rodando sus lágrimas, Pero ya sin sollozos.

Al cabo de un momento, el montañés toma el ritmo de sus tareas con el orden inconsciente que les tiene asignadas. Echa unas ramas al fogón de piedra y las enciende con un golpe preciso de su yesquero. Se encamina después hacia la vertiente y retorna con un tarro chorreante. Lo pone sobre el fuego y a su lado coloca la olla de greda con comida que guarda desde el almuerzo. Todo con un ausente automatismo, tal si estuviera solo como siempre. Ante aquella tranquilidad e indiferencia, la muchacha recobra sus perdidos ánimos. Hace preguntas como para probar terreno:

—¿*Usté* vive solo *pu'aquí*?

—Solo.

—*Icen qui'hay lión pu'estos laos*…

—*Cuantuá; agora* no.

—*Bravazo* el monte *p'arriba*.

—Mmmm. Bravo.

Y Ciriaco mira las cumbres con sus ojos obscuros en cuyo fondo brilla una luz inédita.

—Yo tendría *mieo*.

—El monte, *m'hija*, es *güeno. Pairastro* con los que lo tratan mal no más.

A medida que pasan los minutos, la visitante va perdiendo el aspecto encogido que tenía al llegar. Se aproxima al fogón y con sus ojos pardos escruta el fondo de la olla. La lumbre juguetona le dora mansamente las piernas desnudas; sobre su piel tostada el monte le escribió un mensaje de sangre con las espinas de sus quiscales. Unos anchos zapatos de hombre, torcidos, lamentables, le prolongan los pies ridículamente. Un mechón tieso y negro le cae sobre la frente estrecha y abombada. Pero de todo este conjunto surge triunfante una gracia nueva, que no se sabe si está en la naricilla temblorosa o en la barbilla fina o en la boca menuda.

El agua del tarro inicia un leve borbotoneo y del fondo del tiesto van alzándose unas burbujas translúcidas que revientan en la superficie.

—*T'hirviendo l'agua* —murmura la chiquilla volviéndose hacia el hombre—.

¿*V'hacer*
ulpo?

—Sí —responde Ciriaco, levantándose.

—Si quiere me da *l'harina* y yo se *lu'hago*.

El hombre no responde y desaparece en el chozo. Torna con un paquete abultado y encamina hacia el fogón el fogón. Antes de que él pueda oponerse la muchacha introduce sus manos en la harina tostada y empieza a mezclarla lentamente al agua, para que no se apelotone. Revuelve luego sabiamente el potaje con una cuchara de palo que había sobre una roca plana y pide el azúcar. Ciriaco le obedece como si fuera cosa natural, y algo desconocido le va llenando el pecho, mientras torna cabizbajo hacia la vivienda. Se imagina que la noche es más clara, que las cumbres relucen, que la llama del fuego es más cordial y jubilosa. Al sentarse de nuevo en el antiguo tronco que hay cerca del umbral, le parece que esta noche es la que él viviera aguardando por veinte años o más. Sin alzar la cabeza, siente la caricia de una presencia amiga y se deja acunar por algo que llega en el viento fino de las alturas; por algo que dimana de los árboles en que el otoño puso su pincelada de cobre. Es un mensaje que le mandan las hojarascas abatidas por el viento, ya volviéndose tierra en la humedad de la tierra.

—*Esto'stá* listo, *on* Ciriaco —le advierte la chiquilla, y él, como si siempre lo hubiera hecho, saca dos platos abollados de la choza y

dos pocillos llenos de saltaduras y los coloca sobre la piedra plana que hay cerca del fogón. Desde hace diez años, no se veían tantos utensilios juntos en la rústica mesa. Vieja y pobre vajilla heredada de sus padres como aquella vivienda de troncos, como aquella hacha fulgurante, como aquellos dos hornos en que el carbón madura lentamente.

—*Alléguese p'acá.* Comamos.

La mitad de su cena en el plato de enfrente; un muslo de conejo y unas papas nadando en caldo pobre. La muchacha se sienta en una piedra y engulle con los párpados bajos, como un pequeño animalito. Suenan sus dientes firmes, al desgarrar la carne y relumbra el contorno de su boca con la grasa que en ella se quedó adherida. El montañés se aleja con su plato hasta la puerta de la choza. Allí come también haciendo ruido al masticar y limpiándose los bigotes revueltos con el dorso de su callosa mano.

La noche montañesa parece conmoverse y se muestra ataviada como nunca con todas sus estrellas. En el cerro se sienten crujidos, como de pies livianos que pasaran. Algunos perros ladran al fondo de la distancia y llega su entrecortada música a mezclarse a los mil rumores, silbidos, lamentos y quejas de la altura. Pero todo es amigo, todo cordial y bueno para el alma del duro carbonero.

Devorado el ulpo sabroso, comido el pan blancuzco y grueso, la chiquilla lava los tiestos en la vertiente, como quien sabe de muy antiguo sus deberes. Al tornar cerca del fuego para secarlos, Ciriaco la mira por vez primera con detenimiento. La llama del fogón, que le alumbra la cara, revela ahora con claridad los frutos duros de sus pechos bajo la lana de la chomba. Son suaves sus caderas y débil su cintura, como las de un adolescente, pero sus muslos tienen energía al apegarse con esfuerzo a la tela de la falda humilde. Habrán de ser calientes, suaves al tacto, huidizos. Y el vientre, ¿cómo será su vientre apenas combado?…

Ciriaco se levanta para librarse de aquellos pensamientos que sin querer han venido a turbarlo. Parece muy atareado en observar los hornos ardientes, mas toda su actividad es de mentira. El bien lo sabe, y algo le pone trabas en las piernas y en cada movimiento. Algo como un imán le tira las pupilas hacia las formas de la visitante. Echa sus pensamientos hacia el pasado, lejos, igual que se tira una piedra en un barranco; pero vuelven de nuevo, silenciosos y

resbaladizos como culebras, y anidan sin premura en su cerebro. Y comienza otra vez el trabajo febril de su mente. ¿Cómo será su espalda, allí donde una leve hendedura se prolonga, haciéndose más honda, frente a los flancos tibios y temblorosos?… Debe ser delicioso estrechar aquella cintura desnuda, sentir su calidez profunda… Y el roce de los labios… Y el jadeo de su boca entreabierta…

«No, no», monologa Ciriaco en una especia de sonambulismo que le roba fuerzas. «No, no», y siente impulso de largarse monte arriba, de tenderse en la nieve que duerme sobre las últimas cimas, de arañarse la carne fieramente con las más dolorosas espinas.

—*M'hija, usté puee* acostarse ya.

Y un inmenso temblor le quiere partir la voz profunda.

—Si quiere *mi'acorruco pu'aquí* no más.

—No. *Ey* tiene cama; en la chiza. A

l'entra'sta

la vela. Cierre la puerta no más.

Y la mira cruzar como una sombra frente a sus ojos agrandados. El hueco de a puerta se la traga. Regresa de nuevo a encender la vela en el fogón. Se va definitivamente tras la llama temblante que le acaricia por última vez los duros pechos. Crujen como quejándose las envejecidas maderas de la puerta. Y está otra vez la noche sobre Ciriaco Zúñiga.

Él no quiere pensar, y de cara a la lumbre de los hornos principia a mentirse las historias de siempre.

—Hacen *añazos*…

Sin embargo, no es su abuelo quien habla esta vez. El carbonero tiene la voz desconocida, más bronca, mas insegura, como de metal trizado. Y la ilusión se destruye y Ciriaco se siente girar como en un remolino. Ya no están, su padre, su madre, ni su abuelo a su lado. Todos se han ido, porque ahora en el chozo hay una presencia que los borra, implacable. Venía desde abajo, perdida, buscando a su cabra Pinta. ¡Qué pequeña en sus lágrimas! Daban ganas de cogerla de la mano y hacerla dormir… Pero estaban sus pechos, sus pechos de dura presión, sus muslos firmes bajo la tela, su espalda…

—No, no, no…

Y otra vez aquel remolino en su cerebro. Unas agujas quemantes viajan por su sangre torturada: suben, las siente por los músculos, le

desfiguran la cara sudorosa. Y allí, a cinco pasos, ella, desvistiéndose, frágil, menuda, indefensa bajo la luz de la vela. Ya habrán caído su falda y su chomba colorada. Los pequeños hombros entre los cobertores impregnados por su transpiración de macho…

—No, no, no…

Sus piernas estirándose bajo las mantas, suavemente, en un juego blando y amodorrado. Sus muslos juntándose, suaves, calientes… Sus piernas tatuadas de sangre…

—No, no, no…

Y el remolino girando. El remolino alzándose implacable, contra su voluntad, para llevarlo hacia allá…

—No, no, no…

—¡No, *on* Ciriaco, no…, no por Diosito!…

Era su boca menuda, bajo la suya tosca; era su cuerpo arqueado, defendiéndose; eran sus muslos enloquecidos, sus caderas girando, resbalándose, ardorosas, frágiles. Lucha lenta, fatigosa, obsesionante, junto a la vela caída que lanzó su postrera boqueada al apagarse. Y la ronca voz de él, tratando de ser suave. Y el cuerpo palpitante bajo el suyo dominado. Y el contraerse de la carne hendida. Y el grito taladrante, fiero, tal si viniera de las mismas entrañas desgarradas. Y el perderse de pronto en una sima de algodones, en una caída sin fin, en un remolino suave, descoyuntador, maravilloso. Después, como una música mansa y rendida, el sollozo igual, desolado, sin esperanza, como de quien comprende que no podrá levantarse nunca…

* * *

El hueco abierto de la puerta lo llama hacia la noche. Sale con paso torpe y el viento le revuelve los cabellos por primera vez libres del sombrero. La noche, afuera, es majestuosa, ancha, infinita. Por el tronco de todos los árboles parece circular una savia más firme y más clara. El fogón, convertido ahora en un tesoro de brasas, alumbra débilmente los cacharros que la muchacha lavara. Y él, rudo montañés, se siente más liviano, más pleno, como si algo hubiera sumado a su sangre y a sus huesos: algo pletórico, nuevo, que nunca tuviera antes y que esta noche le ha sido dado como un don.

A través de las sombras, mira el valle; mira la suave colina que

esconde la choza donde viven los padres de su hembra. Y poco a poco se va irguiendo como si el monte le fuera infiltrando alma adentro, cuerpo arriba, una ignorada pujanza. A sus espaldas arden los hornos del carbón, y más allá crece la sombra vacía de fantasmas y malos presagios.

A cinco pasos, en el revuelto camastro, la muchacha solloza mansamente inmóvil y herida. Piensa entonces Ciriaco que esa muchacha es suya. Su hembra. El monte se la trajo en esa noche aguardada sin saberlo por más de veinte años. Es suya, su cauce, la prolongación de su nombre. Alza más su estatura, su pecho retador; siente una fuerza de graníticas cumbres en sus hombros sufridos.

—Es mía. El monte me la dio. El monte…

Y un jubilo salvaje le quiere reventar en el pecho. Ciriaco Zúñiga, el último, ¡No! Ya no es el último. Defenderá su presa como un puma. Tendrían que matarlo para sacarla de sus dominios. ¡Ya no es el último! No. ¡Ya no es el último!

Mira de nuevo la colina, fijos los ojos y llameantes. ¡No se la quitarán!

El fuego lo acaricia con sus manos de luz. Lo talla, lo define, lo deja erguido en la montaña, junto a la choza de troncos nudosos, en la altura apretada de ramajes y piedras, bajo la noche milenaria.

El hombre que tallaba Estribos

Se lo dijo Rosenda, la de Tomás, el regador, a Petronila Huerta, bajo el parrón de la casa de esta última, mientras el mate hacía su trayecto entre las manos de ambas mujeres. Del brasero salía un aroma de azúcar tostada, y una tortilla inmensa se divisaba entre los pliegues del mismo paño que sirvió para arroparla y «hacerla sudar» cuando la masa ya cocida abandonó su lecho de rescoldo.

—*Comaire*, Dios me castigue si miento, pero el Baucha no más ha *sío* el causante.

—¿Me creerá, *comaire*, que *yo'staba* en el *mesmo pecao*? *Cuantuá*, cuando velamos al
Chumita'e
Perico, me le metió
l'idea
en la cabeza y *nadie* me la sacó
d'ey.
«El Baucha tuvo *sio*
qui'haber
», me dije *aentros*
pa'mis
, porque yo lo *vide* mirando al niño una tarde, a la
pasá'el
puente.

—¿No sé cómo yo *nu'andaba* tan *perdía*? *Usté* sabe
qu'el
Cloro tenía una
mata'e
naranjo

qu'era
una bendición. Si
nu'había
rama que no se le
tapara'e
fruta. *Güeno*. Un día pasó el Baucha y se *queó* mirando el naranjo. «*Güena* cosa
di'arbol
lindo», dicen que dijo. Y *jué* como con la mano, *comaire*;
d'ey
la plantilla comenzó a secarse y al fin tuvieron que cortarla…

Rosenda divulgó por un lado del pueblo aquella conversación y Petronila se encargó de darla a conocer por el otro. De boca en boca tomó cuerpo, sumó detalles, agregó suposiciones y a Bautista Riquelme se le atribuyó desde entonces la cualidad tremenda de «ojiar» cuanto miraba. Árboles, animales y niños quedaban desde ese momento entregados a la voluntad del dañero. Mas, como todo tiene su remedio, los pobladores de Punta Brava recordaron que *ña* Martina, la vieja del Portezuelo, conocía el secreto para curar el mal, y la vivienda de la anciana se vio constantemente visitada por campesinas anhelantes, que llevaban allí sus niños, para que la «*meica*» los santiguara.

Al comienzo, Bautista no reparó en el miedo que su presencia originaba. Estribero famoso y trenzador sin igual, ocupaba la última casa del villorrio, por el costado sur, a cien varas del río que mugía bajo los pilares del puente. Las manos de aquel hombre sabían los secretos del tallado con una ciencia innata que sus predecesores aprendieran en luengas generaciones. Era preciso verlo junto a los secos trozos de luma o corazón de peumo, dibujando y cortando sutilmente, para saber cómo amaba su oficio el estribero. Graciosas filigranas, flores, estrías, lazos de unión entre una figura y otra, todo tenía el sello de lo perfecto y lo espontáneo al ir quedando fijo para siempre sobre la pulida superficie de la madera.

—No, patrón, le falta todavía —expresaba el artista, inmutable frente a algún hacendado impaciente que pretendía llevarse su obra antes de tiempo. Y retocaba lo ya hecho con cariño infinito, tal si de cada muesca o cortadura dependieran su fama y su vida.

Estaban habituados los campesinos a verlo en la puerta de su vivienda, mirando a pleno sol alguna pieza ya concluida para apreciar bien el efecto que daría al colgar desde la apellonada montadura.

—*Güenas* tardes, Baucha.

—*Güenas* tardes, Mañungo.

Todos lo conocían y lo respetaban. No había silla de montar en las haciendas y fundos del contorno que pudiera llamarse bonita si no llevaba unos estribos salidos de las manos de Bautista. Poderosos señores, dueños de tierras que se alargaban desde la costa a Los Andes, pretendieron tomarlo bajo su mando, a fin de que trabajara para ellos solos. Él se evadió dignamente de todos los halagos que se le prometían y prefirió seguir su vida libre, allí en la casa última de Punta Brava, cerca del río mugidor.

Era un hombre delgado, huesoso, de suaves y profundos ojos negros; tenía lisa y regular la frente, la nariz afilada, toscas las manos hasta el punto de parecer increíble que pudieran ser las de un tallador delicado. En el trabajo usaba mandil de cuero burdo y la costumbre de permanecer inclinado habíale cargado un tanto las espaldas, a pesar de que su edad no pasaba de los treinta y cinco años.

Su historia era de todos conocida. Casado al cumplir cinco lustros, con Lucrecia, la hija mayor del viejo Raucho, su vecino, vio enfermar a su hembra poco después que ésta hubo dado a luz a Bauchita, y fueron inútiles todos los esfuerzos y gastos que hizo para salvarla. Se fue la compañera un mediodía de otoño, comido el vientre por un cáncer maligno que los «*meicos*» y «*meicas*» trataron de curar a fuerza de conjuros y pociones en que entraban las más extrañas yerbas. Cinco años tenía Bauchita cuando le sobrevino al estribero la segunda desgracia. Era éste un muchachito moreno y gracioso en el cual el hombre había concentrado todo el amor de su corazón solitario. Parecía Bautista no vivir sino para él. Era dueño el muchacho de todos los dominios de aquella casa, y en su risa se lavaba como en un agua melodiosa el espíritu del padre. Se les veía juntos, en los atardeceres, recorrer el camino, pararse sobre el puente, jugar como dos camaradas de la misma edad. Y hasta los más ancianos sonreían, ganados por la ternura, frente a tan luminoso espectáculo.

¿Cómo pudo descuidarse Bautista? ¿O estaba ya grabada la sentencia en los libros inmutables del destino? Mientras el padre, un lunes por la tarde, tallaba con su amor de siempre, se alejó el pequeño de la puerta en donde jugaba, para llegarse hasta las barandas del puente. Sintió de pronto el estribero un grito penetrante y el corazón se le encogió, traspasado por un presagio:

—¡Bauchita…, ¡Bauchita…!

Salió vociferando hacia el camino, llegó jadeando al puente y sólo vio las aguas rumorosas y turbias, que corrían encajonadas entre los pilares de piedra. Allá lejos flotaba, alejándose, una tabla pintarrajeada de azul y verde: la pequeña carreta que él mismo construyera para su hijo.

Por la orilla del río, a tropezones con las piedras, anhelante, desesperado, crispadas las manos callosas, llenos de fiebre los ojos, viéronlo ir, tornar, meterse en la corriente, siempre llamando con lastimera voz:

—¡Bauchita…! ¡*M'hijito* lindo…! ¡Bauchita…!

Sólo pasados tres días, el río devolvió su presa. Lo encontraron en una isla de arena, diez cuadras más abajo, desnudo, calzado sólo con su zapatito izquierdo, hinchado, tumefacto.

Después de aquello, el tallador estuvo cuatro meses sin sacar las herramientas del cajón en que las guardaba. Inútiles fueron los ruegos de los más encumbrados señores del contorno para que diera satisfacción a sus pedidos. El hombre se sentaba por las tardes bajo el parrón del fondo, y allí permanecía, las manos en la cara, mirando hacia adelante con extraña fijeza. Le crecía la barba inculta y libre, tocaba ya su pelo por detrás del cuello deshilachado de la chaqueta, se apolillaban de quietud sus manos hábiles. Muchos contaban que lo vieron acariciar una carreta azul y verde sobre aquel mismo banco donde antes erigían los estribos sus flores, delicadas y sus muescas.

Volvió después, obedeciendo a quién sabe qué ignorado designio, a sus faenas. Pero ya no era el mismo en su carácter. Se le veía deambular por frente a las viviendas, llegarse al río muy de tarde en tarde, seguir aún más allá, tal si las lejanías lo llamaran. A veces, en mitad de su paseo, se quedaba mirando por largos minutos un árbol, una piedra, un animal cualquiera, como quien procura desentrañar un secreto. A menudo ante un niño moreno

que pasaba, sus ojos se llenaban de un satinado fulgor, y permanecía detallándolo, sin un gesto, hasta que el rapaz desaparecía de su vista. Más de alguno que lo saludara al pasar, se quedó sin respuesta y se alejó moviendo la cabeza, conmovido.

Y ahora, de repente, los hombres empezaban a huirle. Los niños, advertidos por sus madres, interrumpían sus juegos y se escurrían, sigilosos, al divisarlo, o bien desandaban su camino para no tropezarse con él.

—Oye… el Baucha.

—Hay que apretar.

—No te le *olvíe* que yo llevo cinco rayas y vos dos no más…

Y disparaban.

Él amaba a los niños, veía en ellos a su hijo, calculaba en cada rostro moreno y vivaz la edad que aquel tendría. Hubo, pues, de notar la triste aureola que rodeaba su presencia. Fue para él un desconcierto, algo como una herida por la espalda, como una voz de «¡Alto!» rubricada por el fulgor de un arma en una encrucijada solitaria.

Ya no se le acercaban las mujeres tratando de hacerlo olvidar con su cháchara insubstancial. Ya los hombres, después de saludarlo, abatían los ojos para que no pudieran verles el reproche en el fondo. Habría deseado preguntar, saber de qué se le acusaba, cuál era su delito. Pero una espesa malla de soledad, de orgullo y dejadez lo separaba de sus semejantes. Era como esos baches del camino que encierran un peligro para los vehículos, las bestias y los humanos. Sin embargo, esos baches, llenos de agua, reflejan con mayor claridad que el río mismo las estrellas y el cielo.

Bautista sintió miedo de aquella sorda hostilidad y buscó en el trabajo un refugio. Desde que las diucas rompían la madrugada con sus flechas de plata, hasta que se apagaban todos los rumores del campo en actividad, permanecía él inclinado sobre los trozos de madera que iban vistiéndose con una capa irreal de pétalos, estrías y hendiduras como hechas con aguja.

Y la vida seguía en Punta Brava, al amparo de un monte secular cuyas cimas hendían el cielo y cuyas pedregosas laderas venían a lamer el costado poniente de la aldea.

* * *

El hijo más pequeño de Lindor y Casiana era toda la lumbre del hogar. Nacido cuando la mujer contaba cuarenta y cuatro años y cuando ya los retoños mayores eran labriegos hechos y derechos, vino a poner un júbilo imprevisto bajo el techo de la humilde casa. Parlanchín, vivaracho, más movedizo que un cabro montaraz, creció entre los elogios rendidos y las exclamaciones asombradas de hombres y mujeres.

—¡Dios lo guarde! —decían las ingenuas campesinas ante alguna frase feliz del niño, juntando las manos.

—Hechura mía, *pue, iñora* —se pavoneaba el padre, brotándole el orgullo por entre la modestia falsificada.

—Viejo *destroncao*… Si no hubiera *sío* por mí… —replicaba Casiana, reclamando también sus derechos.

—*Güeno*, pongámosle *mitimiti* —concedía él—, aunque vos salís harto *faurecía*, te contaré…

Y el mocoso, consciente de su dominio, exigía, perentorio, ordenaba, hería el suelo con sus pies desnudos y se amurraba en un rincón hasta que sus caprichos eran satisfechos.

—Tome, *m'hijito, ya'stá*, haga su gusto…

Los esposos trazaban proyectos. La extraordinaria vivacidad que revelaba el vástago, los hacía concebir esperanzas casi fabulosas. Pensaban darle educación al rapaz y salir tal vez a expensas suyas de la condición precaria en que hasta entonces habían vivido.

Más cierto día el niño amaneció sin ganas de comer y apenas levantado fue a dejarse caer en su silleta de paja, sordo a la invitación de los chincoles que aturdía entre los árboles, ajeno por completo al aroma de las sopaipillas que su madre freía en un tiesto ahumado. Vomitó el desayuno a poco de ingerido y empezó a sollozar, friolento. Entonces, todos convinieron en que aquellos eran los inequívocos síntomas de un empacho y se llamó a una sabia vecina que entendía de tales achaques. Acudió presurosa la señora, y tendiendo boca abajo al muchacho que berreaba como un condenado, lo desnudó de cuerpo arriba y después de frotarle con ceniza un punto en la espalda, cogió con diestras manos la piel delicada de Toñito —así nombraban al enfermo— y comenzó allí unas manipulaciones hasta que se escuchó un leve rumor como de astilla rota.

—*Esu'era* pero *ya'sta quebrao* el empacho —anunció la

operante y cubrió con sábanas y mantas al pequeño, que seguía llorando.

—Dios se lo pague, vecina —agradeció la madre, y pocos momentos después envió a la médica un colmado plato de sopaipillas doradas y sabrosas.

Pero la enfermedad del hijo siguió su curso, agravada por sus caprichos. Desde la cama, el niño pedía queso, carne, agua y la madre complaciente se los daba para no verlo sufrir. Sobrevinieron las fiebres, delirios, gritos de espanto que traspasaban la noche despertando a todos los de la casa.

—Este *niño'stá ojiao, ña* Casiana.

¿Cómo no se les había ocurrido antes? ¡Pero si estaba claro como la luz! Mal de ojo. Eso era. Tenía que ser eso.

—¿Qué día *jue cuandu'el* niño comenzó a *gomitar*?

—A ver… un jueves, *hacen* como tres semanas.

—El día antes pasó *pu'aquí* el Baucha.

—Claro. Tenía *qu'entregarle* unos estribos a *on* Rosamel.

—A lo mejor *mi'ha mirao* al Toñito…

Corrieron ese mismo día hasta el Portezuelo en busca de la salvación. Hilario, el hijo mayor, llevaba en sus brazos robustos a su hermano muy arropado, con ternura que tal vez no hubiera podido adivinarse en su aspecto casi siniestro. Al lado iba la madre, compungida.

—Por *faorcito, ña* Martina, santígüeme al niño.

La vieja miraba desde la puerta a sus visitantes con sus ojillos grises, y por entre los pliegues del reboso emergían sus manos sarmentosas de color canela y llenas de pintas rojas. Era apenas un bultito encorvado, frágil, insignificante. Su boca sin un diente se plegaba, hendida, bajo la nariz afilada y enorme. El rebozo le rodeaba también la cabeza, enmarcándole los ángulos y las arrugas de la faz. Destrozó entre sus labios unas cuantas palabras cascadas:

—Pasen *pa'ilante*.

Apuntalado contra el cerro, su rancho era una excrecencia de las rocas. Por delante se prolongaba, como una visera pajiza, una mediagua sostenida por horcones nudosos. El techo de la pieza era de latas cargadas por pedazos de piedra para que el viento no se las llevase.

En los rincones se aquietaban unos trozos de sombra

enmohecida. Había un catre de fierro, abollado, con desnivel hacia el rincón, por haberse hundido en la tierra las patas de aquel lado, encima, trapos en desorden, un plumón que gritaba colores por sus partiduras, una almohada mugrienta.

Por dentro vagaba un olor de hierbas secas, mezclado a otras emanaciones indefinibles. Dos o tres sillas destartaladas dejaban colgar sus pajas hasta el suelo. Un brasero de escasos carbones era la única cosa viva en aquel recinto apagado por el tiempo.

La vieja cogió al niño de los brazos de Hilario y lo observó un momento con atención.

—No pesa *na* esta criatura —se admiró.

—Va *p'al* mes que lo tengo así —dijo la madre, llorosa.

Hilario, desde un lado, observaba ceñudo y silencioso.

—*Si'han pasao* tres viernes —murmuró la vieja, fijos los bailadores ojillos en la cara de Casiana—, no le doy *much'esperanza*. Pero en el nombre de Dios, que *too* lo *puee* y lo cura… A ver, *tengami'aquí* al angelito.

Fuese como una sombra hasta un rincón, abrió una vieja caja cuyas bisagras crujieron, y tornó con un papel y unas hierbas. Echó sobre los carbones unos amarillentos granitos que despidieron agradable olor y masculló borrosas letanías que pusieron runruneo de abejas en el cuarto penumbroso. Después cayeron sobre las brasas, crepitando y encarrujándose, las secas hierbas que trajera la «*meica*». Volvió a coger al niño la oficiante y lo expuso por unos momentos a la caricia del humo que subía rápido y vertical.

—Oiga, Hilario, *vay'a* traerme unas ramas del palque y otras de *rúa d'ey ajuera*.

Obedeció en silencio el mocetón y tornó pasados unos minutos.

La «*meica*» puso al niño sobre la cama sucia y empezó a recitar, horriblemente alterado, el Evangelio de San Juan, mientras hacía cruces con sus dedos en la boca, la frente y el pecho del enfermo.

La chupalla de Hilario fue como un aleteo rápido en la penumbra al ser quitada de su cabeza por la mano nervuda del labriego.

—Mmmmmm… *jue* un hombre *mandao* por Dios, nuestro *Siñor*,

que lo *mentaban* Juan… Mmmmmm…
nu'era
el *mesmo* la luz *verdaera*, la luz del *Paire*
qu'stá
rigiendo el mundo
endi'arriba,
sino *venío*
qui'había
. Mmmmmm… El mundo *jue criao* por Él en siete días para dar fe y santo testimonio de la luz verdadera… justo… Mmmmmm…

Después cogió las ramas que le trajera Hilario y repitió con ellas las cruces, sin cesar en su rezo monótono. El pequeño, que había puesto a la primera parte de la ceremonia la música desafinada de su llanto, calló por fin y se entretuvo en mirar con sus pupilas vivaces las evoluciones de las ramas sobre su cara y su cuerpo. Luego empezó a dormirse, y al terminar doña Martina sus oraciones, su respiración era igual y casi tranquila.

—Mmmmmm… En el *nombre'e* Dios Paire, en el
nombre'e
Dios Hijo, en el
nombre'e
Dios Espíritu Santo.

—Amén —repitieron como un eco el hijo y la madre.

Un grande y religioso silencio cundió por el cuartucho, y Casiana, al salir, se imaginó que una gloriosa rama de luz le santiguaba el alma.

El murmullo del río rezaba el Evangelio de San Juan.

* * *

Cuatro días más tarde, se apagó para siempre la vida de Toñito, entre los gritos desesperados de la madre y el trágico silencio de Lindor y sus hijos.

La noticia cundió por las casas, atravesó las puertas, salvó los cercados, llegó hasta el manso corazón del campo. De todas partes acudieron al velorio y en él se habló medrosa y animadamente del terrible poder de Bautista Riquelme.

Esa tarde, al volver de sus faenas, ninguno de los labriegos

saludó al dañero. Todos cruzaron por frente a su puerta, bajo los ojos, la actitud huidiza, reconcentrado el gesto. Ni siquiera Rebeca, la muchacha de la casa de enfrente, que solía atisbarlo a través de la tosca ventana, asomó sus grandes pupilas verdes por la mirilla disimulada.

En el corazón de Bautista había comenzado a germinar un nuevo sueño. Rebeca parecía concederle toda la confianza que los otros le negaban. A través del camino, sus dos pupilas verdes eran como un remanso para sus días solitarios. Hablaban de promesas, de olvido, de nuevos retoños que vendrían a remplazar al muerto bien amado. Era graciosa la hembra, tenía boca de mujer querendona, grandes trenzas castañas, pecho de curva suave y firme. Por sus caderas andaba columpiándose el deseo. De sus brazos carnosos caía una madura luz de amor.

Con aquella mujer sería posible recomenzar la vida, crear un mundo nuevo, conocer una dicha ya casi olvidada en el fondo de los años.

El tallador vivía al acecho de la visión que lo turbaba. Hombre reconcentrado, dejó correr los días sin iniciar ningún avance, como quien acaricia una flor con la vista sin atreverse a tocarla. Le bastaba, por el momento, aquel juego simple de atisbos, de sonrojos, de mudas promesas; aquel amanecer de dos pupilas semejantes al milagro renovado del sol naciente.

Tal vez temía. Siempre se le quebró la dicha entre los dedos como una rosa demasiado frágil para su rudeza. Comenzar otra vez. ¿Y si fallaba de nuevo? Ya no podría entonces renovar su ilusión y estaría perdido para siempre. Mejor era dejar aquello en las manos del tiempo. Él, excelente mediador, resolvería sus dubitaciones.

Y el tiempo dijo su palabra. Aquel día, frente a la impenetrable actitud de los labriegos, comprendió que un presagio siniestro lo cercaba. Aguardó hasta muy tarde, como una limosna, la aparición de las dos pupilas redentoras. Pero ellas no vinieron a darle su sorbo de agua reconfortante. Nada. Nada. En los campos, la tarde daba celestes boqueadas. Pasaba el río quejumbroso, arrastrando caudales de frío abandono. Por el monte trepaban, oscureciéndose, los quiscos, los quillayes, los coirones de recia cabellera. En el viento liviano, una lágrima azul quería temblar.

Lo sorprendió la noche frente a su puerta donde nadie se

detenía. Salieron las estrellas a bailar su ronda por el cielo. Pasaron, lentas, graves, las campanadas de la capilla. Bautista no quería pasear, ni comer, ni recogerse. Estaba definitivamente solo, abandonado de los hombres, de las bestias y hasta de Dios.

Era tal vez un maldito a quien le habría sido negada la gracia de reír.

Acababa de entrarse —serían más o menos las once—, cuando afuera sintió voces y luego unos recios golpes que sacudían su puerta. Quitó las trancas y se halló frente a cuatro figuras cargadas de hostilidad. Desde la calle, lo miraban ocho ojos amenazantes y silenciosos. Reconoció, en primer término, la corpulenta silueta de Hilario, el hijo de Lindor. Tras él, cuatro vecinos en su mayoría mocetones labriegos.

—Tengo *qui'hablar* con *usté*.

Las palabras de Hilario traían un anuncio de tormenta.

—Pase.

Entró con aire forzadamente resuelto. Se colocó de espaldas a la luz y allí permaneció, mirando de alto a bajo al estribero, provocador y despreciativo.

—Los amigos, ¿no entran?

—Soy yo el que tengo *qui'hablar* con *usté*.

De la boca de Hilario salía tufo de alcohol.

—Aquí me tiene.

—Sí, aquí lo tengo. Lo miro y me parece mentira…

—Mentira, ¿qué?

—No *si'aga* el de las chacras. *Usté* mató a mi hermano.

—¿Qué le pasa, Hilario…? Yo nunca *hey tenío*
na'que
ver con *usté*.

—*Na* con *usté*… Vos sois una pura
pest'en
este pueblo, Baucha. Hasta los perros te conocen. ¿No te *habís dao* cuenta que la gente
si'arranca
de vos
pa'no
escupirte la cara…? Tu mujer, tu hijo *mesmo*, el Chumita, mi

hermano… *toos* muertos por culpa tuya. *maldecío*
Porqu'estay
.
Porqu'el
Diablo
ti'ha
de llevar el día menos *pensao*. *maldecío*
Porqu'estay
, Baucha… Ya *naide* va *queando* que
si'anime
a'star
en tu casa, porque *tenís* mala sombra, como los litres, y lo *apestay too*… Pero
la'e
mi hermano me
l'habís
de pagar…,
le'e
Toñito… ¿Por qué lo miraste con esos ojos de sapo?
Pa'matalo…
Porque sois envidioso, Baucha… porque no *poís* ver a nadie contento.

Aquel hombre, de ordinario cerrado y huraño, se enardecía con el sonido de sus propias palabras. El alcohol le daba un aspecto extraño, impresionante, grotescamente trágico.

—Habla, contéstame… Habla… Pero ¿qué
vay'hablar
cuando *tenís* la culpa, cuando tu conciencia te acusa, cuando *sabís qu'hiciste*
una *maldá*…? No *tenís* perdón de Dios, Baucha, no *tenís* perdón… Toñito,
l'unico
qui'alegraba
la *viejez* de los pobres veteranos… Yo lo quería… Y vos lo mataste… vos, vos, perro y *pior* que perro.

Bautista comprendía. Hubiera deseado coger a aquel ser herido

por los hombros para decirle: «Te comprendo, hermano», pero todo es inútil. Estaba frente a un dolor que no admitía razonamientos, un dolor ciego, irrefrenable, que pretendía volcarse en cauces de violencia.

—No *sabís* lo *qu'stay* diciendo, Hilario.

—¿*Toy* loco, *entonce*? ¿No voy a saber yo, no *v'a* saber *too* el pueblo que *tenís* la culpa? Si a las *pieiras* le *preguntay*, las *pieiras* te van a *icir* que sois un asesino. Y esto *tenís* que pagarlo, Baucha, *tenís* que pagarlo, porque Dios hizo la justicia.

Como quien cumple un rito implacable y terrible, Hilario sacó de su faja un cuchillo. Parecía impulsado por fuerzas extrañas a obedecer un mandato que no tenía apelación.

—*Tenís* que morir vos, Baucha, morir *pa'que* nadie más tenga que sufrir como yo *hey sufrío*.

Bautista no hizo un gesto. Si era la mano de Dios, que se cumpliera su justicia. Estaba cansado. Comprendía de pronto el porqué de la huida de los chiquillos ante su vista: la hostilidad de los campesinos; la ausencia de Rebeca… Su destino y su vida. Así nacen los hombres, cada uno con su papel preciso, sin poder eludirlo. Que hirieran, sí, que le partieran aquel corazón sufridor, que lo durmieran para siempre en la sombra donde todo se acaba…

Oyó borrosamente las palabras de Hilario, que ya no eran sino una letanía indefinible, vio relumbrar en alto el cuchillo filoso, presintió que la mano tomaba fuerza para bajar el golpe. Sintió en la carne que hay encima del corazón, un calofrío, y cerró los ojos…

Y, de pronto, un grito, un tumulto de pasos, una advertencia taladrante:

—¡No, Hilario, no!

Una voz de mujer, un jadeo… Abrió los ojos: allí estaba Rebeca colgada del brazo de Hilario, conteniéndolo.

—No *siay* loco, Hilario… Tu padre… ¡No te *vay* a desgraciar…! ¡Toñito *t'stá* mirando…!

Era la desesperación misma la que gritaba por la boca de aquella

mujer. Desmelenada, loca ceñíase al agresor y lo aturdía con sus súplicas.

—El Baucha no tiene la culpa… *Jue* Dios el que lo quiso… ándate, ándate, Hilario… Tu santa *maire* tendrá que sufrir más por causa tuya… Tu hermano
t'sta
esperando en el velorio… ándate, Hilario, ándate.

Y lo venció con su acento de leona. Fue cosa fácil desarmarlo y ponerlo en la puerta. Hilario parecía una torre que vacila. Salió encogido, cabeza gacha, lacios los brazos rudos.

Cuando se hundió en la noche, un bramido más bien que un sollozo pareció remecer las estrellas.

Volvió Rebeca sus dulces ojos verdes hacia Baucha y por ellos pasó la ternura de una madre que ha salvado a su hijo.

—Muchas gracias —dijo el hombre con la garganta hendida por el llanto.

Mas ella no respondió.

Entonces Bautista Riquelme se dejó caer en una silla, pasándose la mano por la frente. Después habló como para sí:

—Yo no sabía *na*… *Agora* entiendo *maldecío*
qu'estoy
… No *poiré* tener nunca lo que quiero… Váyase, Rebeca, y no
si'acuerde
nunca
d'este
huacho fatal. Yo mañana me voy
d'este
pueblo,
di'alba,
pa'no
molestar a *naide*… Mañana…

Y se quebró su ronca voz.

—Que sea feliz y que Dios lo proteja, Bautista…

La noche parecía desangrarse.

El valle y la Montaña

En la alta noche de los campos, cuando ya los labriegos y los leñadores deambulan por los morados túneles del sueño, cuando las bestias fatigadas apagan la suave lámpara de sus ojos en la obscuridad, cuando brillan las alucinantes pupilas de los pumas que inquietan al ganado y se encienden los gusanos de luz, el valle y la montaña conversan.

Las cumbres mandan desde lo alto sus mensajes de agua, y a través de aquel lazo rumoreante se establece el contacto entre ambas almas.

El monte, duro, enhiesto, poderoso de sombras y matorrales, dice trémulas cosas pulidas por el viento y la soledad. El campo arrea palabras mansas como piños de ovejas y cuenta de sus jugos, de sus tallos, de los diamantes verdes que le enjoyan el pecho donde una callada respiración se siente ir y venir. La montaña se prende a la solapa de rocas la pedrería de sus hornos carboneros; el trigo, desde el valle, opone al brillo intenso el de su oro sin fulgor.

Pero no es siempre aquello solamente.

A veces la montaña quiere hacer gala de su furia y espanta los caballos de las llamas, azotándolos con el crujimiento doliente de las secas chamizas y de los árboles que retuercen sus brazos en una súplica impotente. Entonces huyen las escondidas sabandijas, escapan los ágiles zorros, los alacranes tuercen su espinazo para inyectarse su propio veneno, las arañas vacilan y suben en sus maromas débiles hasta que llega el puñal de una llamarada a cortar el hilo frágil. El puma mira desde la distancia y brillan sus pupilas como metales en fusión. Huyen los pájaros a estrellarse, rompiéndose las alas en los duros ramajes o en las piedras. La altura ruge, aúlla, grazna, tiembla de pavor.

Es la danza del fuego, rugiente y lírica, impresionante y estremecedora.

El valle calla entonces. Apiña las casas y los sembrados en su regazo como una madre temerosa. No se atreve a gritar para no atraer las iras de su hermano salvaje. Pero éste, a veces descontrolado y ebrio, hace que lluevan chispas sobre las sementeras y arden los trigos y se crispan hendidos por las hoces de las llamas. Entre las rojas flores de la quemazón se siente llorar el alma del pan.

Sin embargo, se aman.

Por octubre, las alturas se visten de topatopas, de huillis y de rosadas azucenas. Hasta los quiscos amenazadores y hoscos echan sus flores grandes como lunas para que todo tenga su belleza. Y desciende en oleadas el aroma, como la más gloriosa ofrenda. Entonces los labriegos, abajo, comprenden que ha llegado la buena estación y que no habrá lodo por las carreteras ni lluvia castigándoles la espalda. Sienten las yeguas el llamado de su sangre y relinchan. Los toros son como pedazos de montaña sobre los lomos débiles de las vacas. Y las cabras que triscan, inician de pronto carreras sin objeto, como nerviosos bailes nupciales.

La montaña mira esto, complacida, mientras el sol le va quitando suavemente las canas. Todo renace una vez más, porque se ha completado la ronda del año.

Y una voz llega desde lo alto:

—Te amo porque eres débil y mansa; porque bajo hasta ti para besarte y me recibes como una esposa; porque sabes someterte a las rudas caricias de mis derrumbes, y porque me comprendes.

Y una voz sube desde el valle:

—Te amo porque eres grande y poderoso; porque soy hembra y tú varón dominador; porque soy blanda y tú apretado y duro como una angustia que no puede llorar; porque tienes metales en tu seno, y de metal son las palas y los arados que me hienden; porque me brindas aguas, y de agua me alimento; porque de mí te elevas y yo te sostengo como la madre a su hijo predilecto.

El cielo, muy alto, calla, porque también ha oído.

* * *

Juan Santos era varón del valle; Clemente había edificado su

choza de troncos a media altura de El Canelo, cerro que se empinaba hasta mil doscientos metros, dominando campiñas y distancias con su presencia solitaria.

Ambos hombres habían venido de un solo vientre en un mismo día. Anastasia, la madre, los apretó contra sus pechos bien nutridos con el vasto cariño de la tierra que alimenta plácidamente al mimbre esbelto y al retorcido espino. Basilio, autor del doble alumbramiento, se rascó la cabeza frente a los críos y dijo por todo comentario:

—¡*Puchas*!… Un par… Menos mal que son hombres.

Y se hicieron hombres, cada uno por su lado, escuchando los llamados distintos de la naturaleza circundante. Juan Santos ayudó al padre desde muy pequeño en las faenas de la aradura y de la «cruza», en el atado de las gavillas, en la limpia de los porotales, en la recolección de ramas y palos para traerlos al hogar cuando la diaria tarea estaba terminada. El hermano se iba monte arriba, con su tío Tadeo, porque lo deslumbraba el fulgor de las hachas al herir la madera de los litres, peumos y robles, y porque le gustaba dormir bajo el cielo estrellado, sintiendo los parpadeos de las estrellas y la nocturna música de las alturas.

Uno fue leñador y el otro labriego.

Juan Santos era retraído y manso. El destino podía modelarlo sin mucho esfuerzo, pues él nunca se opondría a sus designios. Aun cuando tenía sólo veintitrés años, hablaba ya como un anciano licenciado en experiencia y en saber de su oficio. Era leve su parla y nunca abundosa; tenía mucho de ubre henchida que sólo exprime cuando los dedos hábiles saben llevar el líquido hacia abajo. Un vicio solo: el del cigarro. Pero ¿a quién no apetece el sabor del tabaco, cuando se descansa bajo los sauces, sesteando, o en los días domingos, cuando las manos se inmovilizan y los hombres se sientan con sus mejores trajes a la puerta de los ranchos? Su padrino le había regalado una potranca que pronto se hizo yegua; pero la montaba poco: sólo cuando había que llegarse al pueblo en busca de provisiones, generalmente los días festivos antes de almuerzo.

—Préstame tu yegua, Santos.

—*Ey* la tenis, pero *cuidao* con *charquiarle* las costillas ni enseñarle mañas. No necesita ni penca siquiera.

Quería al animal. Le gustaba mirarlo en el potrerillo paciendo y espantándose las moscas con la cola crecida. Le había puesto por nombre «La Barrosa», en atención a su color sucio e indefinible. La mantenía siempre bien tusadita y se preocupaba mucho cuando alguna herradura comenzaba a sonar. Se la llevaba entonces a Floridor, el herrero, y retornaba contento, palmeándole la tabla del cogote. Hubiera deseado una montura y un chamanto; pero como ellos costaban caro, se contentaba con imaginarlos, y aquello le bastaba. Tal vez más adelante… Por ahora tenía una silla dura como piedra y sin pellones, pero los sacos también servían para suplirlos. Su manta de castilla estaba ya mordida por el tiempo, rosilla, amarillenta, pero llenaba bien sus funciones: abrigar. Él no era rico; no esperaba tampoco serlo; sin embargo, poseía más que otros. Tenía la misma filosofía de la madre, que algunas noches, mientras afuera caía la lluvia, se quedaba mirando su plato de locro y musitaba:

—Debimos darle gracias a Dios. Cuántos infelices no tendrán ni siquiera qué comer y andarán por *ey* mojándose sin que *naide* les abra una puerta.

Basilio era rudamente jovial y no participaba de tales aprensiones sentimentales. Para consolar a la mujer que sufría con sus tragedias imaginadas, solía decirle:

—*Pa toos* tiene Dios, vieja. Uno
siembr'el
pasto, la vaca se lo come, uno se come la vaca y la tierra se los come a *toos*.

Y seguían masticando, cada uno con su arreo de meditaciones.

Acordábanse a veces de Clemente, señor de sus riscales y de sus soledades. Entonces por todas las pupilas pasaba un brillo de admiración. El leñador tenía para los tres algo de superior y de vagamente legendario. Bajaba en el invierno a visitarlos y hablaba menos que todos ellos. Parecía lejano, como si sólo su cuerpo hubiera venido hasta allí, mientras su espíritu quedaba vigilando la choza, allá arriba. Traía frutos dulces y dos o tres conejos cazados con trampas de alambre. En otras ocasiones, hacía estos mismos envíos con los arrieros del otro lado que acarreaban leña o traían productos de la tierra en árguenas olorosas. Anastasia, acariciaba estos regalos con sus manos domésticas y todo —el pelaje de los

animales muertos, la dureza de un fruto, el aroma de otro— le hablaba como una carta del ausente. Ella sufría un poco por la distancia que la separaba de Clemente. Hubiera querido tenerlo en casa, junto a su afecto, lavarle su ropa, servirle su comida, como lo hacía con Basilio y Juan Santos. Mas comprendía que Clemente no estaba hecho para llevar la misma existencia de ellos. Una vez que el mozo permaneció tres días en la casa por culpa de una lluvia intempestiva que no cesaba nunca de caer, se puso más melancólico y huraño que de costumbre.

—¡Cuándo *diablo irá'parar esti'aguacero*!

Y miraba su montaña cubierta de nubes por entre los tallos movibles del agua. Se aburría. Pasaba por las piezas como se atraviesa un túnel y se iba a sentar al lado afuera de la puerta del patio, protegido por la visera del tejado. Quería seguir viendo sus serranías, como temeroso de que alguien pudiera robárselas. Dormía poco y sus sueños eran agitados. Anastasia lo sentía revolverse en su camastro, y la primera luz de la mañana lo echaba afuera, haciéndolo estrellarse contra las vallas de la lluvia como un tordo montés en los barrotes de la jaula.

Clemente hacía su trabajo «a trato». Tomaba por su cuenta un trozo de monte delimitado por accidentes naturales —una roca más alta, una hondonada, un arroyo— y comenzaba el

tac-tac

espaciado de su hacha. Un golpe recto y otro en ángulo hacia el primero para que saltara el pedazo de madera. La muesca iba agrandándose en el tronco, cuyas ramas empezaban a estremecerse. Por fin venía un crujido anunciador y el roble se derrumbaba, abatiendo los árboles más pequeños y arrastrando las enredaderas que habían trepado por su ramaje.

Juan Santos casi no subía a verlo. En parte por falta de tiempo, y en parte porque las alturas no lo atraían. Sin embargo, podía advertirse un claro timbre de orgullo en su voz al nombrarlo. Era tal vez la libertad del otro la que lo deslumbraba. Allá, solo en la noche, sin precisar de nadie para subsistir. Y él, apegado a sus terrones, a su casa, a su yegua. Vidas distintas, que convergían sólo en el origen, como esas nieves de la cumbre que al derretirse alejan sus caudales en direcciones opuestas.

Cuando Carlota llegó al rancho de Basilio, Juan Santos sintió un

leve disgusto. Ahijada de sus padres, la chiquilla había quedado huérfana y recurría al amparo de aquel techo protector.

—*Onde* comen tres, *pueen* comer cuatro —expresó Basilio, al consultarlo con su mujer.

—Con el *faor* de Dios —completó la esposa, y le hizo un hueco a la muchacha e instaló su cama en el mismo cuarto que ocupaba con el viejo en la vivienda. En el otro dormía el hijo.

Hemos dicho que Juan Santos se molestó. Y era por esto. Porque iba a tener menos libertad para cantar con su voz destemplada cuando se le ocurriera, y porque hasta para acostarse debería tener cuidado.

Pero, en fin…

La muchacha era diligente. Sabía sus deberes de mujer y alivianó desde el primer momento las tareas de Anastasia. Todo lo ejecutaba con una buena y clara alegría que parecía colgar campanillas en los rincones.

—No, mamita; yo *lu'haré*…

Y arrebataba las ollas de manos de Anastasia para ir a lavarlas a la acequia que las surtía de agua. «Pelaba» mote; tostaba trigo y de rodillas ante la piedra lo molía cantando, mientras bajo la blusa se estremecían sus pechos pujantes; echaba las gallinas cluecas y se levantaba por las noches, a los veintidós días si era invierno, y a los veinte si era estío, para vigilar a los polluelos que salían de los cascarones y que corrían riesgo de morir aplastados. ¿Qué no sabía hacer Carlota?

—Bien *enseñá* la niña —reconocía Basilio, viéndola ir y venir en sus trajines.

—Y *respetosa*; no *com'otras, qui'una* les da el pie y se agarran la mano —añadía Anastasia, complacida.

La muchacha no necesitaba elogios. El trabajo era para ella una cosa natural, sin lo cual no concebía la existencia. Era morena, firme de carnes y nunca se veía pasar la sombra de un disgusto por sus facciones regulares. En la barbilla se le formaba un hoyuelo gracioso que prestaba encanto al óvalo redondo de su cara. Daba gusto verla por las mañanas lavándose en la acequia; aleteaba allí como un pajarillo, llenos los brazos con la espuma del jabón que Anastasia tenía para el aseo de la ropa. Había traído entre sus trapos unas varas de «vichi», y con ellas confeccionó dos delantales:

uno para Anastasia y otro para ella, obligando a la anciana a que lo usara. Ésta, que se había resistido por fórmula, encontrando demasiado vivo el color de la tela, concluyó por aceptarlo, y se enorgullecía de contar a sus vecinas el origen de tan vistosa prenda.

De modo insensible, la casa iba cambiando de alma. El viejo Basilio estaba más rudamente jovial que antes, y sentía, sin saberlo, la satisfacción de haber aceptado de tan buena voluntad a la muchacha. Considerábala ya como una hija y a veces pensaba que Anastasia bien pudo darle también una «chancleta», ya que fue capaz de llevar dos varones juntos en su vientre.

Pero el Señor sabía sus asuntos…

A Juan Santos empezaron a nacerle ganas de parecer mejor. Un sábado por la tarde, tras recibir su jornal, y como ocultándose, compró en el pueblo unos toscos y duros zapatos. Los mantuvo escondidos un tiempo bajo el jergón de su cama, y un domingo, echando mano de toda su voluntad, se decidió a ponérselos. Aquello era un martirio casi superior a sus fuerzas. Los botines le oprimían los dedos de manera horrorosa, y él caminaba a «pininitos», sintiéndose ridículo y observado por todos. Domesticar tamaño par de fieras, que le llagaron los talones y le hicieron sangrar la raíz de las uñas, fue faena más dura que la que tuvo al amansar a «La Barrosa»; pero al fin pudo lograrlo, y se sintió invadido por la impresión de haber realizado un heroico avance. Más tarde adquirió un pañuelo de colores y se lo anudó al cuello, haciendo resaltar por contraste la morenez terrosa de su cara. A él le parecía, sin embargo, que el tal adorno era un dechado de elegancia.

Al fin vino a descubrir el porqué de todas estas innovaciones. Fue una tarde, al servirle Carlota su plato de comida. Se inclinó ella con el gesto de siempre, y él echó sus pupilas obscuras por el escote de la blusa, divisando adentro dos redondeces de tibia greda. Las manos le temblaron al coger la cuchara de estaño. Miró a sus padres, que comían ajenos a todo, y sus ojos vagaron cautelosos por las formas inquietantes de la muchacha. En poco más de un año Carlota se había vuelto una mujer. Bajo sus ropas mal cortadas se presentía el palpitar de su carne llena de turbadores misterios y de profundas tibiezas. Aquellos pliegues que se formaban en la tela sobre su vientre de curva apenas insinuada, al sentarse… Aquella línea de los hombros, suavemente en descenso… Aquella boca de

labios carnosos y joviales… Ella lo sorprendió en tales indagaciones y lo miró de frente. Y por primera vez fue una mirada entre hombre y mujer, no el circunstancial cruzarse de las pupilas, casi fraterno, que acontecía a diario.

Por la noche, metido ya en su cama, sintió Juan Santos que la muchacha se acostaba en el cuarto contiguo. Y empezó a imaginar… Era tan viva y poderosa la evocación, que sus sentidos creyeron percibir el aroma de la carne femenina en el ambiente. Entonces, algo muy triste y muy dulce corrió por la sangre del hombre, que tenía los ojos abiertos en la obscuridad.

En el huerto, las flores del almendro rompían su apretado corpiño.

Algo cambió desde entonces en la actitud de aquellos dos seres. Se hicieron cautelosos; dijeron que temían acercarse o permanecer solos en una misma pieza. Se alejaban y tornaban a encontrarse, como si estuvieran unidos por un resorte invisible que permitía nada más que cierto distanciamiento. Cambiaban sólo las palabras más indispensables. Y ambos sabían que detrás de cada una de esas palabras había un mundo de cosas por decir, y que ellos tenían miedo de revelárselo a sí mismos. Los domingos, al pillar su yegua en el potrerillo, Juan Santos se quedaba con los dos brazos apoyados en el lomo del animal y hacía descansar su barba sobre la mano, perdidos los ojos en quién sabe qué proyectos. Pero no eran proyectos. Eran cosas difusas, sin sentido, como pertenecientes a otro mundo. No lo atraía el pueblo; era una hora y media de viaje —ida y vuelta—, y él hubiera deseado quedarse bajo el parrón, sintiendo los trajines de la casa. También —claro, también, ¿y qué? — el canto de Carlota mientras andaba por ahí con sus ollas, sus verduras y su rumor de pollos siguiéndola. Carlota cantaba cosas de la tierra con su voz emotiva:

Ramito de albahaca fresca,
ramito de nomeolvides,
cariñito, por tu culpa
mi corazón está triste,
mi corazón está triste…

Nunca tuvo antes el hogar un encanto parecido…

Y aquel mechón de pelo que la muchacha estaba siempre

echándose hacia atrás con el dorso de su mano mojada… El brazo, al levantarse, hacía jugar los blandos músculos del costado, y se veía entonces la forma del busto apretada contra la blusa…

—¡Juan Santooo! ¿*Vay* ir o no?

Se estremecía, como si lo hubieran sorprendido en un delito, y ensillaba con rapidez para recuperar el tiempo perdido.

Carlota tenía una sapiencia inconsciente para insinuar sus encantos. En el fondo le gustaba turbar al mozo y siempre lo conseguía. Hubiera deseado, temiéndola, una arremetida de él para que aquella tensión concluyese. Pero ambos se extenuaban en escarceos y soslayamientos que ponían imaginarias montañas entre su mutuo afecto. Hubo un instante en que Juan Santos pensó en irse a otro fundo; pero fue solo una ráfaga de inexplicable desaliento. Se sentía débil e indefenso por primera vez, y, de no ser hombre, tal vez habría llorado en más de una ocasión…

La cosa no era tan grave como ambos pensaban. Se dio cuenta la madre de aquel tremendo y dulce combate, y, como previsora que era, no pudo menos de intervenir antes de que algo irreparable pudiera acontecer. La muchacha era inexperta y Juan Santos demasiado tímido. Pero el tiempo, el grito de la carne… No. No era cosa de andar en boca de las gentes. La cosa debía solucionarse. Un día llamó a Juan Santos:

—Juancho, a vos te pasa algo raro…

Tembló el mozo.

—Qué me *v'a* pasar, *iñora*… Ideas suyas.

Ponía espinas en torno para defenderse.

—A mí no *mi'hacís lesa*… No soy tan ciega como te *creís, m'hijo*. Te gusta la Carlota, *¿nu'es* cierto?

—*Di'ónde* saca esas cosas, *iñora*… A mí…

Pero se delataba. Quiso escapar con cualquier subterfugio. Tuvo palabras duras, rezongos, evasivas. Defendía el secreto con sus últimas fuerzas.

—Pero, si *nu'es niun pecao*, Juancho. Hombre naciste y mujer *habís di'hallar*

un día. La Carlota es *güena* muchacha, trabajadora, limpia, *rebusta*… Yo no
mi'hay
de oponer… Pero en un altar, ¿entendiste? Como yo y tu *paire*, como tus *agüelos*. *tapaeras*
Na'e
, porque me repugnan las cosas escondías. Y *agora* piénsalo, y no *siay* tan
corto'e
genio, tonto…

Y se fue a sus quehaceres, como si la última insinuación no tuviera importancia.

Juan se quedó avergonzado y cohibido, pero con una gran alegría en el fondo.

—*Güeno qu'ey sío jetón*…

Con Carlota, la madre adoptó un sistema diferente. Trajo el nombre de su hijo a cada momento en la conversación; reconoció su sobriedad, su buen carácter, su espíritu de trabajo:

—*Nu'es* porque sea *m'hijo*, Carlota, pero hay pocos como él, tan
quitao'e
bulla y tan ágil *pa* sus cosas. *Ende* chico. Fíjate que a los
nuevi'años…

Y relataba trozos de la vida de Juan Santos, adornándolos con tiernos detalles y poniendo como ilustración casos que ella conocía de matrimonios desgraciados por culpa del hombre trapalón o pendenciero. Con Juan Santos no se ofrecía ningún peligro…

Carlota escuchaba y se estremecía.

* * *

Clemente había estado mandando sus encargos con los arrieros desde hacía mucho tiempo. Pero, al fin, empujado por la nieve, que había llegado hasta media falda de El Canelo, se decidió a bajar. En un morral tejido con totoras, traía codornices y tórtolas cazadas con lazo; aquel año los conejos habían escaseado. Ya al asomar a la puerta, le pareció que algo estaba cambiado en el hogar. Aquello aparecía más limpio y más ordenado que de ordinario. Había matas

de helecho en tarros de aceite, y en una jaula trinaban cuatro jilgueros. Después, en la mesa no se veían redondelas de leche y los lazos arrollados pendían de la pared, al alcance de la mano. Una voz emotiva cantaba en la cocina:

Lunita, lunita nueva,
que pasay por los esteros,
anda y decile a mi amante
que aquí en el pecho tengo…

Entró temeroso y descontento. El tono de aquella voz era el de una persona que se halla en casa propia. Creyó reconocerlo, pero no lograba precisar en dónde lo había escuchado antes. Dejó sobre la mesa su morral y siguió avanzando.

—¡Cleme!

Se dejó abrazar por su madre y soportó con resignación su obligado lloriqueo. Aquello era de siempre y le disgustaba. ¿A qué derramar lágrimas? ¿No sabía ella acaso que estaba allá, en las altas montañas que se divisaban desde la casa?

—¿Y *cómo'stay, m'hijo*? —preguntó sin dejar de mirarlo y limpiándose los ojos con el delantal. Mas no esperó respuesta. El leñador era un gigante, más bien por su robustez que por sus hombros. Había noche montañesa durmiendo en sus pupilas. Había decisión en esa boca grande y pareja. Se sintió pequeñita, como si ella fuera una hermana menor del recién llegado. Y él no hablaba; apenas una sonrisa en su rostro tostado, un suavizarse de sus cejas voluntariosas, un aquietarse de sus rasgos acostumbrados por el esfuerzo del hacheo a una tensión permanente.

Lo llevó hasta Carlota:

—*Est'es* el Cleme, Carlota.

Lo presentaba con orgullo, radiosa, como amparándose en su sombra varonil.

—Vos, Cleme, conociste a la Carlota cuando tenía diez años.

—Claro.

Recordó. Era en el fundo Las Torcazas. Perseguían juntos los moscardones y se trepaban a los perales. A veces se disgustaban y ella le hacía morisquetas, sacándole la lengua. «Tonto feo». Una vez la tumbó en un pajar y le dio duro con sus puños. La chiquilla había conseguido desesperarlo con sus pullas que él no era capaz de

responder.

Ella también recordaba, y se rió. Entonces fue como si se hubiera roto el hielo del encogimiento que trababa los movimientos del leñador.

—*Habís* creció…

—Y vos, Ya *vay* pareciendo cerro.

Y volviéndose hacia Anastasia:

—Fíjese, mamita, *qui'una* vez me pegó y me dejó llorando. Menos mal
qu'estaba
chico…

Él la miraba como una cosa nueva, frágil y lejana.

Con el atardecer llegaron Basilio y Juan Santos.

—¡Por la *puch'hom*! Hay *güenos* pastos
all'arriba.
Si seguís así, te
voy'agrandar
la puerta *pa* otra vez que *vengay*…

Y el viejo sacudía la cabeza de alto a bajo, mirándolo. Era obra suya. Semilla escogida. Pasta de roble.

—*Qui'hubo*, Cleme. ¿Cómo te va yendo?

—Así, así.

Nada más. Todos estaban contentos.

Basilio, Anastasia y Carlota hicieron el gasto de conversación durante la comida. Los dos hermanos, silenciosos, asentían o negaban con movimientos de cabeza. Clemente respondía con monosílabos a las preguntas que se le formulaban. Juan Santos no dejaba de mirarlo.

—*Güeno*, y vos, ¿cuándo *vay* a buscate collera? Tu hermano salió más *avispao*. Se
v'a
casar en un mes más con esta pollita.

Basilio cerraba un ojo señalando con la boca a la muchacha. Los dos aludidos se miraron furtivamente, cohibidos e incómodos. Carlota sintió que las mejillas le ardían vivamente. Juan Santos, sonriendo a la fuerza, insinuó, quejoso:

—¿Ya *v'a* comenzar, taita?

—Y *güen* ojo el del diablo… Mírenlo, mírenlo cómo *too ey*… *Si'hace*
s'encoge
el que no le gusta… Bien decía yo *callaítos*
qu'estos
pegan la *patá* más *juerte*… Vos no saliste a tu *paire*, porque yo, yo *jui sosegaíto*,
¿nu'es
cierto, vieja?

—*Aguaiten* al viejo *estroncao* como
si'hace
el santo… A
l'edá'e
Juanucho vos *andabay*
hech'un
quirquincho, y tu *paire* tenía que cuidarte
comu'animal
goloso… *na*
Nu'hablís
mejor…

—*Güeña* la mujer *calurniaora*, por Diosito —prosiguió el padre, chanceando—. Yo llegué al matrimonio *intautito*, como mi *maire*
m'echó
al mundo…

Y las risas de todos se unieron, rompiendo el malestar que se había insinuado.

* * *

Clemente permaneció cuatro días en casa de sus padres. Llovía a intervalos, y el tiempo seguía frío y amenazante. El segundo día amaneció nieve hasta muy abajo de El Canelo y él comprendió, pesaroso, que debía aguardar hasta el deshielo. Menos mal que podía salir a dar sus vueltas por el camino; de otro modo el encierro se le habría hecho insoportable. En los campos se encontró con antiguas amistades, y cruzó dos o tres palabras con ellas. Nada más. No sabía sostener una conversación, y se sintió incómodo frente al

desborde verbal de algunas mujeres que quisieron atraerlo con su cháchara vacía. No era el suyo aquel mundo plano y manso. Y miraba su montaña blanca bajo el cielo encapotado.

Carlota comenzó a conocer una nueva dimensión del hombre en aquel varón sombrío y solitario. Primero fue curiosidad, deseo de saber lo que pensaba y lo que sentía. Sus sondeos resultaron estériles, porque él no daba muestras de querer entregar a nadie la llave de sus dominios interiores. Adivinaba en él la muchacha un virgen e intenso tesoro de ternuras y cosas insospechadas que sería muy caro poseer. Una tarde lo sorprendió inmóvil frente a la jaula de los jilgueros, siguiéndolos en sus evoluciones, y sus ojos eran agrestemente bellos con una lucecita de júbilo en el fondo.

—Me gustaría soltarlos —dijo por todo comentario al sentirse observado.

—¿Por qué, Clemente?

Y él, encogiéndose de hombros, salió a la puerta.

Carlota pensó que tal vez tenía razón.

Al otro día siguió la lluvia. Anastasia vino a sentarse junto al brasero en donde se asaba una tortilla. Salía del rescoldo un olor sabroso que despertaba el apetito. La tetera cloqueaba en otro brasero más pequeño, como una gallina que empollara huevos de oro. Carlota cosía con los pies cerca del fuego, porque el día, a pesar de la lluvia, estaba muy helado. Vino Clemente a reunirse con las dos mujeres, y se dejó caer en una silla de paja. El silencio de los tres, aquel aroma y aquella tetera creaban un ambiente de paz, de hogar, de cosa segura y tranquila. Por primera vez lo sintió así el leñador. Y vino a su memoria la silueta de su choza fría allá en la altura, húmeda, sin más presencia que la suya, sin estas cosas pequeñas que podían hacer un mundo. Si él tuviera una mujer… Y se sobresaltó, como si aquel pensamiento fuera un delito.

Carlota seguía cosiendo sin alzar la cabeza. Mirando la tetera, él hizo resbalar sus ojos hacia los pies de la muchacha, embutidos en unos zapatos llenos de barro; después siguió hacia arriba; las piernas de suave línea bajo las medias burdas. Descuidada, tenía separados los muslos y en la leve penumbra producida por el vestido se divisaba un trocito de carne que con la lumbre de los carbones era levemente dorada. Alzó Clemente los ojos hasta su madre; ésta empezaba a dormitar y una de sus manos colgaba

sosteniendo las tenazas con que había probado la dureza de la tortilla. Miró de nuevo aquella carne y sintió que una ola tumultuosa subía por su pecho, apresurando el galope de su corazón.

Siguió lloviendo, y vino otra tarde como aquélla. Él asomó a la puerta, como un ladrón, temiendo que en la actitud pudieran adivinarle las intenciones. Carlota y su madre conversaban y no repararon en él. Se sentó sin rumor en la silla. Y otra vez el miraje obsesionante. Traía el sombrero muy sobre la frente para que no pudieran verle el brillo febril de las pupilas. Después de un rato, Anastasia se adormeció de nuevo, y a él le pareció que quedaba solo con Carlota en la pieza. Empezó a desnudarla con la mente, destrozando a tirones aquellos trapos que le negaban la plenitud de sus formas. Y en su cerebro había luces rojas y le tiritaban los músculos de las piernas. La muchacha levantó la cabeza, como atraída por un llamado imperioso. Se turbó extrañamente al sentir aquellos ojos sobre su cuerpo y quiso esquivarse. Se levantó alocadamente, impulsada por los nervios, y sus pies se enredaron en el brasero. La tetera perdió el equilibrio sobre la parrilla de alambre y el agua hirviente se vació en sus pies, arrancándole un grito angustioso. Se levantó una nube de ceniza, como si en medio de las brasas hubiera estallado una bomba. Y la muchacha cayó al suelo, llorando y cogiéndose desesperadamente las piernas. Anastasia se despertó asustada, pero de inmediato comprendió el percance. Ya Clemente había llegado hasta Carlota y trataba de levantarla, cogiéndola por las axilas.

—¡*M'hijita*… *m'hijita*, por Dios!… —gimió la anciana. Y, recordando lo que debía hacerse en tal caso, corrió hacia la cocina en busca de la botella de aceite. En el camino se volvió hacia su hijo para decirle:

—Siéntala y sácale los zapatos y las medias.

Clemente la levantó con suavidad. En sus manos sentía las elásticas formas del pecho femenino, y su carne gritaba viéndola tan frágil y desvalida. Para poder alzarla hasta la silla, hubo de pasarle un brazo por debajo de los muslos. Y al hacerlo, la apretó como un ovillo trémulo de sollozos contra su pecho; después la depositó en el asiento. Le quitó los zapatos suavemente y balbució:

—Las medias…

Y ella, dándose cuenta:

—¡No…, no!… Yo…

Le retuvo las manos que ya se estiraban, con las suyas ardorosas.

Anastasia volvía.

El leñador salió de la pieza, extrañamente turbado, con un tumulto de impresiones en el corazón.

* * *

Al otro día Carlota hubo de permanecer inmóvil en su silla. Tenía los pies vendados y en sus ojeras se notaba que no había dormido durante la noche. Anastasia, en la cocina, se preocupaba del almuerzo. Clemente salió temprano, porque había dejado de llover, y casi a mediodía retornó de su vagabundeaje. Apareció en la puerta de la pieza donde estaba la muchacha, y se quedó en el marco, mirándola con algo de sombrío en las pupilas. Ella abatió los párpados y fingió preocuparse del remiendo de una camisa de Basilio. Pero él insistía en su silencio y en su actitud.

—¿Qué me *miray* tanto, vos?

Era como un reproche rencoroso, como una defensa instintiva.

Él avanzó. Se detuvo ante ella, y había algo de trágico y doliente en su voz. Algo como las fuerzas subterráneas que buscan una salida hacia el sol. Se adivinaba un poder temible en sus gestos lentos y en el ardoroso jadear de su pecho. Habló como desangrándose:

—Anoche no *púe* dormir, Carlota… Te sentía quejarte…, y era…

Se detuvo, impotente para expresar sus emociones. Buscaba las palabras por adentro de su pecho, hiriéndose el corazón con las uñas. Palpitaba su ser en un ansia de entregar aquello que lo había empujado hacia los caminos por la mañana en un deseo de fatigarse y extenuarse. Era… No sabía, no sabía. La cumbre tampoco sabe lo que sucede cuando por dentro vienen las lavas buscando camino, ardientes y destructoras.

—Mira, Carlota… Yo no sé… *Toy* sufriendo…

Ella callaba, atónita, como quien presencia un incendio devastador. Lo tenía allí a un paso, tan potente y tan débil; tan hombre y tan niño, que sintió angustia, temor, deseo de ponerle una mano en el hombro. Pero nada podía. Aquélla era una fuerza que gravitaba sobre su espíritu y sobre su carne, dominándola. Le

parecía estar ante el umbral de una selva virgen, poblada de espantos, y que, no obstante, atraía como un abismo.

—Mira, Carlota, yo vivo solo *all'arriba*…, solo…, y necesito…

Hasta entonces, nunca había necesitado nada. Pero de pronto… ¿Qué era aquello? ¿Qué ignoradas regiones de su ser hacían presente de pronto su mandato, reclamando imperativos derechos? Estaba ante la hembra, sostenido por algo duro y retorcido que le nacía carne adentro. Estaba. Y era como si sólo ella existiese sobre la tierra.

—Carlota…, necesito alguien… Vos no *sabís*…

Ella sabía. Alguien que lo cuidara, que tuviera un brasero encendido a su regreso de las alturas, que cosiera su ropa como ella estaba cosiendo aquellas de Basilio. Sí, lo sabía temerosamente, desesperadamente. Pero callaba como cuando se siente a la muerte. Callaba porque no habría podido decir nada, porque todas sus fuerzas vacilaban ante esta otra potencia desconocida que se enfrentaba de repente a ella.

—¡No *pueo*…, no *pueo*!…

Se presentía venir el sollozo de impotencia y desesperación. Estaba en las entrañas del macho, en su pecho, en su garganta misma.

—¡Te quiero!

Ambos quedaron aterrados, mirándose, temerosos de qué el mundo empezara a derrumbarse, aguardando una voz apocalíptica que viniera a condenarlos.

—¡Te quiero!

Y se inclinó hacia ella, y la besó, estrujándola. Un aletazo de fuego pareció inundarla a través, de aquellos labios y de aquellos brazos que la hacían sentirse débil e indefensa. Y arañó el cuello del hombre, hasta hacerle sangrar. Pero él no la soltaba. Seguía allí sobre su boca, sorbiéndole la más honda respiración, remecido por extrañas y obscuras decisiones de su animalidad.

—¡*Desgraciao*!…

Era una voz herida, terrible, amenazante. Se volvieron los dos hacia la puerta; allí estaba Juan Santos, con un paquete entre las manos: los remedios que había ido a buscar al pueblo. En sus facciones se cruzaban la impotencia, la rabia y la desolación. El color de su faz era terroso y sus quijadas se veían salientes por la

presión de los dientes apretados.

—¡*Desgraciao*!… —Y se lanzó contra su hermano que aún no salía de su estupor. De un manotazo derribó la silla donde estaba Carlota, y ésta quedó en un rincón ovillada y anhelante.

—¡*Tenís* que pagármelas! ¡Maricón! ¡*Tenís* que pagármelas!

Dos golpes, dos relámpagos, azotaron la cara de Clemente, quien se remeció hasta las fibras del talón. Y luego un tercer impacto en la boca, que lo lanzó contra la mesa. La camisa del leñador se manchó de sangre. Y gritaron en él las furias primitivas. Cogió al hermano que se le venía encima y lo tumbó, doblándolo contra la misma mesa que había detenido su caída. Sus manos buscaron, implacables, la garganta de Juan Santos, y comenzó a oprimir la carne tibia, los músculos que se movían debajo. Estaba ciego; sólo aquella garganta existía para él sobre la tierra. Apretándola, estrangularía la raíz de su desesperación. Y apretaba.

Las voces implorantes, llorosas, terribles, de su madre y de Carlota lo trajeron a la realidad. Soltó y una masa blanda comenzó a deslizarse por la orilla de la mesa. Pudo entrever el rostro del hermano en la caída. Después, mientras buscaba la luz de afuera, confusas palabras a su espalda:

—… como perros, por Dios…

—… agua… yo voy…

—… resuella…, resuella…

Avanzó como un ebrio por el camino. El viento le revolvía los cabellos. Detrás de las nubes tronaba sordamente.

Iba a llover.

* * *

Juan Santos no quiso oír explicaciones.

—¡Puta!

La muchacha tenía la culpa. Ella, ella había provocado al hermano. El otro, hombre al fin, hubo de acceder a las incitaciones. Estaban allí besándose. ¿O él era tonto?

—¡Cállese, *iñora*!

Se puso violento hasta con su propia madre. No quería escuchar a nadie. Disgustó con el padre y se marchó de casa para buscar trabajo en otro fundo. Permaneció insensible ante su madre, que lo

sujetaba por los brazos en un afán desesperado, de amarrarlo con sus lágrimas y sus ruegos. Ensilló su yegua y partió hacia el norte. Los cascos del animal machacaban el corazón de Anastasia.

Pero le quedaba otro golpe por soportar.

Al volver a la pieza, turbios los ojos, Carlota terminaba de liar un paquete. Lo comprendió de golpe: eran sus ropas.

—¿Qué *vay'hacer*, criatura?

La muchacha, secos ya los cauces del llanto, respondió:

—¿Qué otra cosa me *quea qui'hacer*? Irme. Yo traje la desgracia. *too*
Li'agraezco
y ojalá que Dios le pague, mamita.
Deli'un
abrazo a mi taita. Yo me voy
pa'l
pueblo a trabajar. Entiendo la cocina. No tenga *mieo* por mi… Juan Santos *golver*
v'a
el día menos *pensao*…

Anastasia estaba ya demasiado abatida para insistir. Sí, que la dejaran sola. Sería la voluntad de Dios. Se moriría allí, junto a su viejo, sin esperar nada de nadie. Ella sabía que los hijos tendrían que írsele un día, pero no en aquella forma, no en aquella forma. ¿Qué pecado habría cometido? Tal vez alguno muy grave, sin querer…

No salió a dejarla a la puerta. Estaba agotada y destruida. Era la voluntad de Dios.

Carlota siguió hacia el sur, como ocultándose de las miradas. Era ya todo como un sueño. Había llorado hasta perder la conciencia y ya nada le importaba. Sin embargo, una fuerza desconocida la hizo erguirse en medio del camino cuando los últimos ranchos hubieron desaparecido de su vista. No estaba sola. Sentía una presencia poderosa dominándola, y una voz que gritaba enronquecida, allá en sus entrañas. Nada se precisaba en su mente fuera de esa sensación. Una voz, solamente una voz, como de obscuras aguas subterráneas.

Abandonó de pronto la carretera. Cruzó vastos potreros, deslizándose por entre los alambres que la cogían del vestido.

Continuó hacia adelante por un rato, y no estaba cansada.

La voz, siempre la voz.

Hallóse de repente al pie mismo del monte que se llamaba El Canelo. Allí arriba humeaba la choza de Clemente, el leñador.

Empezó a subir con los ojos clavados en lo alto.

Epopeya de Juan el Crespo

Conocí tu justicia y tu ley, Juan el Crespo, y es necesario que mis palabras se llenen ahora con ellas, para que sepan los humanos la verdad de tu leyenda y la leyenda de tu verdad. Me contaste tu vida frente a los campos de Larmahue adentro, bajo los viejos comedores de tu casa enjoyada por la presencia de una mujer como una espiga, al amparo de unos torvos montes que guardan, sin embargo, guillaves dulces y panales entre sus piedras grises.

Y te juro que ahora, al escribir, medito en que los hombres —los jueces, los notarios, los generales y los que ni un galón ostentan en su manga— deberían tener tu corazón y respetar su mandato como tú supiste respetar el tuyo.

Eran los años de tu mocedad…

I

Pascual, el viejo mediero de Larmahue Chico, se levantó de golpe, estremecido, cuando miró venir custodiado por dos policías rurales a su hijo Juan. Lo traían, como una afrenta para sus canas, entre la expectación curiosa de las mujeres que salían de sus ranchos, a tropezones, para mirar. Venía, erguido, el mozo, entre los dos guardadores de la ley de los hombres, con el sombrero sobre la nuca para que le mirasen bien la cara y el encrespado pelo jugando sobre su frente. Sendas correas les sujetaban las manos a las sillas de las cabalgaduras. Y el grupo proseguía silencioso, acumulando admiraciones en su trayecto y desatando conjeturas.

El viejo estaba a un lado del camino, temblorosas las manos bajo su manta, cuando los dos policías lo enfrentaron. Uno de ellos, el que llevaba jinetas de cabo 1.º, lo abordó con palabra familiar.

—Su *cabro'sta fregao, ño* Pascual.

—¿*Qué's* lo *qu'hizo*?

—Agarró a palazos a *on* Gutiérrez, el capataz de Los Laureles.

Después de aquella información, el anciano se dirigió a su vástago.

—*Güena* cosa, hombre por Dios. ¿Y por qué *lu'hiciste*?

—Con *seguriá* que no ha *sío* por entretenerme.

Y escupió sobre el polvo, como quien no desea seguir ahondando en el tema.

—Los regadores *nu'hallan* motivo, los *qu'estaban* cortando porotos con él tampoco. *Icen* que *on* Gutiérrez le advirtió no sé qué cosa con *güeñas* palabras, y este Crespo maldito se *golvió* un quirquincho, es que. Le plantó dos palazos en la cabeza y *lu'abajó* no más del caballo. *Icen malazo qu'el hombre'sta*.

—*Güena* cosa, *güena cosa'e fataliá*… —se lamentaba *ño* Pascual con tono lastimero. Y luego, mirando hacia su casa—: Llévenlo antes de que lo vea mi mujer.

Pero ya había visto la Clota. Acudió desolada, limpiándose las manos en el delantal, con el terror y la ternura en las pupilas.

—¡*M'hijito*… Juancho! ¿Por qué te llevan, *m'hijito*?

Y él, reconcentrado, fiero, sin responder, echaba sus ojos hacia la lejanía. La madre lo abrazaba, le llenaba las manos de lágrimas, quería morder las correas que lo sujetaban.

—*Nu'es pa* tanto, señora… —trataban de consolarla los policías.

Pero ella no quería oír ni ver. Sólo sabía que era su propio corazón el afrentado y escarnecido. Allí, entre dos uniformes y dos caballos, colgando como un guiñapo para que todos pudieran reírse de su desdicha… Ella lo había tenido en sus brazos… Ella le había dado sus pechos… Pedazo de carne, aroma de su sangre… ¿Qué habría hecho su Juancho para merecer aquello?

—¿Por qué?…, ¿Por qué?

Se ahogaba.

—Suéltenlo… Digan que *si'arrancó*… A la cárcel no… no… no…

Y se agarraba a las correas para sujetar los dos caballos.

Pero se lo llevaron implacablemente. ¿Cómo conmover a aquellas estatuas de piedra? ¿Cómo aplacar la furia de esas divinidades sordas que no entendían su lenguaje de madre…? Su Juancho no podía haber hecho nada… Violento, sí, pero sin maldad; luego recapacitaba y se arrepentía. ¿No iba a conocerlo ella que lo vio nacer y lo tuvo en su vientre?

Pero se lo llevaban.

No. No. No. Que la amarraran a ella, mejor. Que la azotaran a ella. A Juancho no.

Y en un instante recordaba toda su vida de pequeño, sus juegos, sus proezas, su agilidad para escalar árboles y cercados…

Pero se lo llevaban.

Lo miró con las manos caídas, sollozando. Las lágrimas querían robarle su silueta, y ella las apartaba como a enemigas. Pero no podía cortar aquel llanto. Allá lejos… Disminuían las siluetas, la tierra las borraba, se las tragó un recodo. Entonces cayó sollozando en brazos de Pascual, que había resistido el golpe con heroica fiereza.

II

Un año y medio más tarde, retornó Juan a su casa. En los archivos judiciales, allá lejos, entre unos grandes legajos, quedó su nombre estampado de la siguiente manera: Juan Ahumada (a) El Crespo. Y el Crespo le dijeron desde entonces conocidos y extraños. La cárcel no lo cambió de aspecto, pero le acentuó con mayor precisión el aire de huraña altivez que ya tenía al irse. El primer día fue una fiesta en el hogar.

—Coma, *m'hijito*. Este pastel *pa usté lu'hice*, porque me acordé que le gustaba tanto… Coma…

Y él se sentía molesto y avergonzado de tantas atenciones. «*M'hijito*…».

Le parece ridículo. A él, que conoció la miseria de la cárcel, que es la más mugrienta de las miserias, que se manchó la boca con los más atroces insultos, que presenció repugnantes escenas y que hubo de mentir para que no le creyeran un santo…

«*M'hijito*…».

Evadió los relatos. Se fue a buscar la soledad entre los riscos del monte cercano. Allí permaneció, mirando el cielo libre, con una ramilla de pasto entre los dientes. Pasto. Era como una cosa nueva, largamente añorada por sus ojos habituados a su verde intenso. Allá una ventanilla con barrotes, hombres mugrientos, soeces, guiñapos casi, a su lado. Pero la hierba no crece sobre los pisos de cemento. La hierba no arraiga en la superficie sin alma de los hierros. Un año y medio. Ahora, transcurrido el plazo, no le parecía tan horrible. Pero mientras lo estaba viviendo…

Echó a vagar hasta la cumbre. Desde allí dominó los potreros. Allá, Los Laureles, agazapado tras las hileras de álamos sonantes. «¡Viejo *baulaque*!». Y se volvió de espalda a los recuerdos por no empezar a maldecir. Pero el paisaje lo llamaba desde atrás y hubo de oír su grito verde. Lorenza. Abajo, entre follajes, pequeñita, su casa, humeando en la siesta. Tuvo que dar acceso a las cosas pasadas…

Gabriel Gutiérrez lo aborrecía por culpa de Lorenza. Pero ella, por encima de las reconvenciones y azotainas del padre, lo amaba. ¿Qué hay de afrentoso en que dos seres se amen? No era Lorenza de pasta diferente a las demás hembras campesinas. Gutiérrez, ¿no empezó como simple segador en el fundo? ¿O le habrían entrado de pronto ínfulas de caballero? «No hay *pior* cuña que *mesmo la'el* palo». Los labriegos que declararon en su contra, bien sabían que el capataz lo insultó como a un perro y hasta esgrimió el rebenque aquella tarde, para partirle la cabeza. Pero ¿quién declaraba contra Gabriel Gutiérrez, el taita Gutiérrez? ¿Quién se arriesgaba a perder sus cosechas a punto de madurar y a verse lanzado de su cuarto de tierra en aquella época…? Hizo bien en callar. Todos estaban en contra suya.

—Sí, señor juez, yo le pegué.

—¿Por qué motivo?

—Por canalla.

Y no hizo nada por parar el chaparrón de falsedades que se le vino encima. Habría sido igual. Los testigos juraron antes de prestar declaración…

—¡Viejo infame!

Lo odiaba. No podía contener la oleada de rabia que le subía por la sangre, quemándosela. En la prisión, aquel sentimiento se había alimentado de injusticia y de soledad. Ahora comenzaba a sentirlo en toda su tremenda presión. Y, sin embargo, los potreros seguían tan inocentes en torno; los campos tan claros en los ojos de los bueyes. Bien que allá lejos los hombres se encanallecieran, porque no conocían la risa pura del cielo y el olear de los trigales. Pero aquí…

—¡Viejo infame!

Le había dado a morder la amarga raíz del odio, que ya no suelta nunca su sabor de la lengua una vez que ha caído en ella. Antes era tranquila su vida; lo veía recién, ahora que tal vez no podría reintegrarse a su ritmo. Él traía las manos encenegadas, viscosas, el cuerpo prostituido de mugre que no es mugre de tierra, porque ésta no mancha, sino de sebo humano y de sudor estéril, que no es el bendito sudor de una faena en bien de los demás.

—¡Viejo infame!

Y sentía deseos de llorar, porque le habían robado algo grande y puro; algo que lo ligaba a la madre tierra y lo hacía un brote más entre los muchos que esta desparrama por sobre su vasta faz. Ahora… Se miraba las ropas que nunca recibieron un sol limpio, por espacio de dieciocho meses. Y sabía que aquellas ropas estaban contaminadas como su cuerpo.

Bajó para encaminarse hasta un faldeo tupido de ramajes y piedras, en donde se arremansaba una vertiente. Lentamente fue cayendo su vestimenta. La miró como debe mirar el espíritu liberto al cuerpo que se pudre en su ataúd. Y se hundió entre las ondas frescas y cristalinas que traspasaron su piel para lavarle la sangre.

Hubiera querido no salir jamás de aquellas aguas, prolongar para siempre aquel beso de los montes que lo aguardaban y lo reconocían como suyo.

El agua de Dios se marchaba cantando después de haberlo limpiado.

III

Al principio, no comprendió el porqué del rechazo sistemático. En un fundo y otro, y en todos la misma respuesta:

—No necesitamos gente.

Al fin vino a caer en la cuenta. Era Juan el Crespo. Había tocado a uno de los intocables. Los patrones no le querían en sus tierras por temor tal vez a que les enseñara a sus labriegos la rebeldía y la altivez. Estaban bien las cosas en los campos y no era cuestión de cambiarlas por culpa de algún atrevido que no respetaba las categorías.

Se hizo más torva su actitud y ya no salió del pequeño predio que constituía el hogar. Plantó la huerta, la regó con cuidado, la tuvo como un jardín querido. Pero no era igual. Aquellas mismas labores podía realizarlas su padre con todo lo viejo que era, o su madre que nunca precisó manos extrañas para que los frutos vinieran a colmar el cuarto destinado a ellos. Era un trabajo demasiado fácil para su cuerpo, que pedía ser probado, deseoso de demostrar su pujanza y su vigor arremansados sobre una tierra maldita durante dieciocho meses.

Una tarde llegó hasta la cantina próxima. Un trago, porque no le apetecía más, para volverse luego a comer.

—¿*Qui'hubo*, Crespo, *hom*? ¿Te *habiay perdío*? Primera vez que *llegay*
pu'aquí
después de tu *güelta*.

—Cómo le va, *on* Cesario. *Taba ocupao*.

Y se ubicó en un rincón apartado, frente a su vaso, sin ánimo de charlar. Mas don Cesario no estaba de igual humor que su huésped. Era un hombre grasoso, de brillante cara rasurada y pelo cortísimo. No podía acercarse mucho al mesón porque su vientre se lo impedía. Sus manos tenían algo de masa blancuzca, sin señales de hueso debajo; eran enormes y de color repulsivo.

—¿Y qué *pensay* hacer?

—Por ahora trabajar en la casa.

—¿Y después?

—Quién sabe. Lo que venga.

—Mmmmm…

Había reticencia en aquel zumbido. Entonces, Juan quiso encararse con su significado:

—¿Por qué?

—*Güeno*… cosas… ¿No…? *On* Gutiérrez ha dicho muchas veces que si
ti'halla
a mano… *güeno*… usa *regolve*, vos *sabís*.

—*Pa* espantar a los *urismaos*… Lo
qu'es
a mi…

—*Cuidao*, Crespo, *hom*…
Lu'ha
dicho tantas veces… que… *güeno,*
l'amor
propio… El gallo es soberbio.

—Con los que tiritan.

—La chiquilla se casó, ¿supiste?

—Sí supe. La casó.

—Tiene una cría ya.

—Supe también.

—Vos no *vay'encontrar* trabajo tan fácil… La cosa se supo. Los patrones, vos *sabís*
nu'aguantan
y se pasan la voz unos a otros… *Tay fregao*…

—Mientras tenga dos manos, no. *Pueo* largarme *pa* otra parte.

Pero no se fue. No se iría nunca de aquellos contornos.

Estaba terminando su vaso cuando vio entrar a Gabriel Gutiérrez. Para que no creyeran que tenía miedo pidió más vino al cantinero. El capataz fue a sentarse en una mesa baja, alejado, a su izquierda.

Obsequioso, acudió don Cesario:

—¿Qué se *v'a* servir?

—Vino. Cae muy bien después *di'haber trabajao* el día entero.

El cantinero se alejó con rapidez.

Después del primero trago, don Gutiérrez se puso locuaz. Reía sin motivo, esforzándose, y no dejaba irse al cantinero:

—Aquí conmigo, Cesario. Tómese un trago. Los presos nomás no

toman, pero nosotros, gracias a Dios, tamos libres. *Salú*.

—*Salú* —repetía el cantinero, intranquilo.

—Y vos, ¿cuándo te *vay* a casar, Cesario? *Tay maurito*, y plata *debís* de tener. Vos bien *sabís* el dicho. *Caa güey* con su pareja… ja…, ja…, ja…

—…

—Me condenara. *Toy* medio *molío*. Me tocó en la tarde jinetear un caballo chúcaro.

Bellacu'el

puta. Caminaba de *lao*, y yo, meta espuela y penca. Soberbio era, para que *icir na*.

Peru'a

mi me gustan

d'esa

laya… *Mecón* el medio gustazo cuando les veo la *jeta* colgando y el hocico

chorriendo'e

sangre. *motúo*

Y'era

el

hijo'e

su *maire, motúo* y malero…

Y reía.

Entonces Juan el Crespo se decidió a terciar:

—Oiga. Si son *pa* mí las flores, *hórrese* trabajo. Yo peleo

com'hombre.

Nu'ando

buscando fierro ni armas. A mano limpia y vamos a ver quién *quea* con la *jeta* colgando.

—¡*Vay'hom*! Resucitaste. Yo creía

qu'en

la cárcel *enfriao*

ti'habían

a guascazos la *callana*. —Y sacó su revólver—. *Agora* no me *vay* a pillar *descuidao*, Juan el Crespo. Y te

voy'echar

l'alma
al infierno. ¿Qué te *habiay pensao* vos, porquería? ¿Qué yo
m'iba
chupar los palazos? Me
la'stabay
debiendo y *agora vay* a pagar por junto. Aquí el Cesario sabe que vos me provocaste.

Estrelló el vaso y la botella contra el suelo.

—… que te *venís't'encima'e* mí. Que pescaste la tranca *pa* pegarme. A ver, trae la tranca, Cesario.

El gordo obedeció, temblando. Mas ¿fue torpeza suya? ¿Fue deliberado deseo de ayudar al ofendido? La tranca, al ser alzada, echó al suelo la lámpara de carburo y todo quedó en sombras. Sintióse un salto en la oscuridad y luego un jadear de lucha. La caída de un cuerpo y de una silla. El rodar de una mesa. Y luego, un fogonazo y un estampido.

IV

Eran suyos los caminos y las encrucijadas del monte, apenas caída la noche. Sabían los viajeros medrosos que alguien los vigilaba desde lo alto, desde las zarzamoras de la orilla, desde los sauces, que emponchaban la noche. Allí estaba su sombra, inmóvil, segura de tenerlos en sus manos. De pronto, cinco caballos brotados desde el vientre de la noche. Uno de los jinetes se acercaba; los otros cuatro se quedaban atrás, inmóviles bajo sus ponchos espesos, embozada la cara y muy hundido el sombrero.

—¿Quiere darme un *foforito*?

La voz era segura y perentoria.

El viajero accedía, temblando. Brillaba una luz y aparecían las serenas facciones de Juan el Crespo.

—La plata.

—No tengo, *iñor*.

—Ja, ja, ja. No voy a conocerte yo. Vos *soi* el viejo Lucho y *llevay* la guayaca en la faja. *Ajuera* con ella… Así me gusta… Ándate *agora* y que Dios
ti'acompañe.

Se reunía con sus compañeros y la noche protegía en su regazo a los cinco bandidos.

Pero estos atracos, todos, tenían un aire de jovialidad que desconcertaba a los asaltados. Ni una violencia, ni un azote. Ni gestos teatrales ni amenazas. Ninguno le vio un arma. Pero la presencia inmóvil de los cuatro compañeros, detrás, era un aviso demasiado temible para desoírlo.

Todo coche o jinete que transitara era detenido donde menos se lo pensaba. Y siempre el mismo «*foforito*» y la orden ya conocida. Después, el tranco de cinco caballos.

Se esfumaban por largos periodos y todos creían que el peligro había desaparecido. Afloraba de pronto, y cundía la ola de pavor.

V

—No se vaya, *compaire*; lo *v'a* pillar la noche en el camino, y *agora* con ese Crespo suelto…

—Tengo *qu'estar* mañana
di'alba
en la casa. Muchas gracias por *too* y hasta otra vista.

Partió con tranco fácil el caballo de don Gilberto Lagos y atrás quedó la casa de sus compadres. Pronto la población, a sus espaldas, no fue sino un hacinamiento de árboles frutales entre los que sobresalían tejados pobres.

—Adiós, patrón.

—Adiós, Cume; adiós, Rafael.

Se abatían chupallas a su paso. Brillaban claras las pupilas al llenarse con su silueta de viejo venerable.

Don Gilberto Lagos tenía una larga fama en siete pueblos del contorno. Mercader de vacunos y caballares, hacía cada semana un recorrido por haciendas y fundos y pagaba su compra en platita sonante. Los miércoles, en compañía de uno o dos de sus peones, arreaba su piño hasta la feria de la capital de la provincia y hacía su negocio. A veces, algún modesto campesino que quiso vender una vaquilla o un caballo de montar, le hizo entrega de él a precio que juzgó razonable. Pero, cuatro o cinco días más tarde, se veía desmontar al viejo frente a la casa del labriego.

—Oye, Alarcón, vendí tu vaquillona.

—¿Tal vez perdió plata? —inquiría desconfiado el hombre.

Y él riéndose por entre sus barbas blanquísimas y echando manos atrás para sacar su billetera, por debajo de la manta de felpa:

—¡Las ocurrencias tuyas! Toma cincuenta pesos más. Saqué *güena* ganancia.

Se iba después sin escuchar palabras de gratitud, como quien ha hecho lo que debía y nada más.

Ahora caminaba tranquilo, y el atardecer de marzo acompasábase a su estado de alma. Tranquilidad serena dentro de su corazón y en torno de su cuerpo aún recio. Bandadas de chiriguas enjoyaban el aire con su aleteo de oro, en un retorno lírico hacia los árboles que debían cobijarlas por la noche. Subía el humo lento de los rastrojos quemados, en la distancia, y las montañas eran verdes, azules, violetas, moradas, según su lejanía.

Don Gilberto, según el decir de la gente, parecía «haberse *tragao* un chuzo». Bordearía ya los setenta, pero se mantenía erguido sobre la montura con esa seguridad de quien tuvo el caballo por vehículo desde su primera niñez. Sus manos eran finas y largas; y todo, desde sus pupilas azules hasta su boca paternal, anunciaba la paz interior. Claro varón de los campos, patrón y labriego al mismo tiempo.

Cuando pasó Los Tres Puentes, ya era de noche. Pero no apresuró su caballo, aun cuando le quedaban por lo menos siete leguas de viaje hasta Larmahue Chico. Conocía el camino como los corredores de su casa. Sabía cada división de los potreros. Éste era el trebolar de la Sucesión Marambio; aquellos, los campos de trigo, y hasta los cerros se alargaban las tierras de la misma propiedad. Desde el cordón para el otro lado, seguía un nuevo fundo, el de don Carlos Vega. Y continuaban otros nombres que él bien él conocía. Esta tierra sirve para porotal y la tienen para pastos. La de más allá está bien; se da maíz como una bendición… Las deducciones se formulaban en su mente como palabras brotadas de la naturaleza misma, que tenía para él un familiar lenguaje.

Llegó al lomaje de Cerro Amarillo, y empezó su descenso suavemente. Serían, a poco más, las diez y media. Y, de pronto, el camino se llenó de figuras embozadas. Eran cinco caballos con sus jinetes y se detuvieron ocupando toda la carretera.

—*Güenas* noches.

—*Güenas* noches.

—¿Parece que *juera on* Gilberto?

—El *mesmo*.

Detuvo su cabalgadura frente a la del hombre que se había destacado del grupo.

Don Gilberto llevaba como mil pesos y comenzó a despedirse de ellos. Buen ojo el de Juan el Crespo. Tal vez le avisaría alguno de sus compinches de su viaje a casa de Samuel, su compadre, para pedirle aquella cantidad. Emergencias de la vida. Por debajo de su manta echó mano hacia atrás para tener listo el dinero. En el trayecto, sus dedos tropezaron con la cacha del revólver que iba embutido en la montura. Lo palpó como a un amigo; empezó a levantarlo suavemente, mas desistió enseguida de tal empresa. Era una locura. Podría matar al Crespo, pero cuatro balazos de choco harían impacto en su cuerpo. Mejor era entregar la plata.

—Toma, Crespo, *pa qui'horremos* palabras.

Le alargaba en la sombra su billetera henchida.

—¿*Qué's* esto?

—La plata.

—Guárdese su plata, *on* Guillermo, y no
m'insulte.
¡Robarle yo a *usté*…! Me
li'habrían
de secar las manos… ¡*Puchas*…! ¿*Usté* también cree que
lu'hago
por avaricia…? No. A los que tienen de más, a los que chupan sangre, a los *saltiaores* que tienen permiso *pa* robar…

La voz de Juan el Crespo era sincera y amarga.

—A *usté* le puedo *icir*… Yo no maté a Gabriel Gutiérrez, él mesmo
s'hizo
justicia… *Preúntele* a mi nombre a Cesario lo que pasó. La primera pelea *jue* por cosas que no le quiero contar… Me tiró un rebencazo con
l'argolla…
Yo tenía la
pal'en
las manos y pegué… Hacían meses que me venía fregando…

—Disculpa, Juan.

Y le tendió la mano franca.

—Yo le quiero *peir* un favor, *on* Gilberto.

—Vos *dirís*, Crespo.

—*Tom'estos* cincuenta pesos…

Hágam'el

servicio… Mande *icir* dos misas por

l'alma'e

mi *maire*… Y

vay'usté

y rece… Que sean bonitas, *on* Gilberto. A *usté*

l'escucha

Dios.

VI

—*Toa* la *vía* tenís *qu'andar* haciendo *leseras* vos. ¡Bájate *d'ey*!

Consciente de su responsabilidad y de los derechos que le otorgaban sus dos años de ventaja sobre la hermana, Vicho vigilaba con sus ojos sagaces a la chiquilla inquieta y retozona. Habíalos mandado la madre al cerro para que le trajeran frutos de peumo henchidos por la primera lluvia. El muchacho —dieciséis años— tomó en serio la empresa desde que pasaron los caminos y potreros que separaban la casa del monte. Pero Tina, la hermana, comenzó desde la partida a disfrutar de aquel recreo que la eximía de los quehaceres domésticos.

—¡Porquería nomás! *Habís venío* de puro estorbo. Le voy a *icir* a mi mamá cuando lleguemos.

Ella se arremansaba por unos momentos; pero había tantas flores bonitas desparramadas por allí, que era imposible desoír su mensaje multicolor.

—¡Mira, Vicho!

—¿Qué?

—¡Tan *pintaíta*!

—¡Si es *yerba'e* la culebra, *lesa ho*!

Caminaban un trecho, él cabizbajo, con preocupaciones

anticipadas de hombre maduro, y ella inquieta, movediza, con alas de viento en los pies desnudos. Descubría una nueva maravilla.

—¡Oooye, Viiicho!

—¿Qué te pasa?

—¡Qué cooosa más liiinda…!

Entre sus manos figuraba una piedra engastada de pequeñas estrellas.

—*Pieira'e mina, jetona. Ey* a la *güelta'stá* la *tendalá*.

Así llegaron a los primeros árboles que crecían en una quebrada.

—Vos *vay* a tener el saco abierto aquí abajo. Yo te voy tirando el peumo *di'arriba*.

—¡*Ya'sta*!

Cuando ya Vicho estuvo entre las hojas lustrosas, quiso ubicar a su hermana para dejar caer al saco los primeros puñados de fruto. No se veía abajo su vestido pintado.

—¿*Aónde* te *juiste* a meter?

—*Toy* aquí.

Y emergió de entre unas matas de boldo, con la boca llena de granitos rojos.

—A vos, ¿te mandaron a comer o a qué…? *Vay* a ver no más…

El saco empezó a henchirse de verdes y elásticas pelotitas. Pero Vicho quería más y siguieron internándose monte arriba. Quedó atrás la quebrada. Pasaron una nueva loma y otra y otra. Las ojotas del muchacho resbalaban entre la rubia pelambre de las hierbas. Seguía caminando en demanda de una vertiente donde los peumos crecían más apretados. El viento levantaba los vestidos de Tina, lamiéndole los muslos y las sucias piernas. En media hora el saco estuvo a medio llenar.

—*Ta güeno* ya; *golvamos*.

La chiquilla se había encaramado a una roca y desde allí miraba el trayecto espumoso de la vertiente saltarina que hacía joyas de cristal entre las piedras o creaba bisbiseantes ajorcas. Un giro autoritario de su hermano vino a destruir la fascinación. Iba ya lejos el muchacho y ella quiso ganar terreno. De la roca se podía bajar

por una rama del maitén y pretendió seguir ese camino. Debajo rumoreaba el arroyo… La hondonada repitió el grito taladrante, el crujir de la rama y el chapoteo de un cuerpo. El chiquillo tiró el saco y desanduvo su camino, jadeante. La encontró manoteando entre las aguas y las piedras.

—*Chiquilla'e moleera* por la *vía* —rezongaba mientras bajaba por una pendiente para alcanzarla.

Tina gemía desesperadamente.

Llegó él y la arrastró a la orilla, como a un saco.

—¿*Vis* lo que te pasa por *lesa*? *Agora* te van a sacar la *mure* por llegar con la ropa *mojá*. Párate.

—No *pueo*, no *pueo*.

Ella seguía llorando con un pie entre sus manos.

Se inclinó Vicho para ver. El hueso del tobillo estaba fuera de su sitio.

—*Agora* sí que *t'embromaste*. Es *zafaúra*.

Pretendió remolcarla hacia arriba, pero pesaba demasiado. Además, el contacto del pie con la tierra le hacía dar aullidos.

Entonces Vicho se subió hasta la roca y llamó hacia todos lados.

—Aaaa… Oooo…

No aparecía nadie en torno. Nadie sino la noche que iba llenando las encrucijadas.

Empezó a sentir miedo. Para llegar al pueblo corriendo demoraría media hora. A las primeras casas. De allí podrían acudir en socorro de su hermana. Llamó por última vez, ya sin esperanzas, y decidió recurrir al único medio posible.

—*Voy'avisar pa* que te vengan a *uscarte*.

—No me *dejís* sola. Vicho… No me *dejís* sola, por la Virgen santa… Tengo *mieo*… Espérame.

Y pretendió pararse. Cayó sobre las rodillas, hiriéndoselas en los pedruscos puntiagudos.

—¡Vichoooo…! ¡Vichoooo…! ¡Vichoooo…!

Pero su hermano ya corría en demanda del pueblo.

—¡Vichoooo…!

Nadie. El arroyo cantarino. La noche llena de amenazas. El pavor…

—¡Vichoooo…! ¡Vichoooo…! ¡Hermanito…!

Y lloraba como si estuviera sola en el mundo, como si hubiera

de morir sin ver nunca más la cara de sus padres. Ella bien lo sabía. Por las montañas andaba el Diablo de noche. Maloliente chivato, perseguía a las almas para llevarlas al infierno. Lo delataban las lechuzas que hacían enmudecer a los sapos con su ¡*chit*! Imperioso.

—No quiero. ¡No *quiero'star* sola! ¡Mamita…! ¡Taitita…! ¡No, no, no…!

Gritaba para acompañarse, para escapar al culebrón encantado que salía de una cueva cercana. Echando fuego por los ojos. El culebrón peludo que vieron varios leñadores por esas mismas cercanías. Se escuchaba su paso… Sí… Venía allá en lo alto, rompiendo ramas y tropezando con las piedras. El culebrón. Pero no era un reptil, era un caballo: el caballo del Diablo… Santa Virgen María… Ya llegaba muy cerca; retemblaban sus cascos en el monte… Apareció su sombra allá arriba… No quería mirar. Allí estaba el Diablo, acechándola…

—¿Quién *ta* llorando *ey*?

El Diablo hablaba. La chiquilla se tendió boca abajo para no verlo y pretendió acallar sus sollozos, pero ellos reventaban en su boca y le remecían todo el cuerpo. Rezaba entrecortadamente: «Creo… en Dios *paire*… todopoderoso».

El Diablo descendía del caballo. Bajaba a llevársela.

—No. ¡No, por Dios! No *si'acerque*, señor, ¡soy *güena*…!

Pretendía sobornar al Príncipe del Mal con sus palabras. Pero el enemigo se acercaba. Ya estaba a un paso de ella. Sintió girar el mundo, le pareció caer a un abismo lleno de resplandores y tinieblas, y ya no supo más.

Juan el Crespo se inclinó sobre la chiquilla:

—¡Pobre criatura!

Miró la rama desgajada y comprendió. Entonces cogió en brazos el frágil y mojado bulto y emprendió la ascensión. Arriba lo aguardaba su caballo, paciendo mansamente. Sin desprenderse de su carga, ganó la silla diestramente y enfiló hacia las casas de Larmahue. Veinte minutos más tarde, penetraba en el pueblo. Sin desmontarse, golpeó en la primera puerta. La luz de adentro reveló la encorvada figura de un viejo.

—*Güenas* noches.

—*Güenas* noches.

Puso el bulto hacia la claridad.

—Dígame, ¿será de *pu'aquí* cerca esta chiquilla?

Y al ver el rostro de asombro que ponía el otro.

—*Ey* en el cerro *l'encontré botá*.

El campesino le miraba como hipnotizado. De la punta de su lengua iba a caer un nombre encerrado entre admirativos: —¡Juan el Crespo!— pero se detuvo. Reaccionó, y dijo con voz insegura:

—La Tina *di'onde ño* Nicanor.

Acudieron de adentro una mujer y dos mocetones. La luz seguía dando de lleno en la cara del hombre que tenía echado el sombrero hacia atrás y una mota de pelo sobre la frente. Y los seis ojos se abrieron de miedo y estupor.

—(¡Juan el Crespo!)

—¿*Quea* lejos la casa?

—Cincuenta varas más *p'allá*; al frente *di'un* nogal.

—Gracias.

Y siguió con su bulto liviano.

Un grupo de personas venía a su encuentro, hablaban con animación, apresurando el paso. Lo enfrentaron, y una llorosa voz de mujer pronunció un nombre:

—Tina… pobre *m'hijita*… Tina…

Se acordó de su madre, la primera vez que lo detuvieron, aquí en esa misma calle, quince casas más allá.

—¿*Pa'ónde* van ustedes?

Le respondió una voz de hombre joven:

—*P'al* cerro. *Un'hermana* mía se descompuso un pie y *queó* allá. Otro grupo anda buscándola.

La mujer llorosa y los demás hombres habían seguido su camino.

—Párense *toos*. Aquí traigo a la niña.

La única que siguió caminado fue la madre, sorda a todo lo que no fuera su ansiedad. Juan el Crespo galopó hasta ella.

—Aquí tiene *su'hija*, señora.

—¿Qué… qué *ice*?

—*Su'hija. L'hallé* botá en el cerro. Recíbala.

No quería creer. Encendieron un fósforo y le vieron la cara. Respiraba profundamente:

—¡*M'hijita* linda… mi niña… *toa mojá*, por Dios!

La besaba con miedo de que pudieran robársela. El hombre del

fósforo miró al jinete. Allí estaba, sonriendo, con su rizo en la frente y todos lo miraron:

—(¡Juan el Crespo!).

Él picó espuelas y siguió su camino. Giró su busto en la sombra para decir:

—Yo *mesmo* les avisaré a los que
l'andan
buscando, *pa* que se *degüelvan*.

Y empezó a galopar.

No escuchó la plegaria ferviente de la madre:

—¡Dios lo bendiga y *lu'ampare* siempre!

VII

Al cabo, los labriegos ya no tenían miedo de Juan el Crespo. Admiraban su bravía altivez, y más de alguno se hubiera honrado de sentarlo a su mesa. Era un hombre como ellos, malo y bueno. Pero era un hombre. Los policías, sin embargo, no pensaban lo mismo. Se lo figuraban con todos los atributos de una fiera a quien había que cazar. Y salían en grupo hacia el norte, prestas las carabinas y el alma llena de temor y arrojo. Entonces, Juan el Crespo daba su golpe por el sur. Atracos siempre. Nunca sangre, ni armas, ni tiros. A sus espaldas, los cuatro fieles compañeros que le servían de custodia. ¿Quiénes serían éstos? Ninguno lo sabía.

—Gente mala *di'otros* lugares tal vez.

—¡Quién sabe!

Eludían el tema. Y al pasar las patrullas por frente a sus casas, las miraban con odio y echaban maldiciones entre dientes.

—¡Perros…!

Los perros olfateaban. Limpiaban cada día sus carabinas con la esperanza de tener que usarlas esa noche.

Una jineta para el que traiga vivo o muerto a Juan el Crespo. Era la consigna deslumbrante que los guiaba.

Y el Crespo se hacía humo, tal si tuviera pacto con el Diablo. ¡Ah, si ellos pudieran coger a uno solo de la pandilla! Conocían eficaces métodos para volver locuaz hasta a una piedra. Barra y azotes. Además, había en el cuartel una pieza de aspecto inocente que muchos conocían. Allí era encerrado el delincuente cuando los

métodos violentos se habían agotado. Los ojos del prisionero se habituaban pronto a la oscuridad y comenzaba a ver una especie de trapos oscuros que colgaban de las vigas. Se acercaba el incauto. Charqui, charqui de vacuno bien sazonadito. Comía con voracidad y cada nuevo bocado llamaba otro. Al fin sentía sed. Y allí estaba la trampa: el cuarto carecía de agua. Horas más tarde, cuando ya el pobre delincuente comenzaba a delirar, con la garganta seca y la lengua como yesca, sentía afuera rumor de agua. La vaciaban de un balde a otro, regaban con ella el piso, se filtraba como un rocío finísimo por las rejillas altas.

—¡Agua! ¡Agua!

El preso se desesperaba adentro. Y al fin, para que le dieran de aquel líquido, «cantaba», «cantaba» todo lo que los del cuartel quisieran. Y bebía después, bebía como un animal moribundo.

Y una noche…

Desde temprano se habían instalado entre los malezales de Cerro Amarillo diez policías con el cinturón preñado de tiros. Había orden de no levantar cabeza. Los hombres durmieron hasta las últimas horas de la tarde. Entonces vino la expectativa angustiosa. Pasaban coches apresurados, tardas carretas, hombres solitarios. Y al fin llegó la calma. Entonces se aguzaron los oídos de los policías. Y tras una larguísima espera, que ponía hormigas en los pies y desgastaba los nervios, se oyó a la distancia —sería medianoche— un resonar de cascos numerosos.

Como el viento pasó de boca en boca el aviso:

—Vienen… vienen… vienen…

Juan el Crespo venía tranquilo, en medio de sus cuatro compañeros, sin saber que el camino desembocaba en la muerte. Estaba ya a doscientos metros de la emboscada, y su corazón seguía sereno, palpitándole allá en el pecho con ritmo de estrella fiel. Fue su caballo el que captó el aviso. Irguió de pronto las orejas y las echó adelante, como antenas sensibles; un estremecimiento corrió por sus flancos. Ante ese aviso, la conducta del Crespo fue por demás extraña. Azotó los caballos de sus compañeros y él se quedó rezagado, aplastándose contra el cuello de su animal. Ni una palabra de advertencia para ellos. Nada. Los otros siguieron avanzando, y al enfrentar al grupo de tiradores, una detonación diez veces repetida pareció rajar la noche. El caballo espantado de

Juan se volvió solo y el hombre se lanzó hacia las sombras en endemoniada carrera. Otro terrorífico estampido resonó a sus espaldas; estaban rematando a sus compañeros.

—¡Asegúrenlos, ya! —clamó una voz autoritaria. Y los policías volvieron a disparar.

Pero ¡cosa increíble! Los bandidos seguían en su silla, erguidos, sin defenderse ni agredir. Una evolución de los policías había cortado la retirada por ambos lados de los maleantes.

—¡Fuego! —volvió a tronar la voz autoritaria. Y los soldados dispararon a dos metros de sus presas, seguros ya de no errar.

¿Era aquello una pesadilla? Ningún bandido rodaba a tierra, pese a los saltos de los caballos enloquecidos y a los impactos que recibían. Estaban ahí como estatuas de acero, inconmovibles, atemorizantes. ¿Sería verdadera la leyenda del Diablo protector que rodeaba a Juan el Crespo? Todos los policías temblaban, ciertos de habérselas con poderes sobrenaturales. Una bala, una sola, bastaba para tumbar a un hombre. Y aquéllos no caían, con cuatro.

—¡Fuego!

La voz ahora temblaba de ira impotente.

Y resonó la descarga cerrada.

Nada. Nada. Eran de piedra. Eran de humo. No se abatían.

Una linterna horadó la sombra con su balazo de luz. Resbaló sobre una manta agujereada, sobre un sombrero gacho; se detuvo sobre un rostro. Y el rostro no existía. Era de trapo. Las manos no existían. Los cuerpos tampoco.

Los policías habían estado gastando balas en unos maniquíes tejidos de mimbre y recubiertos con una manta.

Eran los cuatro compañeros fantasmas de Juan el Crespo.

VIII

Era un domingo, a mediodía, campesinos con trajes acartonados de casineta o brin —adquiridos por las mujeres a algún falte locuaz — recorrían, perezosos, la calle de Larmahue Chico. Algunos viejos tomaban el sol a la puerta de sus viviendas, en la banca hecha con una sola tabla y dos palos embutidos en la tierra. Los cerros estaban alegres y los caminos claros. Los ramajes caían como un toldo desde los huertos, sombreando las aceras de tierra apisonada. Había salido

ya la misa de once, pero la capilla permanecía abierta en espera de algún posible bautizo. Todo era acogedor, puro, y hasta el canto de los pájaros caía como una cosa nueva en el ambiente.

Entonces se vio asomar por el lado poniente le tranqueadora yegua de don Gilberto Lagos. Llegado el anciano a las primeras casas y después de responder a los saludos, algo dijo a los hombres que allí estaban parados y éstos siguieron en silencio. Al arribar a la pequeña plaza —un potrerillo cercado de alambres de púa que llevaba el nombre de tal—, el cortejo era ya numeroso. El aviso corría de casa en casa y de ellas salían mocetones, ancianos y hasta niños para saber la novedad:

—*On* Gilberto quiere hablar con *toos*. Vamos *pa* la plaza.

Muy pocos se quedaban y el poblado adquiría una inusitada animación con aquel arroyo de voces que vino a desembocar en el punto indicado:

—*¿Pa* qué será?

—No sé. «Tengo *qui'hablar* con *toos* los hombres *di* aquí», dijo el veterano.

—Vamos *entonce*…

Eran un centenar bien contado. La barba blanca de don Gilberto se destacaba entre aquellos rostros morenos como un trozo de nieve en el flanco de duras montañas. Entre el silencio de sus oyentes, dio comienzo a su mensaje. Había una digna gravedad en su tono:

—Yo creo que *toos* los de Larmahue conocen a Juan el Crespo —empezó diciendo.

—Claro…

—Claro…

—No lo vamos a conocer, es que…

—*Güeno* —prosiguió ante aquellas muestras de asentimiento—. Ayer me *trompecé* con él cuando *golvía* de Los Perales.

Los campesinos temblaron. ¿Habría sido capaz Juan el Crespo de asaltar a aquel varón por todos respetado? ¿Le habría quitado el capital con que compraba los animales de los propietarios modestos? Las dudas fueron disipadas de inmediato por la suave palabra de don Gilberto:

—Es la tercera o cuarta vez que *lu'encuentro*.

En largos trechos

mi'ha servío'e
compañía
pa'qu'algún
mañoso no se
vay'a
tentar con la plata que yo *manijo*. Es *güen* hombre Juan el Crespo. Yo, que tengo ya, como quien dice, *doblá*
l'edá
de Cristo, *pueo* responder por él.

Aquello no era ninguna novedad. Cualquiera de los presentes habría respondido por Juan el Crespo. Era preciso esperar, sin embargo.

—*Güeno*. *Espués* de la pillá que
l'hizo
la policía a los cuatro compañeros del Crespo —se oyeron algunas risas ahogadas— él anda por los montes lo *mesmo* que zorro *corrío*. Y nosotros que lo conocimos no vamos a *ejarlo* en estos aprietos.

Carraspeó, pasando por sobre las caras el agua mansa de sus pupilas azules.

—Algunos *d'ey* del *jundo* Los laureles declararon en contra
d'él
cuandu'el
asunto'e
los palazos al *finao* Gutiérrez. *Toos sabimos la verdá: jue Ey*
un'injusticia.
atrás veo a mi amigo Cesario. Que diga él,
com'hombre
qu'es
, cómo *jue* la muerte de *on* Gutiérrez. El Crespo arrancó porque le tenía odio a la cárcel y *poque* no
l'iban
a creer.
Es'es
la
pur'y
santa *verdá*. En dos años que

llev'el
Crespo viviendo como
sabandij'entre
las *pieiras*, ha *demostrao* su coraje y su *güen* natural. A *naide* ha muerto; a *naide pegao*
li'a
; a *niun trabajaor* pobre *quitao*
li'ha
su *platita*. Sangre
nu'hay
en sus manos, eso *poiría* jurarlo yo *ey* en
l'altar
de la capilla. Al contrario: ¿a cuántos *protegío*
nu'ha
com'un
Ángel de la Guarda? *Pa* qué acordarse
d'estas
cosas que *toos sabimos* y
qu'andan
de boca en boca…

El silencio pesaba como un ala invisible por sobre la cabeza de los hombres.

—Hay que pensar *agora*, como cristianos que somos, si
nu'hay
justicia en esta tierra. Si el Crespo
juer'un
criminal, ni yo ni nadie lo defendería.
Peru'es
un hombre *güeno*, y algo tenemos
qui'hacer.
Si hay uno solo que
teng'alguna
cosa
qui'alegar
contr'el
Crespo, que

levanti'una
mano.

No, no había nadie. Ni siquiera el viejo Lucho, el avaro, que estaba entre los presentes, hizo un ademán; en el fondo ya había perdonado la pérdida de ciento ochenta pesos que Juan el Crespo le quitara una noche.

—Entonces yo les *pío* que
vamos'hablar
con los patrones. Ellos no van a tener tan duro el corazón que no *compriendan*. Y hay *agora mesmo*
qui'hacerlo
, porque mañana *puee* ser tarde. Yo me creo que *toos* los
patrones'tan
en sus casas este día. Vamos a verlos.
Yu'hablo
a
nombr'e
los que
mi'acompañen.

Y fueron. Primero donde don Jaime García, cuya bondad era por todos apreciada.

—Bueno —manifestó él, después de escuchar detenidamente a don Gilberto—. ¿Qué voy a tener yo contra Juan el Crespo? Nada me ha hecho nunca. Pero lo han condenado en rebeldía y ya es cuestión de la justicia.

Sin embargo, apoyaba a los campesinos en las gestiones legales que se iniciaran.

Y fueron de fundo en fundo. Sólo una negativa torva —la de Eustaquio Cornejo— y una que otra reticencia. En el fondo, los patrones pensaban que era preciso dar un corte a aquella situación antes que el Crespo pudiera desgraciarse.

Cuando volvieron, don Belarmino, el cura, les salió al encuentro con su enteca figura y sus hábitos raídos. Era un varón reconcentrado, pero de suaves maneras. Escuchó. Y ante el fervor que todos pusieron en la defensa del bandolero, acabó por ofrecer su intercesión.

—Para mí solo hay una justicia verdadera: la de Dios —dijo

elevando sus dedos delgados.

Y una ola de confianza pareció crecer en las almas de los anhelantes campesinos.

IX

Juan el Crespo, a instancias de don Gilberto, no volvió a dejar su escondite en lo más intrincado del monte. Hasta allí llegaban equilibrándose entre las piedras, deslizándose como reptiles por húmedos y estrechos pasajes labrados entre los breñales, dos labriegos a traerle provisiones, cada tres o cuatro días.

Entretanto, por petición de don Gilberto y a expensas suyas, habíase iniciado una revisión del proceso. Se llamó por edicto a las víctimas del bandido y nadie se presentó. Quedó establecida, con meridiana precisión, la causa de los palazos que recibiera don Gutiérrez, así como las circunstancias de su muerte. Pero la revisión continuaba. Eran largos y engorrosos trámites que requerían desembolsos y papeleos; los campesinos los costeaban, robándoles centavos a sus escasos salarios. Pero las patrullas habían cesado en la búsqueda, y, finalmente, ya nadie pareció preocuparse de tan prolongado asunto.

Pasados siete meses, corrido por la soledad, Juan el Crespo se decidió a llegar hasta las primeras casas del poblado. Muerta su madre, Pascual habíase ido a otro fundo. No tenía ni un pariente en aquel Larmahue Chico que le era tan querido. Pero las puertas se le abrieron. Un tiempo en una vivienda, otro en la del vecino, transcurrieron tres meses más. Labraba los pequeños huertos de los campesinos, construía artesas para las mujeres, cuidaba las colmenas de algunas casas. Pero siempre alejado de miradas curiosas, sin asomarse nunca hacia la calle.

Hacía tiempo que no se veía por Larmahue la silueta venerada de don Gilberto. Decían algunos que estaba enfermo en la capital de la provincia; otros que había dejado sus negocios; unos hasta pensaron que había muerto.

Una noche, mientras Juan el Crespo estaba sentado a la mesa humilde que le brindaba la hospitalidad de *ño* Nicanor, el padre de aquella muchacha que él trajera desde el cerro, se oyó ruido de sables y detenerse de caballos en la puerta. Todos se estremecieron

y aguardaron, las cucharas a medio camino entre la boca y el plato. Pasos y tintineo de espolines. Y unos golpes tremendos que repercutieron en la carne misma del corazón de todos. Silencio. Y otra vez aquellos golpes pavorosos.

—¡Abran! ¡Es la justicia!

—Escóndase… —susurró Teresa, la esposa de Nicanor. Y le indicaba la puerta del fondo.

Él salió con presteza, y la noche lo sintió saltar cercados y quebrar ramajes en el fondo. Ladraron algunos perros. El ladrido fue alejándose, y después quedó solo el silencio aldeano en torno.

Los policías dijeron dos o tres cosas cortantes y dejaron un papel entre las manos de Nicanor, que les salió a abrir. Después partieron de nuevo hacia el cuartel.

X

Solitario. Lo perseguirían siempre. Ya no podía tener paz en su corazón. Y él amaba las tranquilas veladas del hogar campesino bajo la luz de la lámpara, junto a seres que eran claros como la tierra y tenían su misma mansedumbre.

Era un proscrito. Sólo aquellos breñales fieros le daban su protección. Debería ocultarse allí hasta la muerte, como un puma cercado, que no puede abandonar su guarida. Y él sentía las manos pesadas de vigor. Sentía el grito de su sangre poderosa y el clamor de sus músculos que se apolillaban en una forzada inmovilidad.

El panorama, en torno, era sombrío y escaso: rocas, espinos, quiscos y arbustos retorcidos. Su refugio era el pique de una mina abandonada, que tal vez los indios explotaron en tiempos remotos. Un frío socavón vertical con repisas en el descenso. En una de aquellas repisas había construido su lecho ablandándolo con hierbas secas. Cuando rodaban piedras hacia abajo, se las sentía chapotear oscuramente: agua de filtraciones apozada en lo profundo, inútil como su vida solitaria.

—Yo *debía* entregarme *di'una* vez.

Y se mordía los puños recordando su frío encierro allá en la cárcel revestida de duro cemento. Aquí por lo menos había pasto, había cielo. Podía moverse en una hondonada escasa, pero llena de savias vegetales. Abandonada aquella cueva, estaba el mundo, el

mundo que le robarían si se entregara…

—O matarme…

Bastaba dejarse caer. Las salientes lo destrozarían en el trayecto y abajo el agua inmóvil sería su sepultura.

Pero tenía un cuerpo lleno de recios impulsos, y ese cuerpo pedía libertad. Había conocido de nuevo la vida campesina, con su mesa puesta por las noches y sus conversaciones desmadejadas. Había oído otra vez los cuentos y las leyendas de los viejos que mecieron su infancia. Vio a los labriegos retornar de sus faenas, con la satisfacción de una labor cumplida. Y supo que era uno de ellos. Que sus brazos se debían a la tierra, al arado, a los surcos rotundos.

Un día no vendrían sus compañeros a dejarle la comida. Sería olvidado. Y ya viejo, sin un hogar suyo, sin unos hijos que mantener ni una esposa a quien besar, moriría entre aquellos riscales malditos.

Se le oprimía la garganta. Se retorcía las manos para sentir dolor físico. Hubiera deseado agredir a las rocas con sus puños potentes, hasta romperse los dedos. O destrozar con sus dientes aquel corazón que clamaba y quería llorar.

—¡Viejo infame!

Todo por culpa de él. Habría podido ser feliz con Lorenza. Ella tenía los hombros redondos y carnosos, tibio el regazo como un atardecer, firmes los muslos bajo la pollera de percal. Un hijo: Juanito. Y una chica: Lorenza. Después podría morirse en paz.

—¡Viejo canalla!

Estaba muerto, bien muerto, pero él no podía perdonarlo. No podía. Tal vez por eso era desgraciado; los muertos se vengan. Cierto era que don Gutiérrez ya no pisaría más el mundo, no encanallaría el pueblo con su presencia. Pero el perdón no venía. Ni siquiera porque era el padre de Lorenza. O tal vez por eso mismo.

—¡Viejo…! —Y reprimió las blasfemias.

Salió arrastrándose hacia fuera. El día estaba puro. Cantaban las torcazas. Gemían tórtolas de arrulladora garganta.

Entonces comenzó a caminar.

Fue un trayecto febril, ajeno a su voluntad, desesperado. Bajó el monte, cruzó potreros, cortó caminos, como quien tiene prisa por arribar más pronto. Y al fin, tomó rectamente la carretera de Larmahue. Dos o tres campesinos que halló a su paso se detuvieron

para mirarlo. Y él siguió sin desviarse, sin volver la cabeza, como quien mira, allá lejos, su destino.

Ahora lo sabía. Iba a entregarse. No podría seguir aquella vida.

Un último recodo, y allí estaba Larmahue, tranquilo, bajo el cielo que lo cubría como un gran poncho azul. Pero manchando la carretera venían dos policías. Se detuvo de manera inconsciente, mas luego prosiguió caminado. ¿No deseaba que lo detuvieran? ¿Entonces…? En media cuadra más todo estaría consumado. No bajó la cabeza al enfrentarse a ellos. Los miró fijamente, como desafiándolos. Hubiera deseado romperles aquella jeta indiferente que movían en la conversación.

¿Qué sucedía? ¿Por qué no lo tomaron allí mismo? Tornó el rostro: ellos seguían su trayecto y se habían vuelto sobre sus caballos para mirarlo. Oyó claramente:

—Juan el Crespo.

Pero no lo detenían. ¿Estaría loco? La soledad hace mal. Tal vez aquéllos no eran policías y su imaginación les transformó en uniformes el traje de huaso. Sin embargo veía sus sables, veía sus cascos y sus espolines. Tampoco estaba soñando.

Entró al pueblo, desconcertado. Y, de pronto, emergió de una de las casas la figura de una mujer. Era la esposa de Nicanor. Entró de nuevo a su vivienda y tornó a salir con un papel entre las manos. Traía los ojos mojados y jadeaba en su apresuramiento.

—¡Juan… Juan! ¡*Lu'han indultao*…!

Y él, por primera vez en su vida, rompió a llorar con toda su alma.

* * *

Me lo contaste allá en Larmahue Chico, Juan el Crespo, bajo los corredores de tu casa enjoyada por la presencia de una mujer como una espiga. Y aquí lo pongo para que todos conozcan la verdad de tu leyenda y la leyenda de tu verdad.

—Y esta casa, ¿es tuya? —te pregunté.

—Sí, *on* Enrique —me respondiste—. La mina *metío*
onde'estuve
tanto tiempo
comu'animal,

era
di'oro.
Hicimos el *peimento* a medias con *on* Gilberto, que me consiguió
l'indulto,
y una *sociedá*
s'interesó
por el mineral. Dio trescientos gramos por *tonelá*. Le sacamos doscientos mil pesos. *Agora, on* Gilberto es mi suegro y mi *compaire*. Me casé con
un'hija
d'él
.

Y me señalaba un niño moreno, de ojos negros, que salía de la casa y en cuya frente se destacaba un rebelde y oscuro crespo.

La luz y la Carne

I

Desde el pescante del cochecillo, que era uno de dos ruedas, de esos que llaman «cabritas» en el campo, avizoraba Juanote las lejanías, siguiendo el corte de la vía férrea que se alargaba libre hasta el final. Llevaba media hora derritiéndose al sol; le parecía que el tren esperado no asomaría nunca en la distancia. Pensó sacarse la manta para no sentir tanto la mordedura del calor; mas, luego, al recordar que su camisa —única prenda que llevaba debajo — se le había «*quebrao*» (así decía él) en varias partes, desistió de su propósito. El menos perspicaz habría notado que Juanote estaba nervioso: se veían demasiados restos de cigarrillos baratos al lado derecho del vehículo que ocupaba. Algunas actitudes suyas eran por demás curiosas. Cerraba los ojos un rato y luego los abría de golpe, siempre en la dirección de la vía, esperando sin duda sorprender al convoy que le estaba jugando una broma pesada. Porque, según todos los cálculos, él debió haber tardado un par de horas desde Lo Valdenegro hasta la estación. Dos horas. El tren pasaba a las ocho y media. ¿Cómo podía explicarse que habiendo dado ya las once campanadas la capilla cercana, la vía se viera despejada?

Pasaban gentes por las aceras orilladas de acacias y bancas rústicas: hombres con ponchos de colores, labriegos con sacos y paquetes, a quienes molestaban los zapatos nuevos, hembras de vestidos pintados y detonantes. Una chillona voz de vieja, destacándose de entre la cháchara de los transeúntes, vino a traer a Juanote la clave de aquella tardanza.

—*Icen* que *vieni'atrasao. L'otro* día pasó lo *mesmo*, y yo *venío qui'había*

a *ejar* a mi *comaire* Rosenda…

Lo demás carecía de importancia. Ya tenía el impaciente la clave de tan larga espera. Se puso a mirar las casas del poblado que sobresalían de entre las masas forestales. Serían un centenar, separadas en torcidas filas por calles lamentables que iban a deshacerse en el campo, llenas de barro y arteros baches. Las aceras habían perdido su forma al ser holladas por los cascos de las bestias, y apenas si sobresalían en la parte cercana a las murallas. Chapoteando en el lodo, se veían pasar de vez en cuando cabalgaduras de cansino tranco y burros cargados de leña. A Juanote le importaba poco todo esto: sus ojos estaban adheridos a un rótulo pintado sobre una tabla de álamo, que gritaba en azul al otro lado de la estación: «Se *bende* vino tinto». Nada habrían dicho estas palabras a Juanote, pues no conversaba con ellas, de no haber un barril y un vaso dibujados en la madera. Este lenguaje sí lo entendía él, pero mejor lo entendía su boca, que comenzó a llenarse de saliva. Desde ese momento, el hombre perdió todo interés por lo que acontecía en la línea férrea. El rótulo clamaba desde la izquierda, cada vez con mayor imperio. Al fin Juanote hubo de obedecer la orden y saltando a tierra maneó a su caballo con una correa resquebrajada y se dio a caminar en demanda de la meta prodigiosa. Era de baja estatura, recio, moreno y con algo de huidizo en la actitud. Sus piernas, muy separadas una de otra de rodillas abajo, delataban al hombre acostumbrado a cabalgar; usaba ojotas, y el color de sus pies se confundía con el tono terroso de los «corriones» sujetadores. Desde antes de llegar a la cantina empezó a ver los barriles, lo que concluyó de abatir sus postreros escrúpulos. «No te vayas a emborrachar en el pueblo», le había dicho don Félix antes de mandarlo. «Cómo se
li'ocurre,
patrón». Y no habría probado ni una gota, de no mediar el atraso del tren. Él no tuvo la culpa. Fue el rótulo, ese rótulo que gritaba cosas agradables en azul. «Un trago, qué tanto será», pensaba al ocupar de nuevo su asiento en el cochecillo, todavía con el regusto del mosto en la boca. «*Taba güeno*», pensó convencido. «Y barato», añadió un momento después. «Alcanzo a tomarme otro. El último. Porque después el tren
v'a

llegar». Y corrió de nuevo hacia la cantina.

Cuando ya tenía el pie derecho en la pisadera para bajar por quinta vez, el brazo rojo de una semáfora cayó como cerrándole el avance. La curiosidad de los que aguardaban en la estación se volvió hacia el norte. Las conversaciones se hicieron más rápidas. Y Juanote se quedó en actitud de semibajada, como una estatua de la indecisión. «Qué le vamos a hacer». Se volvió a sentar y encendió un nuevo cigarrillo a falta de otra cosa. El tren galopaba por sobre los rieles igual que un potro desbocado.

El caballo del cochecillo paró las orejas y quiso ensayar un bote cuando el monstruo de acero se detuvo a veinte pasos, resoplando. Juanote sujetó las riendas y le descolgó un sonoro rebencazo en los lomos. Después se puso a mirar a los que bajaban. Eran pocos: una campesina con un niño, un hacendado del lugar y un fraile. «A lo mejor el *jutre venío*
nu'ha
», murmuró el hombre, y este pensamiento le abrió la perspectiva de atender por quinta vez el llamado del barrilito azul. La campesina se fue con su chico hacia el sur, el hacendado montó el caballo que le sostenía un sirviente y el fraile se quedó mirando en todas direcciones. «No vino; el tren se las *envela*», pensó regocijado en lo más íntimo Juanote. Y ya le cosquilleaban las piernas de ganas de tocar tierra, cuando la presencia del sacerdote junto al vehículo vino a inmovilizarlo.

—Este coche ¿es de Lo Valdenegro? —interrogó el importuno con varonil y melodiosa voz.

La mano de Juanote se alzó instintivamente hasta la chupalla.

—Sí, *pairecito* —respondió.

—¿Te mandó Félix a esperarme?

—Este…, no…, sí; el patrón me dijo
qu'era
un hermano
d'él…

—Yo soy.

«*Ejese* de *payasás*», estuvo a punto de replicar Juanote; pero se contuvo ante la majestad de aquellos hábitos que le infundían respeto.

—Este…, quiero *icir*…

Se rascaba la cabeza, perplejo.

—Sí, hombre. Yo soy Gervasio Valdenegro.

—Entonces suba, *pus*, patrón…, *pairecito*.

Se inclinó el vehículo con el peso de aquel varón alto, huesoso y recio.

—¿Vamos…? Y se comió el tratamiento, porque no sabía cómo llamar a su pasajero.

—Cuando quieras.

Había acomodado a sus pies el maletín de cuero que traía como único equipaje, y su vista recorría sin cesar todo lo que había en derredor. Su perfil era rudo como el de un guerrero antiguo, y el negror apasionado de sus ojos resaltaba más aún sobre la palidez mate de su cara. Aquietó por costumbre sus manos en la falda y ellas parecieron desmesuradamente largas y finas sobre la tela obscura de la sotana. Aquel ser parecía emitir poderosas vibraciones que la turbación del cochero percibía con claridad.

Comenzó a rodar el vehículo y se internó por un camino estrecho que corría en dirección a la costa. Juanote, con el rabillo del ojo, espiaba a su acompañante. El fruncimiento de sus cejas demostraba que por su cabeza pasaban trabajosas ideas. «Anda a esperar a mi hermano Gervasio. Él ya sabe que lo mando buscar». Nada más. Y aquel hermano resultaba un fraile. «¿Cómo *poirá* ser esto?». El sacerdote distaba mucho de parecerse a don Félix. Se adivinaba en él al varón íntegro, puro, comprensivo. Y el otro… Mejor era no acordarse de sus fechorías y atrocidades. Había que tener pasta de héroe para soportar al patrón. Pero su hermano… «¿Cómo *poirá* ser esto?». De no mediar las sotanas, Juanote habría creído en una jugarreta pesada. De todas maneras, desconfiaba. Habría querido preguntar algo, pero se lo vedaba su ignorancia respecto al tratamiento que debería dar a su interlocutor. ¿Patrón?… ¿*Pairecito*?… ¿Su *paterniá*?… La voz de don Gervasio lo interrumpió en sus cavilaciones:

—¿Hace tiempo que estás tú al servicio de Félix?

—Como tres meses, *pa… pairecito*.

—Llámame como quieras, hombre.

—¿Patrón?

Entonces encontró la válvula de escape de locuacidad de Juanote, espoleada por los dos litros de vino que ingurgitara

momentos antes. Él había sido trabajador en varios fundos. Además, entendía un poco de minerales. ¿Puertos? Sí. Conocía el de Coquimbo y el de Valparaíso. Las salitreras también, claro. Se vino aburrido de ver arenales y dinamitazos.

—¿Eres viudo?

—Ni Dios lo quiera, patrón. A mí ya me *ejó* el tren, ya. *Hey tenío* mala cabeza. Una vez casi, casi cometí el disparate… *Güeno*…, *pongámole* de otra *laya* si *usté* quiere. Pero como los arrepentidos se van al cielo…

—Hombre. El matrimonio es un sacramento de la Iglesia.

—Sí, patrón; pero fíjese *qui'uno qu'es torrante* y que le *usta* la soltura, como *icía* mi mamá, conversa poco con esas cosas.
Porqui'un
día amanece con la pataleta, se va no más y *naide* le
par'el
macho. *Tamién* a mí me pesca un poco el *chacolo*, ¿no?, y *ey ta* la pelea. La mujer se
carga'e
chiquillos, y uno que nació *caráuter*
blando'e
… Usté
m'entiende
.

Don Gervasio escuchaba sonriente la charla de aquel pintoresco acompañante. Le placía su mezcla de cortedad y audacia; le gustaban sus giros humorísticos, y sobre todo la seriedad con que los decía. No deseaba por eso interrumpirle. Sin embargo, poco a poco empezó a distraerse. A ambos lados del camino se extendían potreros de obscuro terrón en los cuales el trigo echaba sus débiles humaredas de verdor. El cielo estaba puro y alto. Los montes parecían lavados por el aire translúcido. Todo aquello caía como una simiente de milagro en el alma de don Gervasio. «Quince años sin ver la tierra ni los montes», y fue girando con lentitud el perfil en la extensión que alcanzaban sus ojos. Todo le parecía inédito y grandioso, como quien ve de nuevo la luz tras una larga y dolorosa noche. Esos labriegos que cantaban a lo lejos; esas casucas humildes que de vez en cuando surgían a la vuelta de un recodo; esas

potrancas ágiles que se quedaban mirando el cochecillo, nerviosas, y que luego galopaban hasta la yegua madre en busca de amparo; todo cuanto vieron sus ojos infantiles y que ahora volvía trayéndole un mensaje del tiempo ido. Allá, donde finalizaban los potreros, se erguían montañas de suave perfil. Y, dominándolo todo, permanecían dos cumbres señeras una junto a la otra, como los pechos de una mujer. El Huiñalauca y el Iquilla; bien sabía sus nombres don Gervasio. De niño pretendió muchas veces llegar hasta sus cimas, pero dejó la empresa apenas comenzada…

Era tan completa la ausencia de su pasajero, que Juanote no pudo menos de notarla. Empezó entonces a escudriñar en todas direcciones para ver qué miraba el otro con tanta insistencia.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó don Gervasio con profunda emoción en la voz.

—¿Qué cosa, patrón?

—Esto. Los campos, el cielo, la luz.

La mirada de Juanote fue primero hacia el contorno y después hacia el rostro del fraile, perpleja. «¿Qué le pasará?», se preguntó intrigado. Pero su acompañante aspiraba el aire a grandes bocanadas y tenía lucientes los ojos apasionados; sus rasgos se habían revestido de una especie de lumbre extraterrena.

—Párate —ordenó suavemente.

—¿Aquí *mesmo*, patrón?

—Aquí. Muchas gracias.

Se bajó del vehículo y atravesando el camino fue a detenerse sobre la tierra sembrada. Se hundieron en ella sus zapatos brillantes y sintió en su alma el beso de una acogida maternal. Siguió mirando hacia las lejanías, inmóvil, pletórico de un claro fervor. Después bajó la vista y empezó a examinar los tiernos y poderosos brotes del trigo. Se agachó para tocar con su mano las hojitas verdes, y luego, como un niño, levantó sus pupilas hacia Juanote, que seguía observándolo con extrañeza creciente.

—Es un milagro. Ven.

—¿Yo, patrón?

—Sí, tú. Ven.

Intrigado, abandonó las riendas el cochero y llegó hasta cerca de don Gervasio.

—¿Has visto tú una maravilla más grande que ésta en el mundo?

—Y le señalaba los brotes enhiestos.

—¿Que cuál?

—El trigo. Esto que es un pequeño grano abandonado y que un día se vuelve espiga. Esta fuerza de Dios que se siente latir aquí como un corazón puro.

Juanote se torturaba una oreja con sus ásperos dedos. «Por la *pucha* —meditaba—;
vieni'a
mostrar el trigo a mí que
lu'hey
visto *ende* que
m'echaron
al mundo». Y no podía dudar de la seriedad de su interlocutor, porque sus palabras eran absolutamente sinceras. ¿Qué contestar?

—Claro que viene *bonitu'el* trigo. Con tal que no caiga una *helá*…

—Tú no sabes, Juanote, tú no sabes… Eres un alma simple. Has vivido toda tu vida entre estas bellezas y ya nada te dicen. En cambio, yo… Dime, Juanote, ¿todo esto es igual hasta la hacienda?

—Claro, *pus*, patrón, igual. ¿Cómo quiere que sea?

Y se alejó en dirección al cochecillo, moviendo la cabeza.

Don Gervasio había cogido un puñado de tierra, y con ella en la mano miraba el horizonte.

El Huiñalauca y el Iquilla, como los pechos del mundo.

II

La hacienda Lo Valdenegro tenía por lo menos setecientas hectáreas de terreno cultivable, aparte los pedregales y los cerros que ocupaban otro tanto de la superficie total. Eran excelentes tierras de migajón, en las cuales el trigo, los fréjoles, las patatas, el maíz y la cebada se multiplicaban como por obra de prodigio. Un siglo atrás, aquellas pertenencias tenían otra denominación; pero un pleito larguísimo y lleno de incidencias las puso en manos de don Servando Valdenegro, quien les dio fama y renombre por toda la zona central. Don Servando era un hombre de empresa, descendiente directo de los duros conquistadores que vinieron de

España a domeñar estas regiones bravías. Al fallecer, pidió a sus dos hijos que no dividiesen las tierras y que continuaran trabajándolas en común. Éstos hicieron igual encargo a sus descendientes, y así la herencia llegó intacta a poder de don Félix y de doña Brunilda, su hermana, la cual murió sin dejar descendencia a los veintiún años. Casó don Félix con una dama principal de la provincia y de esta unión tuvieron su origen Félix y Gervasio, a quienes el hacendado quiso dar acabada educación. Tras hacerlos cursar humanidades en el colegio marista de la capital de provincia, quiso mandarlos a Santiago en busca de un título universitario que colmaría su orgullo de padre. Félix, para quien seis años de estudios y otros tantos exámenes finales habían sido cosa desesperante, manifestó que no estaba dispuesto a sacrificar su juventud por un cartón y que prefería las labores del campo. Don Félix era hombre blando, poco amigo de discusiones, y cedió ante los razonamientos de su vástago, el cual vino a serle de inapreciable utilidad en las faenas agrícolas. Gervasio se fue a Santiago y al poco tiempo, en una carta de seis pliegos, muy llena de lirismo y exaltación, expuso a sus padres que no seguiría ninguna otra carrera de no ser la eclesiástica. Se consultaron marido y mujer y concluyeron por aceptar. Un sacerdote —tal vez un futuro obispo— en su familia los llenaba de recóndita satisfacción.

Don Félix había sido educado también en un colegio congregacionista y conservaba en el fondo de su alma un resabio de misticismo que lo hacía despreocuparse un tanto de las actividades materiales. Falto de voluntad, retraído, lleno de inquietudes indefinibles, se negaba a tratar con sus peones los asuntos de la hacienda. Había concedido poderes casi ilimitados a don Lucio Rodríguez, su administrador, el cual se rodeó a su vez de capataces y llaveros que lo secundaban ciegamente en todos sus manejos y en cada una de las injusticias que cometía con los labriegos. Los inquilinos odiaban a don Lucio, y más de alguno se fue en busca de mejores horizontes por no «acriminarse» en un arranque de exasperación. El amo no veía o no quería ver estas irregularidades. Tenía miedo de relevar a don Lucio de sus funciones, porque el hombre, déspota y todo, entendía como nadie las faenas.

Las casas de la hacienda eran amplias, recias, con vastos corredores de pilastras en torno. Las habitaciones altísimas, con

murallas de un metro de espesor, aislaban a los moradores de todo ruido externo. Además de don Félix y de doña Marcelina, su mujer, vivían allí dos criadas, un jardinero, un caballerizo y un muchacho que se llegaba cada día hasta el pueblo en busca de los diarios y de la correspondencia. El amo tenía predilección por los perros y eran seis los mastines favoritos que tomaban el sol en el parque o transitaban libremente por la quinta y por los corredores. En el parque crecían altos y viejos árboles, a cuya sombra el hacendado dejaba pasar las horas muertas, absorto en cavilaciones vagas y en irreales empresas o proyectos. Siempre se le había figurado a don Félix que la hacienda era una carga demasiado pesada para sus hombros. Hubiera querido vender todas sus tierras e irse a la soledad, sin preocupaciones de ninguna clase. Le resultaba casi insoportable el tener que resolver las consultas de don Lucio.

—Hace falta semilla. ¿Por qué no la pide a Santiago?

Prometía escribir y los días se le iban por entre los dedos hasta que llegaba el último momento. Cuando el administrador subía los escalones del corredor, haciendo tintinear sus pesadas espuelas, don Félix hubiera querido desaparecer. Aquella figura potente, llena de vida, rezumando decisión por todos los poros, le producían casi un malestar físico. Le miraba las manos tostadas, la nariz lujuriosa, los ojos de azabache alucinante, los pelos cortos y tiesos de la cabeza, y pensaba que aquél era su genio maléfico. Antes que el otro pudiera decirle nada, él se adelantaba:

—Vaya, don Lucio, de veras que le prometí escribir. He estado un poco enfermo estos días… Pero hagámoslo al momento.

Y bajo la mirada un tanto irónica del administrador, redactaba la carta. Al verlo alejarse, después, se hacía el propósito de no incurrir en la misma falta. Era tan fácil hilvanar unas cuantas líneas…

Don Félix había adoptado por costumbre la indumentaria del huaso. Sin embargo, aquellos arreos lucían mal sobre su cuerpo magro y blando. Sabía cabalgar con cierta elegancia y esto era lo único que denunciaba en él la ascendencia campesina. «Parece un cura», solían decir los labriegos al verlo pasar por los caminos con aire ausente. Su perfil huesoso, su boca de corte delgado, sus finas manos, sus ojos ardientes hablaban de una profunda vida interior y de luchas sordas que dejaban huellas dramáticas en su envoltura

carnal.

Cuando su hijo vino a tomar las riendas de la propiedad, don Félix dio un suspiro de alivio. Aquel mozo moreno, que reía con toda la boca y que sabía dominar un potro con sus piernas de acero, podría cuidar de los bienes y vigilarlos con sus propios ojos. Ya no acudió más don Lucio a consultarlo y él pudo dedicarse a sus especulaciones y caminatas solitarias sin temor alguno. Félix lo informaba por las noches de la marcha de las labores agrícolas, y él a todo decía: «Está bien», sumiéndose tranquilo en los meandros de su alma. Cuando murió, los labriegos no lo echaron de menos: en treinta años no habían aprendido a conocerlo ni a estimarlo. Sólo doña Marcelina, tan apagada, tan suave y silenciosa, pareció hacerse más insignificante después del entierro. Se la veía trajinar por las habitaciones y por la quinta, como preocupada de cosas que ni las criadas ni los empleados podían ver. Después, como si súbitamente despertara, se dedicó a ejercer la caridad en nombre de su esposo. Tejía o cortaba ella misma prendas de vestir para los hijos de los inquilinos y se llegaba en persona hasta los ranchos para dejárselas a las madres. A las palabras de gratitud contestaba:

—No es nada, mujer. Lo único que te pido es que reces por el alma de mi esposo.

Cinco años después de su llegada a la hacienda en carácter de propietario, don Félix, hijo, era conocido hasta de las piedras. No había rancho ni choza perdida en la montaña que no le fueran familiares. Tomaba parte activa en los rodeos de animales montaraces, bebía como el que más, gustaba de los asados jugosos y de las hembras tiernas. Cuando se encaprichaba con alguna hija de inquilino, bien sabían todos que el asedio no duraría mucho tiempo. Si no podía lograrla por las buenas, recurría a su rebenque y aún, en los casos extremos, a su revólver. Después olvidaba, con una volubilidad increíble.

La autoridad de don Lucio se sintió un tanto eclipsada por esta fuerza nueva que cada cual sentía sobre su conciencia. Los campesinos estaban en cierto modo contentos. Éste era el amo y podía hacer cuanto le viniera en gana. En cambio, don Lucio…

—*L'otro* día *icen* que lo trató *malazo* en el potrero grande.

—Y tuvo que chupársela no *má*… Había *sacao d'ey*

a cuatro *piones pa* llevárselos a trabajar en la casa *d'él*.

—¡*Meh* que *niñazo*! ¿Y *on Feli* lo pilló?

—Claro. Si el *jutre* se las sabe por libro. El porotal *taba* quedándose por *falt'e* riego.

Y celebraban satisfechos aquella venganza en que ellos no habían tenido arte ni parte.

Don Félix miraba las montañas cercanas —duro trozo de la cordillera costeña, inexplotado aún— y pensaba. La hacienda producía ganancias muy crecidas; pero él, hombre desbordante de fuerza y empuje, quería más. Esos riscales encerraban una fortuna y era necesario removerlos. Así, pues, hizo fabricar hornos para producir carbón; construyó caminos y destacó a un grupo de leñadores para que derribaran los robledales de la altura y poder venderlos a los aserraderos; introdujo la crianza de cabras y dio origen a la industria de los quesos. Todo esto con una visión y un dominio de los hechos que nadie podía discutir. Hubo de ocupar más gente en las nuevas faenas y afluyeron hasta Lo Valdenegro hombres y mujeres de toda la región. La hacienda se convirtió en una especie de feudo entre cuyos límites se desarrollaba una vida pintoresca y pletórica de actividad. Don Félix contrapesaba sabiamente sus cualidades y sus defectos.

A la orilla del camino vecinal empezaron a agruparse ranchos y viviendas de toda especie, hasta formar un poblado de considerable extensión. Un día llegó hasta las casas de don Félix un hombre de curioso aspecto preguntando por el amo. Le dijeron que se hallaba en el comedor, pero él insistió en verlo y entregó a la criada una cartulina sucia y llena de arrugas.

—Llévesela a Félix.

La sirvienta lo miró de alto a bajo, sorprendida de la familiaridad con que aquel vagabundo trataba a su señor. Porque, en verdad, facha de vagabundo y no de otra cosa tenía el visitante. Su estatura alcanzaría no menos de un metro noventa y su cuerpo era de una delgadez asombrosa: daba la idea de que iba a quedarse de un momento a otro. Su nariz hacía recordar el filo de un cuchillo: sus orejas eran pequeñísimas, en contraste con las

dimensiones alargadas de su cara; y sus cejas, arqueadas como circunflejos sobre sus ojillos grises, eran signos de un permanente asombro. Una gorra muy pequeña, que no alcanzaba a contener dentro su exuberante mata de pelo, se equilibraba en lo alto de su mollera. Tenía el paletó deshilachado y las mangas de él habían detenido su descenso a mitad del antebrazo; una corbata de color indefinible se apegaba como una planta parásita al cuello de una flamante camisa a listas que detonaba en el resto de la indumentaria; sus piernas estaban enfundadas en unos pantalones grises que cerca del zapato eran azules claros por habérseles deshecho la bastilla para alargarlos.

Después de su inspección, la criada quiso decir algo, pero optó por llevar la tarjeta, dándole vuelta entre sus manos para desentrañar su significado. Casi de inmediato asomó don Félix en la puerta del comedor. Pareció desconcertarse un tanto ante aquella figura estrambótica, pero se rehizo de inmediato y exclamó con voz rezumante de cordialidad y entusiasmo:

—¡Hombre! ¡Cara de Hacha!

El otro sonrió con aire de niño crecido y avanzó unos pasos.

—Qué hubo, Félix. ¿Cómo estás?

—¡Hombre! Tantísimos años. ¿Qué te habías hecho?

Y lo estrujó en un abrazo rubricado por grandes palmadas en la espalda. Nunca pareció más frágil la figura del nombrado Cara de Hacha que en el momento de ser estrechado por aquellos brazos de acero. El hacendado lo apartó un poco para mirarlo.

—¡Esta sí que es grande! ¡No lo habría creído nunca! ¡Cara de Hacha, mi compañero de banco por seis años! Cuando me hacías las tareas de castellano… Estás igualito…, la cara por lo menos. Ándale, ándale para acá. Cuéntame qué has hecho… Buena cosa, Cara de Hacha, hombre…

Y tornaba a remecerlo con sus golpes de bienvenida, empujándolo hacia el comedor. Allí, en un extremo de la mesa, aparecía la venerable y menuda figura de una dama que miraba a los dos hombres con sus pupilas interrogadoras.

—Ven. Tienes que conocer a mi madre… Mamá, te presento a Egidio Guzmán, el mejor compañero que tuve en el colegio.

Doña Marcelina le tendió la mano en silencio, con una chispa de bondad en los ojos.

Don Félix empujó hasta él una silla.

—Siéntate para que almuerces con nosotros. Traes cara de apetito.

Y pidió a la criada un plato para su huésped.

Mientras comían, Egidio fue contando su vida. Salido del colegio, se halló con que su padre estaba arruinado. Una medida precautoria solicitada por un acreedor lo privó del usufructo de sus bienes, los cuales salieron al fin a subasta pública. Él buscó acomodo en un Banco; pero como no había nacido para apolillarse entre papeles, prefirió irse a las salitreras del norte. Allí la suerte lo trató con rudeza; en vista de ello se embarcó en un vapor de los que van a Norteamérica, en calidad de mozo. El capitán hubo de bajarlo en Guayaquil por encabezar una insubordinación. En este puerto permaneció un tiempo, y al fin, tras rondar por largos meses el Consulado, se hizo repatriar. Se puso a recorrer el país trabajando en cuanta cosa pudo hacer. Ahora…

—Mira cómo tengo las manos.

Y volvía las palmas hacia arriba, exhibiendo sus callos y sus desgarraduras.

Don Félix reía como un endemoniado, bajo el mudo reproche de la mirada maternal.

—Buena cosa, Cara de Hacha. Así es que te aporreó la suerte. ¿Y qué piensas hacer?

Egidio bajó los ojos hasta su plato, un tanto cohibido.

—Pensé… que tú podrías ayudarme.

—Naturalmente, hombre, naturalmente. No faltaba más que yo dejara morirse de hambre a un compañero de colegio.

Doña Marcelina enrojeció y sus ojos buscaron los de Egidio, pidiéndole perdón por aquel exabrupto de su hijo.

—Espérate —prosiguió don Félix, sin darse por aludido—. Para peón, tú no sirves; para llavero tampoco… Espérate… ¡Fuiste siempre tan inútil! ¡Ah, pero ya sé, ya sé! Te voy a instalar con un despachito en el poblado. Un negocio para vender harina, yerba, café, en fin. ¿Qué te parece?

Doña Marcelina respondió por él:

—Me parece muy bien, Félix.

Una semana más tarde, abría Egidio su flamante almacén en medio del rancherío campesino. «La Esperanza», decía un letrero

burdamente pintado sobre la puerta. Pero los campesinos, para mandar a sus muchachos a comprar, les decían:

—Anda *onde* Cara *di'Hacha* y *trey* dos *chauchas di'azúca*

.

Don Félix había echado a volar el apodo a los cuatro vientos.

Con aquel despacho, el caserío tomaba categoría e importancia. Desde todos los rincones de la hacienda acudían a surtirse allí los labriegos y montañeses. Antes del medio año, Cara de Hacha había redoblado los mil pesos que le facilitara su compañero y protector. Entonces, muy subrepticiamente, instaló en el corredor de adentro una mesa y se dedicó al expendio de vino y sabrosos causeos de chancho. Construyó después en el patio una cancha de rayuela y ya no tuvo por qué preocuparse de su porvenir. Comía por cuatro, pero, a pesar de todo, su figura era la misma de cuando llegara: magro, delgado y anguloso. Parado en la puerta a la espera de clientes, debía bajarse del umbral, pues de lo contrario, su cabeza topaba en la parte superior del marco. Y silbaba, silbaba interminablemente músicas desconocidas para los pacíficos pobladores de Lo Valdenegro.

Las pendencias andaban por su cuenta, sobre todo los días domingos. Los hombres se ponían belicosos con el alcohol y más de alguno salía contuso o herido de los tumultos que se formaban. Esto llegó a oídos de doña Marcelina —la cual con los años había sentido crecer sus ímpetus piadosos—, llenándola de pesar. Un día, a la hora de almuerzo, dijo a don Félix:

—Hijo, te voy a pedir un favor.

—Usted dirá.

—Quiero que hagas construir una capilla en el pueblo.

—¿Una capilla?

—Sí, para que oigan misa esos hombres que viven en el vicio y la perdición. Una cosa modesta que no demande muchos gastos. Yo la costeo.

—Si usted quiere…

La capilla empezó a construirse.

A medida que la obra avanzaba, don Félix iba tomándola como cosa propia y al fin resultó algo muy superior a lo que su madre había esperado. Era un edificio de ladrillos con una pequeña torre y

un gran huerto en la parte trasera. El arreglo interior estuvo a cargo de la propia señora, quien adquirió los paramentos y vasos sagrados, las alfombras y los candelabros, los cuadros de las «Estaciones» y los floreros del altar. Igualmente solicitó del Obispado la autorización eclesiástica del caso.

Cuando la vio por primera vez iluminada y esplendente, con sus imágenes de yeso, su pila para agua bendita y sus bancas recién barnizadas, doña Marcelina sollozó de emoción.

Para atender esta capilla había sido designado el señor cura párroco, don Gervasio Valdenegro Monreal.

III

Nunca pensó don Gervasio, al hacerse cargo de la feligresía, que su alma iba a sentirse extrañadamente solicitada por mil diversas sensaciones. Al principio fue una especie de júbilo interior que, irradiando más allá de su envoltura carnal, parecía vestir con un reflejo inédito las custodias, las velas de cera y los ornamentos sagrados. Era la paz, esa paz que él había buscado vanamente en las celdas del claustro sombrío, en la mortificación y los ayunos. Los rostros labriegos, llenos de fe y recogimiento, ante los cuales decía la misa o pronunciaba sus cálidos sermones, le aparecían nimbados de verdad y de fervor legítimo. ¡Qué diferencia entre estas sencillas gentes y aquellas otras que asistían a los santos oficios en las grandes ciudades, distraídas o ausentes! Esta capilla de líneas simples debía ser, de seguro, grata a la mirada de Dios. Desde el *Introito* hasta el *Ite, missa est*, reinaba en su recinto un silencio por entre el cual parecía volar la sombra celeste del Espíritu Santo. El arrastrarse de los pies por sobre las baldosas, al entrar los devotos, era también un signo del respeto que inspiraba la venerable mansión de Jesús hecho Hostia. Y si alguno llegaba cuando el sacerdote había subido al altar, caía de rodillas apenas cruzada la puerta, sin dar un paso, para que los demás no vieran turbado su recogimiento. Indudablemente, para estos campesinos rudos había dicho Jesucristo su Sermón de la Montaña.

La palabra de don Gervasio era cálida, sugerente, cargada de bondad. Sabía bien el cura los caminos de las almas elementales y transitaba por ellos como el agua por tranquilos cauces. Muchas

veces, desde lo alto del púlpito que aún olía a maderas de monte, sorprendió el orador lágrimas de arrepentimiento, emoción o dulzura. Su semilla no se perdía entre pedregales estériles; caía y fecundaba, como una lluvia en tierra sedienta.

El hecho de ser hermano de don Félix había puesto al principio ligeras sombras de desconfianza en torno a su figura; pero ¿podían persistir esas sombras luego de verlo actuar y de sentir el embrujo de sus frases, a la par elevadas y comprensibles hasta para los niños? No. Don Gervasio era un santo varón, y así lo iban proclamando sus raídos hábitos y sus ojos, que tenían un maravilloso poder para reflejar todas las sensaciones, ya satinándose de ternura, ya humedeciéndose de emoción, ya relampagueando de fe inquebrantable. Por otra parte, la sangre labriega que circulaba por sus venas lo hacía interesarse por todo cuanto concernía a las diarias actividades de sus feligreses. Así, no era raro verlo detenerse a la puerta de alguna vivienda, en sus paseos de la tarde, para inquirir:

—¿Cómo van tus colmenas, Eloísa?

—Bien, *siñor* cura. *L'otro* día no más casi me le van las abejas; *peru'entre*
Poncho, Grabiel y yo las hicimos *golver*.

—Me alegro. Que Dios te bendiga.

—Gracias, *iñor* cura.

Y más allá:

—¿Se mejoró tu chico, Rafael?

—*Maloncito* sigue *tuavía*, pero con el *faor* de Dios bey de verlo *güeno* y sano *pa* la *Siñor Resucitao*
misa'el
.

—Hay que tener fe en nuestro Padre Celestial, quien a todos escucha y vigila. Déjame verlo.

Recetaba y aun obsequiaba medicinas. Tenía un botiquín en la capilla, y de allí sacaba tomas, obleas, pastillas, polvos. Por lo general sus diagnósticos eran acertados, y aquello fue dándole fama de «mano santa», con evidente disminución de la clientela con que contaba *ña* Dolores, la curandera oficial de Lo Valdenegro.

Una cosa, sin embargo, empezó a poner sombras en el espíritu del sacerdote. Muchachas de la hacienda que vinieron a descargar

sus culpas en él, confesaron entre rubores y sollozos haber pecado carnalmente.

—¿Con quién, hija?

Ante la pregunta lloraban y se resistían como si ello fuera a costarles la vida.

—Dime, hija, dime, para ver si puedo remediarlo. Soy un sacerdote y no debes tener desconfianza.

—¡No *pueo, paire*, no *pueo*!

Eran escenas desgarradoras que terminaban siempre en una revelación fulminante:

—*Jue*…, *jue*… ¡con el patrón *Féli*!

Y se quedaban aterradas, esperando que la capilla se derrumbase o que Dios mandara un rayo para fulminarlas.

El alma de don Gervasio se ensombrecía y temblaba de indignación. No podía retener los calificativos contra el proceder innoble de aquel que llevaba su sangre. «¡Canalla!». Y alguna vez hubiera deseado abofetearlo, seguro de que el Señor habría aprobado su justicia.

En cierta oportunidad, sin embargo, trató de aliviar a su hermano de culpa, por parecerle extraño que, siendo del pueblo la ultrajada, hubiera podido consumarse el vejamen sin que los demás vecinos lo notaran.

—Tú habrás consentido, hija.

—No, *paire; jue ond'el* Cara *di'Hacha*.

—¿Dónde dices?

—En el despacho de *on* Egidio.

Fue conociendo los detalles. Cara de Hacha servía de mediador entre don Félix y sus víctimas. El hacendado se valía de su cómplice para deslumbrar a las pobres muchachas con obsequios rumbosos. Ya era un pañuelo de seda, ya un par de zapatos «*a la moa*», ya un anillo con piedras de colores. «El patrón te quiere *pa* bien, tonta». Un día cualquiera, cuando la elegida iba a comprar al despachito, surgía don Félix del interior y le ofrecía un trago de coñac o de dulce vino añejo. Las palabras y el alcohol hacían lo demás. Cara de Hacha tenía un cuarto especial para que su protector pudiera solazarse a gusto. Como puede verse, la caridad del patrón era muy sabia.

Un día, don Gervasio no pudo soportar más.

Había llegado hasta él una penitente joven, agraciada, llena de ingenuidad. Dijo llamarse María del Carmen, y empezó con los preámbulos ya tan conocidos por el confesor. Éste, para ahorrarle el bochorno, le insinuó:

—Fue Félix el causante, ¿verdad?

Los sollozos, desgarradores, irremediables, pasaron a través de la rejilla del confesonario:

—Sí, *paire*…, él *jue*…

La historia concluyó por enardecer definitivamente a don Gervasio:

—*Tábamos* solas mi mamá y yo… El patrón había mandado a mi taita a regar el
potrero'e
Los Espinos esa tarde… Llegó él
di'a
caballo, pidiendo no sé qué cosa… Comenzó a *palabriarme*… Yo, *siñor* cura, *'stoy* de novia con Chumingo… Entonces
mi'amenazó.
Grité *pa* que viniera mi mamá, y él a
punta'e
penca
l'hizo
salir de la pieza… Si no
t'entregay…
y sacó un *regolve*…, un *regolve*… Y agora ¿ *siñor*
qui'hago,
cura?… No *pueo* casarme…, no…

No quiso escuchar más. Despidió a la pobre mujer con palabras de consuelo y, cogiendo su sombrero de la sacristía, empezó a caminar en demanda de las casas del fundo. Era dolor, vergüenza, ira, desesperación lo que sentía en su sangre. A su alrededor el mundo se había ensombrecido de súbito. Cada labriego que hallaba en su trayecto se le aparecía marcado por la bofetada de la injusticia, y hubiera querido pedirles perdón, porque también él se encontraba culpable de los vejámenes infligidos por la inconsciencia de Félix.

—¡Hijito! ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó su madre al abrazarlo.

Y él, quebrando aquella manifestación de afecto, con voz opaca:

—¿Está Félix?

—No. Anda por Las Torcazas; pero debe volver luego.

—¿Hay alguna forma de llamarlo?

—¿Qué te pasa, Gervasio?

Nada ganaba con afligir a su madre con la revelación de tanta iniquidad. Prefirió disimular la importancia de su misión.

—Tengo que comunicarle un encargo de urgencia. ¿Puedo ensillar un caballo?

—Naturalmente, hijo.

Juanote fue el encargado de prepararle la cabalgadura. Al cabo de un momento la tuvo lista en la puerta.

—La yegua es *mansita*, patrón, y *tranquiaora. pa Nu'hay* qué clavarla con las espuelas, pero si quiere se las pongo. *Usté* sabe *qu'estas* bestias son lo *mesmo* que las mujeres…

—No, gracias.

Partió sin mirarlo siquiera.

«¿Qué le pasará al patrón?», se preguntó Juanote perplejo. Y, como desde su llegada, don Gervasio había demostrado ser un hombre raro, no quiso meterse en mayores indagaciones.

Ni la prolongada cabalgata ni el día esplendente de sol consiguieron amainar la profunda indignación de que el señor cura estaba poseído. Después de atravesar unas cuantas sendas estrechas y de cruzar canales y potreros, don Gervasio se halló en Las Torcazas. Allá lejos, tras las prietas hileras de los maizales, se destacaba la espigada silueta de don Félix. Su caballo tordillo ponía una mancha de alegría entre el verdor igual de los sembrados. Lo vio venir desde la distancia y se le acercó al galope.

—¡Gervasio! Así me gusta; a caballo, como un hacendado. No puedes desmentir tu sangre. Te ves bien arriba; pero con una manta de huaso, unas botas…

Cesó de hablar ante la mirada glacial de su hermano.

—¿Qué te pasa?

—Félix, tengo que hacerte graves cargos. Tu conducta en el

pueblo es una infamia. Mientras yo trato de salvar a mis fieles, tú aprovechas tu autoridad para hacer canalladas.

—¡Hombre!

—He sentido asco y vergüenza de ti. Hasta mí, sacerdote, han llegado a contarme tus atrocidades y la ignominia de tu proceder. En el pueblo te odian, y ojalá no tengas que lamentarlo.

—¡Pobre Gervasio! Se ve que recién sueltas la mamadera. No me vengas a mí con sermones ni patrañas.

—Vengo a decirte cosas dolorosas y quiero que me escuches. Me niego a creer que tu corazón se halle cerrado por completo a la piedad y a la comprensión.

El gesto del clérigo era a la vez reposado e imperativo. Se advertía en él la voluntad férrea de ganar el combate en que se había empeñado.

—No te metas en mis asuntos, Gervasio. Tu lugar está allá, junto al incienso y las hostias.

Le señalaba el pueblo con gesto despectivo.

—Te estoy hablando como un hombre, como un desconocido, si tú quieres. Has pisoteado el honor de muchas familias, y esto no puede continuar.

—¿Honor? ¡Angelito de Dios!

Y se reía, mirando a su hermano con lástima.

—Pero ¿qué crees tú, desdichado? ¿Qué bajo los techos ruinosos de esos ranchos que les das a tus peones no hay sentimientos? ¿Son bestias acaso las gentes que trabajan en tus tierras?

—Mira, déjate de *fregar*. Hablemos de otra cosa.

—No. Hablemos de esto. Son diez por lo menos las muchachas que han ido llorando a imponerme de tu salvajismo. Violadas como bestias, bajo el imperio de un rebenque o de un arma. Eres un cobarde y un miserable.

—¿Tú me vienes a dar lecciones de moral? ¿No sé yo lo que hacen los frailes en las sacristías? No usan rebenque, claro, porque conocen otros medios más suaves… ¿Tienes miedo de que te quite tu clientela?

—¿Qué quieres decir, canalla? ¿Piensas que todos nacimos podridos en la familia?

Relampagueaban sus ojos de ira ante la calumnia soez.

—Si no lo haces es porque…, no sé. Pero yo soy un hombre, ¿lo

oyes?, un hombre. No uso polleras. Dios me puso entre las piernas un par de testículos, y no serían de puro adorno.

—¿Y eso te da derecho para lanzarte como un animal en busca de placeres? Eres más digno de lástima que un leproso.

—¿Y tú?… Pero ¿qué tengo que estar discutiendo contigo estas cosas? No sabes lo que es tener a una hembra desnuda en los brazos. Como la María del Carmen, anteayer…

—¡Cállate!

—… una hembra joven, sana, que se retuerce, rasguña, se arquea y dice «No, no, no…».

—¡Cállate, Félix!

—… y que al fin empieza a soltar los brazos y los muslos y a defenderse por fórmula, mientras uno la va penetrando. Entrañas calientes, hermano, sangre, vida, y una boca que quiere morder y besar… A la fuerza, sí, porque uno es macho; a la fuerza, destrozando ropas y calzones, encima…

—¡Basta! ¡Basta!

Un rebencazo tremendo cruzó la cara del jactancioso, el cual se detuvo de golpe, con todas las facciones contraídas en una mueca horrible de cólera, humillación y sed de venganza. Un revólver brilló en su mano, mientras su boca hervía en fétidas blasfemias.

—¡Pegarme a mí, a mí!

Don Gervasio miró el dedo que se crispaba en el gatillo y aguardó el disparo.

—¡Don Félix!

Era don Lucio que surgía de entre los maizales.

—¡No, don Félix!

Como quien sale de un sueño, el hacendado abatió el arma de golpe y la metió lentamente en la funda.

—¡Agradece que eres mi hermano, maricón!

Y le clavó las espuelas a su caballo, haciéndole sangrar los ijares.

IV

El domingo siguiente pronunció el cura un sermón que fue vivamente comentado en todo Lo Valdenegro.

—Hijos míos —empezó diciendo con tono evangélico—. Nuestro Señor Jesucristo nos enseña devolver bien por mal. «Cuando te

castiguen en la mejilla izquierda, pon la derecha», dijo aquel que era todo dulzura y perdón. Así debemos proceder nosotros en la vida para que nuestras acciones tengan belleza a los ojos del Supremo Hacedor.

Hombres, mujeres y niños escuchaban la palabra profunda y sincera de aquel apóstol que parecía darse entero en cada cosa que iba diciendo. Él echó su mirada hacia abajo desde el púlpito, y de entre todas las pupilas que se hallaban clavadas en su faz, sólo dos lo atrajeron: eran los ojos de Fidelia Lorca, la más bella muchacha de Lo Valdenegro. Su aspecto era el de una virgen serrana, toda dulzura, emoción y suavidad. Escuchaba con la boca entreabierta, agitado el pecho por la respiración poderosa, esbelta la garganta como una vara de lirio, negra la cabellera en dos bandas.

—Hijos míos —prosiguió el sacerdote—, esto no significa que debemos dejar que se atropellen cobardemente nuestros sentimientos más sagrados. Todo podemos tolerarlo con cristiana resignación, menos lo que se refiere a nuestra honra. Porque la honra es algo que una vez perdida no podrá recuperarse ya nunca. Sólo una nos dio el Padre de todas las cosas, y debemos presentársela limpia e intacta cuando nos llame a su Divino Tribunal.

Los ojos de Fidelia, que tenían el color de un bosque en sombras, se irisaron con luces interiores y parecieron hundirse en el alma de don Gervasio.

—Así, pues, para defender nuestra honra, debemos encarar a quien pretenda pisotearla, sea éste un mendigo, un capataz o un patrón. El honor de una mujer es su mejor riqueza, la única cosa que podrá llevar como una joya hasta el altar para ofrecérsela al hombre que la eligió como compañera de su vida. Si un canalla intenta manchar con su aliento inmundo esa flor inmaculada ese maldito merece que se le dé la muerte.

Se erguía, sin hacer un solo gesto, y su estatura parecía cobrar una imponencia desmesurada. Recorrió las cabezas, abatidas unas, en actitud de anhelante expectativa otras, y de nuevo los ojos alucinantes volvieron a besar los suyos en una entrega tierna y rendida. La boca de Fidelia era roja y fresca como una flor en la mañana. Sus hombros surgían llenos, satinados, levemente redondos. Estaba sentada, y la falda le dibujaba los muslos fuertes y

tentadores.

Siguió hablando como para espantar un pensamiento inoportuno y recuperó al cabo de un instante su tono seguro y emocionado. Hizo alusiones que no dejaban lugar a dudas respecto a lo que quería decir. Fulminó a los poderosos que se aprovechan del terror y de la amenaza para lograr la satisfacción de sus asquerosos apetitos. Hizo profesión de defender a sus fieles contra cualquier acechanza, pues ésta era su misión en el pueblo, y concluyó pidiendo a Dios que fuera misericordioso con los soberbios y los descastados.

Se abatió después con lentitud y apoyando la frente en el borde del púlpito quiso rezar. Pero mientras sus labios se agitaban, otras ideas invadían su imaginación, conturbándolo. Al levantarse, su cabeza giró lentamente hacia el atrio. Los fieles ya salían. Entre todos estaba, obsesionante, el vestido verde y granate de Fidelia Lorca. Las miradas del fraile bajaron inconscientemente hasta las piernas de la muchacha. Y ella se volvió por última vez para dejarle la caricia de sus ojos color verde bosque.

Don Gervasio atravesó el presbiterio y llegó a la sacristía sin haberse dado cuenta del trayecto que recorriera.

V

El altercado con su hermano había producido alteraciones profundas en el espíritu del sacerdote.

Al principio, don Gervasio podía sumirse sin dificultades en la meditación, mientras recorría el huerto de la capilla, que deslindaba con los campos por el fondo y con otros huertos labriegos por ambos costados. Hacia occidente, arremansadas en su azul cambiante, se veían las dos cumbres gemelas. El sol, al perderse tras ellas, alargaba sus sombras sobre el poblado, y la capilla quedaba justamente en la hendedura central, como durmiéndose entre dos pechos morenos y henchidos. A veces, desde la ventana del pequeño campanario, acariciaba las vastas tierras con sus pupilas soñadoras. Y veía allá, distantes, hombres que roturaban los potreros con sus arados; mujeres cargadas con haces de ramas viniendo por los caminos; tropas de borriquillos blandos que seguían el cencerro de la mula madrina. En muchas ocasiones levantó su mano para

bendecir silenciosamente este rincón en donde Dios había sembrado la paz. Él amaba la tierra; la sentía como una caricia sobre su corazón; le gustaba transitar por ella y saberse perdido en su vastedad, como un brote humilde que recibe la invasión dorada del sol. Se le ocurría también que hubiera cambiado gustoso sus hábitos por las pobrísimas ropas de algún labriego que hacía fructificar los trigos. Sentíase lleno de fuerzas, de voces agrarias que recorrían su sangre, de potencias que se revelaban de súbito en su carne mortificada.

Y ahora…

«Dios me puso entre las piernas un par de testículos, y no serían de puro adorno». ¿Era aquél un reproche a su esterilidad? ¿Es que no comprendía Félix la belleza y el sacrificio de su misión? Pastor de almas era él, sembrador de divinas verdades, mediero de las cosechas de Dios en el campo de los humanos. Más delicada y alta que la de alimentar el cuerpo era la tarea de guiar los corazones vacilantes y hambrientos. Verdad es que Jesús había dicho: «Creced y multiplicaos»; pero ¿de qué servía una humanidad numerosa, sin faros que le alumbraran el camino de su salvación?

Eran largos soliloquios en los que trataba de justificar ante alguien —¿ante sí mismo tal vez?— la decisión que había determinado el rumbo de su vida. Durante su noviciado tuvo don Gervasio terribles dudas acerca de la firmeza de su vocación. Fueron luchas sangrientas, en las cuáles su alma sufrió la agonía del Huerto de los Olivos. Porque él sentía cantar en su ser todas las potencias de su naturaleza joven y ardorosa, y mientras más contenía sus ímpetus carnales, mayor fuerza tomaban éstos, como un torrente apretado de súbito entre cauces demasiado estrechos. Al recibir las sagradas órdenes, las tentaciones y las dudas parecieron desvanecerse, dejándole el alivio de una liberación definitiva. Ahora, sin embargo, reaparecían bajo distinto aspecto. A menudo flaqueaba, sintiéndose un inútil entre tantas gentes trabajadoras. ¿No habría sido mejor vestir los arreos de huaso y —«penca» en la mano, espuelas cantarínas en el zapato de tacón gallardo— optar por la actividad que le señalaban sus predecesores? Por todos los caminos puede alcanzarse la salvación, y él había escogido el más difícil, tortuoso y largo. El hacendado que ve fructificar los maizales, que mira pasar las carretas cargadas y que recibe en

monedas el producto de su esfuerzo, puede sentarse a descansar en paz. Pero él no tenía tregua; todo era una continua jornada, y sobresaltos. Porque los malos pensamientos aguardaban la flaccidez de su voluntad para hacerse presentes, engañadores y acariciantes. Era el suyo un mundo irreal, que, por la misma razón de no tener asidero en lo externo, estaba más expuesto a sufrir mutaciones y cambios imprevistos. Las flagelaciones a que a menudo se sometía —contrariando preceptos expresos de la Iglesia— llevaban oculto un anhelo: el de materializar sus dolores, el de echarlos afuera, para que no siguieran agrandándose, viscosos y engañadores, en su interior. Era su sangre labriega la que se rebelaba. Un hogar, hijos, sembrados. Y reposo después de las faenas. «¿El reposo de las bestias?», preguntaba su misticismo anhelante. No. El descanso sereno del hombre que mira crecer las cosas plantadas por su mano. ¿No podía él mirar cómo crecía la fe dentro de los espíritus? Desgraciadamente, no. Como confesor, escuchaba los mismos pecados de cuando llegara. Su labor era inútil, vacua, sin resultado preciso. Él quería otra cosa. Domeñar las montañas y los campos, como su hermano Félix. Hacer de cada rincón un vergel de abundancia. Sentir la gloria del hombre que fue puesto por Dios en la tierra para vencerla y modelarla. Su hermano era un déspota. Él podría ser un salvador, un padre amoroso para todos los que lo secundaran en sus tareas diarias. Y luego, un hijo, que, viendo sus enseñanzas, las asimilara, siguiendo de este modo la faena maravillosa en los hijos de sus hijos, hasta hacer de Lo Valdenegro un vergel de promisión, un reflejo de lo que deberla ser la humanidad fraterna. Un hijo… Pensó en Fidelia Lorca, sana, fértil como la tierra, amorosa como ella. Y se estremeció de golpe, porque había tocado un punto inédito de su alma. Allí estaba la raíz de todo. Fidelia Lorca. Sus ojos color verde bosque, sus muslos bajo el vestido humilde, sus pechos como aquellas dos montañas a cuya sombra se adormecía la iglesia. ¿Era posible?

«¡Señor, Señor, dame fuerzas! Perdóname».

Cayó sobre las gradas del altar y sus gemidos llenaron la vacía nave de la capilla. Estaba condenado. Había dado albergue, sin saberlo, a pensamientos pecaminosos. En el fondo, era también como su hermano Félix; un miserable, un descastado. «¿Crees tú por ventura que todos nacimos podridos en la familia?». ¿Era una

maldición la que pesaba sobre los Valdenegro? El padre, un abúlico; el abuelo, un borracho asqueroso; el tío Pedro, un rufián que no respetaba mujeres casadas ni parentescos; el bisabuelo, un tirano que dejara larga fama de su crueldad y de su sadismo: se decía de él que tenía por lo menos media docena de asesinatos en la conciencia…

«¡Dios de Dios! ¡Jesús, Padre de bondad, sálvame!».

Luchaba contra algo que estaba en la raíz de su ser. Algo tétrico, amenazante, que afloraba de golpe, revelándole toda la degradación que se albergaba en su alma. Era como un abismo pavoroso que gritaba con su boca negra para tragárselo y perderlo. Era el infierno, en donde se pena, llora y sufre por toda la eternidad.

«¡Señor!».

Pero el Señor ya no podía escucharlo. ¿Quién era él para invocar la piedad del Altísimo? Había manchado sus hábitos, había hecho escarnio del sagrado poder con que lo invistieran. Era un miserable como Félix, como todos sus antepasados. Era un maldito que ya jamás podría ver la luz de la gracia. ¡Y con él vendrían a confesarse las gentes sencillas, creyéndolo un santo y puro varón! Él tendría que coger con sus manos infectas la sagrada forma, bendecir el cáliz, recubrirse con el alba, el cíngulo, la casulla y demás ornamentos en la misa parroquial… Era la diestra del Señor, y en esa diestra había crecido la lepra.

—Don Gervasio.

¿Lo llamaba la voz de la conciencia? No. Era Tomás, el sacristán, que permanecía tras él, encogido, untuoso, servil. Pero su cara desmentía sus modales: era un rostro diabólico, alargado, con dos ojillos llenos de malicia y sarcasmo. Su boca fina se plegaba, mal rapados el bigote y la barba, en una semisonrisa de complicidad. Estaba allí, como siempre, silencioso y observador. Se había deslizado con sus pasos de sombra, sin que el acongojado lo sintiera.

El sacerdote creyó adivinar en las facciones de su ayudante una mueca demasiado clara de malicia. ¿Es que había caído tan bajo que ya se le notaba en el rostro la huella de su pecado?

—¿Qué quieres?

Se levantó con lentitud, como si el peso de su culpa le impidiera toda libertad de movimiento. Ante él se aquietaba Tomás, cruzadas

las manos, chispeantes de complicidad las pupilas.

—Lo buscan, señor cura.

—¿Quién?

—Una muchacha. Creo que se llama Fidelia Lorca.

Ella. Su culpa que venía a buscarlo para que contemplara patente la ignominia de su corazón. Quiso negarse a verla; pero la actitud ambigua del sacristán lo decidió a enfrentarse con aquella moza que había conseguido turbarlo. Se puso antes de salir, como un broquel heroico, una bondad mentida, y hasta arregló una sonrisa de circunstancias mientras atravesaba el presbiterio y la sacristía.

Fidelia lo aguardaba en el corredor de adentro. Estaba allí, ruborosa, cohibida y bella como nunca. De su brazo derecho pendía una cesta rústica recubierta con hojas de higuera.

—Buenos días, hija.

—*Güenos* días, *siñor* cura. —Y los colores afluyeron a su cara, prestándole un agreste atractivo de fruta en sazón.

—¿Qué se te ofrece, hija?

La voz de don Gervasio era serena y profunda, pero la brillantez de sus pupilas traicionaba su estado de ánimo. Fidelia le alargó la cesta con temeroso ademán:

—Mi mamá le *mand'estas brevitas*, que son las primeras del año, y dijo que *isculpara* el atrevimiento.

Hablaba como un niño que transmite un encargo, y su voz tenía inflexiones cantarinas, ingenuas, casi suplicantes.

—Di a tu madre que le agradezco el regalo —dijo, mientras lo cogía. Y se quedó mirándola como un colegial, hallándose un poco ridículo con el canasto entre las manos.

Mezclado al aroma de las frutas, el sacerdote creía percibir la fragancia rústica de la carne femenina. También Fidelia era una fruta crecida entre zarzales, pero ¡qué sana y fresca en sus veinte años ardientes! «Paloma torcaz», pensó don Gervasio, mirando sin poder remediarlo el tibio nidal de sus pechos. Y vino hasta su mente un pasaje melodioso del Cantar de los Cantares: «Moreno soy, oh hijas de Jerusalén, mas codiciable: como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón».

La vio alejarse, después de una despedida pueril, y mientras atravesaba el corredor, hacia la despensa, seguían resonando en su

mente las encendidas frases del
rey-poeta:
«Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres, sal, yéndote por las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores».

Hundió la mano en la cesta para palpar los blandos frutos, y le pareció, al tacto, que aquélla era la carne amada.

«Tus pechos, como dos cabritos mellizos de gama, que son apacentados entre azucenas».

Mientras ponía el cesto en la alacena, sintió de pronto un hondo desconsuelo, y todos sus músculos parecieron hacerse blandos e impotentes. Apoyó la frente ardorosa en la dura madera del mueble y le llegó olor a montaña virgen. «Tus cabellos como manadas de cabras que se muestran desde el monte Calaad».

Lloró, sintiéndose desamparado de la gracia divina, pero henchido de una dulzura que le ponía seda y miel en la sangre.

«Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los valles».

«Su izquierda esté debajo de mi cabeza y su derecha me abrace».

El angustiado cayó de rodillas, laxo, hendido por fuerzas contra las cuales no podía luchar.

Las campanadas del mediodía volaron por un cielo rumoroso de palomas.

Lágrimas en las ojeras del cielo.

VI

Al practicar sus abluciones matinales, el cura se miró largamente al espejo. Se habían acentuado los ángulos de su rostro y cada una de sus facciones parecía burilada en piedra. Sus ojos, en cambio, habían adquirido un brillo de fiebre alta: eran ellos las ventanas de sus luchas y padecimientos. El lecho, cada noche, se le convertía en diabólico instrumento de tortura. Apagaba la luz y venían las visiones a turbarlo y envilecerlo. Era Fidelia ofrendándole los pechos desnudos por la abertura de su blusa; eran sus faldas resbalando sobre la lisa y caliente piel; eran sus brazos estirándose perezosos para ceñirlo y exprimirlo; eran sus ojos de abismo en los cuales el color se irisaba de ternuras recónditas. Las oraciones se doblaban en la batalla como armas de cera; los cilicios le producían

un placer semejante al espasmo carnal, y comprendió que no debía utilizarlos; las rogativas no conseguían ascender desde el plano de su dolor y volvían a él como pájaros sin alas. Se consumía y se quemaba en aquella contienda desigual contra los poderes que no podía arrancar de su ser, porque estaban en la raíz misma de su carne y de su raza. Su nariz se afinaba como la proa de una voluntad inquebrantable; pero no podía, no podía cortar los duros lazos del instinto. Combatía contra fantasmas que no se dejaban coger, y al fin, a punto de perder la razón, caía en las quebradas del sueño, en donde rebotaba como un pelele. Esto ya al alba, al filo casi del toque de campana para celebrar los oficios divinos. La voz del sacristán, ceremoniosa e implacable, sonaba al otro lado de la puerta.

—¿Señor cura…?

—Estoy levantándome.

No lo sentía alejarse y presumía que el otro se quedaba espiándolo con su cara hipócrita para solazarse con sus padecimientos y torturas.

Aquella mañana, turbio aún el cielo, brillando en todo su esplendor el lucero, bajó al huerto. Dormía la tierra, envuelta por las plateadas y translúcidas aguas del alba. Se escuchaba el lejano rodar de una carreta. Y, de vez en cuando, corría por la piel del cielo un calofrío tímido, como empujado por la flecha de cristal de un trino solitario.

Algunos útiles de labranza arrinconados en el corredor atrajeron su mirada. Allí había una azada de frío y gris metal, una pala de opaco fulgor, un pico de dos puntas. Sintió alegría, como quien halla la solución de un problema largamente meditado. Cogió la azada y empezó a cavar la tierra humedecida por el rocío. El aroma vegetal ascendió hasta su rostro, como un incienso invisible. Y allí se estuvo ajeno a todo, removiendo los terrones que se desmigajaban con leve rumor. Había encontrado una actividad que distrajera su tensión. El cielo fue aclarando sobre su espalda curvada; trinó en lo alto la campana sacudida por la mano de Tomás; rechinaron las puertas de la capilla al abrirse. Y él, sudoroso, se detuvo, sintiendo más liviana el alma, como si se la hubieran lavado con el agua del lucero.

Dijo la misa con elevado fervor, y el chocolate que le trajo

Tomás le pareció de sabor mucho más agradable que otros días. Hasta el trozo de pan blanco y esponjado que sostenía en la mano se le figuraba más tierno y amoroso. Salió después a dar un paseo por los caminos, y se imaginó que comprendía el lenguaje de los triles y de los álamos bisbiseantes.

Sin embargo, aquélla era apenas una leve tregua.

Al rezar el rosario, por la noche —estaba siguiéndose la novena del Niño—, encontró de nuevo, fijos en su rostro, los ojos de Fidelia. Miró la imagen de la Virgen para defenderse, y poco a poco las facciones de la Augusta Señora fueron mudándose en los rasgos de la campesina. «*Turris aburnea*». Su alma rezumante de lirismo místico rezaba para la mujer. «*Pomus aurea*». Manzana de oro, sí, agreste, pura en su gracia intocada. «*Consolatrix aflictorum*». Consuelo de su corazón, regazo en el cual podría dormir tranquila su alma sedienta y acongojada. «*Stella matutina*». Sí, lucero que alumbró esa mañana sus manos y su frente, bendiciéndolas.

Esperaba con impaciencia aquella hora, para verla allí abajo, humilde y mansa, bebiendo sus palabras, con los ojos clavados en él y la boca levemente entreabierta. Para ella, sólo para ella decía sus sermones poéticos y sus ardientes prédicas. Cuando peroraba de las bondades de la santísima Virgen, exhortando a sus fieles a que la amaran, eran para Fidelia sus invocaciones fervientes. «La casta doncella», «la del vientre bendito», «la Princesa de la Corte Celestial». Era una declaración ingenua, idealizada, en que aquella muchacha de habla inculta tomaba proporciones que iban del cielo a la tierra.

Sin embargo, don Gervasio no buscaba su compañía y, por el contrario, parecía rehuir todo contacto con ella. Tenía miedo y vergüenza, como un colegial. Sabiéndola distante, podía enaltecerla, despojándola de todo defecto, para que brillara esplendente su belleza serrana. Esto, además, lo liberaba un poco de culpa, no era el suyo un amor pecaminoso que buscara su satisfacción en los groseros deleites de la materia, sino una cosa pura que con el tiempo podría ofrecer a Dios como una flor delicada. ¿No se amaron acaso Santa Teresa y San Juan de la Cruz? El problema estaba en no traspasar ciertos límites vedados. Él moriría llevándose su dulce y hondo secreto. No se mancharía con el goce grosero ni con el contacto que deja lacras imborrables. A

Dios se había ofrecido y soportaría esta prueba que le ponía el Altísimo para aquilatar el temple de su devoción. No tenía, pues, razón para torturarse tanto. Bastaba con aceptar el cilicio amorosamente, como lo hizo en la tierra el manantial de dulzura que fue San Francisco de Asís. Ya se lo habían advertido sus maestros de teología: «Duras pruebas te aguardan, hijo mío». Sí; pero que tuvieran ellos confianza: no sería él un réprobo ni un renegado; la santidad de la Iglesia no sufriría menoscabo por su culpa.

Nuevas congojas lo aguardaban después de tales treguas en que se creía salvado.

Una noche —cuatro días antes de Pascua— el sitio de Fidelia permaneció vacío. Aguardó en vano, durante todo el desarrollo de los rezos, su venida, y al subir al púlpito se sintió abandonado, como si algo faltara a su inspiración. Empezó a decir palabras que la costumbre iba hilvanando unas a otras, pero ellas no venían desde adentro. Sólo al referirse a la degollación de los Santos Inocentes adquirió fuerza y profundidad su prédica. Se compadecía de las madres que lloraban con el cadáver de un hijo entre los brazos, y el relato hallaba eco en su corazón, porque el sacerdote sentía la ausencia de algo grande que le había sido quitado. Durmió muy poco, y ni la faena mañanera en el huerto consiguió darle alegría. Anduvo por los caminos, por los corredores, por su celda, como un sonámbulo, y sólo vino a revivir cuando llegó la noche. Hizo temblando su entrada y no quiso mirar de inmediato hacia el sitio en que ella debía estar. Cuando lo hizo fue con lentitud majestuosa, que disimulaba su ansiedad. Fidelia no vino esa noche ni la siguiente. La iglesia llena de fieles sonaba a cosa vana, no tenía eco para sus palabras, era como un cirio apagado. Lloró relatando el trayecto de María y José por el desierto, huyendo de la furia del viejo Herodes. «El desierto, hijos míos, es un arenal estéril en donde ni una flor crece. En torno, todo es soledad y muerte. Se alzan apenas unas cuantas palmeras que no consiguen dar sombra. Así también es el corazón de los que no aman, seco, yerto, desolado. Sólo el amor de Dios puede salvarnos en este arenal del mundo. El amor que nace en lo más hondo del corazón e ilumina la tierra con su antorcha inmortal». Hablaba de su amor, y de vez en cuando se quebraba su voz de sufrimiento y emoción. Algunos fieles

sollozaban abajo, más por el tono que por el sentido de las frases que escuchaban. Y en todas las conciencias quedaba una seguridad inquebrantable: don Gervasio es un santo.

El 24 de diciembre, a eso de las tres de la tarde, hallándose en su cama, sobre las ropas, roto, deshecho, sin voluntad, el sacristán vino a llamar a su puerta.

—¿Señor cura…?

—Dime.

—Una muchacha viene a confesarse.

—¿No le has dicho que atenderé hoy de cuatro a siete?

—Sí, señor cura; pero ella insiste. Está llorando en la iglesia.

Entonces una inspiración cruzó como un relámpago por la mente del sacerdote.

—¿Quién es?

—Fidelia Lorca, señor cura.

Llegó hasta el espejo y se arregló con gesto maquinal los cabellos. Dio dos o tres paseos con lentitud a lo largo del cuarto para serenarse. Quería prolongar aquella indecisión y aparecer luego con su aire de siempre ante la muchacha. «Está llorando». La frase de Tomás habíase borrado de su mente, pero ahora surgía como si recién la oyese. Se lanzó a paso largo hacia la iglesia. Allí, sobre las gradas del presbiterio, Fidelia sollozaba de rodillas. Se detuvo junto a ella, pero la mujer no cambiaba de actitud. Él veía su nuca morena y el contorno preciso de su espalda y de sus hombros carnosos. El flanco se henchía como un ánfora rústica en la cadera. Sintió ganas de arrodillarse y llorar junto a ella, sin decir palabra. «Tu dolor es el mío». Sí, pero su alma sencilla no podría sufrir como la suya. «En mi corazón se han clavado los puñales de los Siete Dolores». Una suave ternura lo inundaba al verla tan pequeña en su abatimiento. Hubiera querido cogerla y estrecharla contra su pecho duro, que llevaba allí dentro tanta sed de cosas imposibles.

—¿Qué tienes, hija?

Ella se levantó de golpe, porque no lo había sentido llegar, y se cubrió la cara con las manos. A través de sus dedos resbalaban las lágrimas.

—Me han dicho que vienes a confesarte. Acá, sígueme.

Se sentó dentro de la caja de madera que semejaba un ataúd

vertical, y a través de la rejilla siguió escuchando el llanto de ella.

—A ver, hija mía, recemos el Credo.

Al otro lado, la voz de Fidelia empezó a sonar en un murmullo confuso y desfalleciente.

—Ahora, dime.

—¡*Paire, paire* Gervasio…, tengo un gran *pecao*!

Lo dijo en una explosión, como quien abre las compuertas para soltar el agua arremansada.

—Ante Dios todos los pecados hallan clemencia, hija mía.

—¡*Paire*!… Es mi honra…

—¡No!

La palabra salió de lo más hondo de su ser. La decían su temor, su cariño, su angustia.

—Sí, *paire*, sí… Yo no tuve la culpa… *Jue on Félí*…

—¡Qué dices!

Abandonó su asiento y avanzó hasta la penitente con todos los músculos en horrible tensión.

—¡Félix!

—Sí, *paire*… Me pilló en los potreros hace cuatro días… A la *juerza*… Yo grité y él
mi'agarró
a pencazos… Aquí, aquí…

Descubría su hombro izquierdo, sobre cuya carne morena y suave aparecía la huella morada de un golpe. En la penumbra la carne encandilaba. Era como una ofrenda sensual y pecaminosa. La tela del escote volvió a cubrir el hombro, y la muchacha levantó la cabeza, dejando ver sus ojos desbordados de lágrimas.

El sacerdote no podía hablar. Había recibido la confesión como un tiro en el pecho. La lumbre de las pupilas implorantes lo volvió de nuevo a la realidad. Se agachó y alzó a Fidelia suavemente, cogiéndola por los brazos, hasta dejarla en pie frente a él. Después colocó sus manos sobre los hombros de ella y miró por encima de la cabeza femenina hacia adelante, como traspasando el ladrillo de las murallas.

—¡Miserable!

Pronunció lentamente la palabra, como triturándola entre sus dientes apretados, y sus dedos se crisparon en la carne indefensa como si apretaran la garganta del violador. La presión agrandó el

escote y apareció de nuevo la morada roseta que denunciaba el vejamen.

—¿Te pegó mucho?

La voz de don Gervasio era temblorosa e insegura, como si las palabras murieran en el pecho antes de sonar.

—Mucho. En la espalda, en el pecho…

Las manos del sacerdote, en un impulso incontenible, tiraron hacia ambos lados, rasgando la blusa. Surgieron los dos hombros en toda su plenitud, y las manos de Fidelia aletearon como palomas rápidas para sujetar el corpiño cuyos tirantes habían sido arrancados. Luego, con una lumbre de extravío en las pupilas, el sacerdote comenzó a besar aquella carne joven y caliente. Buscaba los pechos con frenesí premioso para sentir su calor en los labios; introducía las manos por entre las ropas, apegándose a ella, remecido por fuerzas ciegas e irremediables.

Fidelia no atinaba a gritar, desconcertada por aquella reacción imprevista, y sólo decía palabras inconexas:

—*Siñor* cura… No, no por Dios… *Usté*…

Se sintió levantada en vilo y transportada a través del recinto sagrado. Tuvo una visión fugaz del pesebre, con sus pastores, su Virgen y sus ofrendas; luego el relampagueo entrecortado de la reja presbiterial; el blancor de los paños del altar; una puerta, y se encontró desnuda entre casullas y manípulos. Sobre ella jadeaba don Gervasio, y su ardiente respiración casi le quemaba el cuello sensitivo. Era un desconcierto de sensaciones a las cuales no podía oponerse, porque aún no salía de su estupor. ¿Gritar? Comprendía instintivamente que no debía hacerlo. ¿Defenderse? Habría sido como alargar las manos para detener un huracán.

Como quien sale de un sueño, se irguió lentamente Gervasio y se quedó mirando a la muchacha, que gemía desnuda, con el aire de quien no comprende. ¿Él? ¿Quién era él? Y aquella mujer… Sin duda una pesadilla. Su mente se perdía como una hoja en un torbellino. Pretendía fijar trozos de ideas y todo se le escapaba en un relampagueo fugaz. Le parecía estar cayendo desde una altura inconmensurable, sin voluntad, al azar de los vientos. ¿Quién caía? No. Él estaba allí de pie, frente a una mujer desnuda que sollozaba. Ese llanto le era familiar. Y el nombre de la muchacha lo deslumbró como un fogonazo en la noche. ¡Fidelia! Se aquietó el remolino para

dejarlo erguido frente a la tremenda verdad. Se llevó las manos a la cara, y en ellas estaba el olor de la hembra. «¡Dios mío…, Dios mío!». El demonio lo había impulsado. «¡No, no, Señor!»…

Al volver sus ojos desorbitados hacia la puerta, vino a chocar contra su razón el contorno de una figura familiar y odiosa: Félix, su hermano.

—¡Retírate, Satanás!

Alargó hacia adelante sus dos manos para conjurar la aparición. Pero el otro se rió sonoramente y avanzó dos pasos. Sí, era Félix en carne y hueso. Él, con su risa insultante y con su horroroso gesto de complicidad.

—¿Satanás yo? No, hombre; soy Félix.

Con las manos en las caderas observaba a la muchacha caída. Volvió a reír más fuerte.

—El santo, ¿no?… ¡Quién lo hubiera pensado! Y en la sacristía, el bribón… ¡Ja, ja, ja!

Su carcajada horrenda resonaba en el cráneo del sacerdote, como en una caverna vacía. Se aproximó hasta él y empezó a palmotearle la espalda.

—¡Bien, curita! ¡Una hembra! Lo mejor del mundo. Desnuda y llorando. Carne fresca, hermano. ¡Ja, ja, ja!

Temblaba de lujuria. Se inclinó hacia la mujer, que se había cubierto, pudorosa, con una casulla.

—¡Esto sí que es grande! Fidelia. Por lo visto ésta quiere pasar por toda la familia. Te alabo el gusto, hermano cura.

Se inclinaba sobre ella. Alargaba sus manos velludas hacia los muslos tiernos, abotagado el rostro, salivosa la boca.

—Ahora, yo…

Don Gervasio no pudo resistir más. Al alcance de su mano, sobre un pedestal obscuro, había un blandón de cobre. La muchacha vio el relámpago amarillo en el aire y sintió el impacto al hender la cabeza del hacendado. Don Félix se derrumbó como un roble, y el ruido de la caída se agrandó con el grito de Fidelia.

—¡Don Gervasio!

Él se quedó mirando los dos cuerpos, con aire ausente. Después abrió los dedos y el blandón rebotó sobre las tablas. Se halló frente al altar, rígido, sin poder arrodillarse, como si su cuerpo estuviera petrificado. A sus pies caía el reflejo de un ventanal de colores:

sangre roja y azul. Y todo en torno estaba quieto y tenso como un puño apretado. Quería rezar. Quería morirse. Quería no pensar.

El alarido de Fidelia lo traspasó como una espada:

—¡*Ta* muerto, Señor!

Se derrumbó sin un gemido sobre las gradas del altar. Su cabeza quedó en el charco azul y rojo que sangraba por la ventana del poniente.

Los dos redondos pechos de Fidelia, desbordando la recamada tela de la casulla con que se cubría, surgieron, desnudos, cuando la mujer se inclinó para mirar al sacerdote caído. El reflejo del ventanal se alucinó en ellos, encendiendo sus lámparas carnales. Y, sobre la cara pálida de don Gervasio, se extendió rosada la sombra de dos cumbres.

OSCAR CASTRO ZÚÑIGA (Rancagua, Chile, 25 de Marzo 1910 - Santiago, Chile, 1 de Noviembre 1947).Cuentista, novelista y poeta, es considerado una de las figuras más importantes de la literatura nacional. Perteneció a la Generación del 27, formada por autores que, sin tener una corriente literaria común, desarrollaron lo esencial de su obra entre 1935 y 1949.

Su consagración llegó en 1936, cuando escribió *Responso* en homenaje a Federico García Lorca. En 1944 recibió el Premio Atenea en el ámbito literario por *La sombra de las cumbres* y un año más tarde recibe el Premio Municipal de Santiago en la categoría novela por la misma obra.

En poesía destacan sus obras *Camino en el alba* (1938), *Viaje del alba a la noche* (1941) y *Reconquista del hombre* (1944). Póstumamente aparecieron *Glosario gongoriano* (1948) y *Rocío en el trébol* (1950).

En narrativa, sus cuentos, *Huellas en la tierra* (1940), cuyo tema principal es el mundo campesino; *Comarca del Jazmín* (1945), la última de las obras que el autor publicó en vida, y sus novelas póstumas *Llampo de sangre* (1950), que ha sido calificada como la

mejor novela chilena de ambiente minero; *La vida simplemente* (1951), autobiográfica, de ambiente prostibulario; y *Lina y su sombra* (1958) en la que narra la historia de una mujer víctima de las vejaciones de su amante.

Aunque falleció tempranamente, a los 37 años, debido a una tuberculosis, dejó un fructífero legado literario.